

# N O S O T R O S

---

## DIRECTRICES DE LA NOVELA Y EL CUENTO ARGENTINOS (1920 - 1932)

### LA NOVELA

#### I.—POLÍTICA Y PEDAGOGÍA

**L**A heterogeneidad de la novela argentina, desde que comenzó sus balbucesos hasta el decir animado de hoy, excluye cualquier intento de clasificación metódica, sujeta a módulos preteritos. Por otra parte, no literaturas que acaban de salir del embrión, como la nuestra, otras muy viejas y tradicionales, de ser sometidas a igual prueba evidenciarían idéntico fracaso. Cada época literaria es producto de una sensibilidad diferente. Todo examen, toda conclusión atingente a una nueva época, debe hacerse considerando los *poncifs* de ella sin referirlos a usadas medidas. Si la tarea del crítico es reconstruir, esta reconstrucción no puede ser hecha, para que alcance toda su eficacia, sino en el estilo —forma y fondo, materia y espíritu— de los creadores. Alianza de sensibilidad e inteligencia.

Parodiando un aforismo muy empleado en medicina: no hay enfermedad, hay enfermos, podremos repetir: no hay escuelas, ni géneros, sino individualidades. En este mar profundo y prolífico de la individualidad, naufragaron todas las medidas, todas las categorías: Aristóteles y Horacios. Esta tragedia que hace mesarse desesperadamente los cabellos a quienes se consideran depositarios elegidos del módulo, tiene igual comicidad que la desesperación del conserje del Instituto Geográfico de París, guardador envanecido del metro. **ante la** teoría de Eins-

tein. Los innumerables conserjes de la historia literaria han elevado la metafrasis a una condición bien ajena a su oficio. Dejémosla respetuosamente desempeñar su útil cometido. No confundamos las funciones.

Y, ahora oíd a Ortega y Gasset: "Obran sobre nosotros cien años de política y pedagogía, que son dos disciplinas de insinceridad" (1).

No inspiramos los argentinos el apotegma, pero señala tan justamente los dos factores que dominaron casi toda nuestra primera centuria de libertad, que pudiera creerse lo contrario. La innegable influencia nos sirve para intentar una delimitación que tal vez favoreciera el ordenamiento de la literatura novelesca nacional del pasado, proporcionándonos un puente necesario para fijar los rasgos comunes en la de los últimos diez años.

Desde los albores hasta el 80, la política polarizó todas las actividades de nuestra vida. Fué, aquélla, época de formación; primaba, por instrumento de libertad, la llamada ciencia de gobernar. Era el eje de todos los movimientos: articulados e inarticulados. Y si contemporáneamente observamos el continente europeo, director de las inteligencias, lo vemos sometido a la misma diosa, marcando el mismo rumbo, hacia el que nuestra brújula orientaba el país, tal vez tanto por imantación como por imitación. En los organismos jóvenes el ejemplo viviente tiene poder directivo; pero hay momentos en que los movimientos espirituales de la humanidad se operan con tal sincronismo que no puede menos de creerse en esa fuerza que llamamos, por darle un nombre, de imantación.

El impulso patriótico de Schlégel, alimentado por Novalis, Schelling y Hégel, desencadenó el romanticismo, movimiento originariamente político-literario, que condujo por un lado a *la nueva Alemania* y Heine, y por otro al Reich.

Paralelamente casi, del ginebrino Jean Jacques a Víctor Hugo, pasando por Lammenais; de Alfieri y Fóscolo a Mazzini y Garibaldi; de las Cortes de Cádiz y Riego a Castelar, sin olvidar a Larra, Espronceda y Quintana; de Cowper y Lord Byron en Inglaterra, a Mickiewicz y Krisinsky en Polonia, Europa entera vivía bajo una obsesión: la política; y un signo: el triángulo. En

(1) *El Espectador*, tomo II, pág. 77.

política: libertad, igualdad, fraternidad; en filosofía: ser, no-ser, devenir; en literatura: sentidos, espíritu, carácter=yo (hombre), naturaleza, Dios.

Entre nosotros, la primera novelación de la vida argentina, con Juan M<sup>e</sup> Gutiérrez, Vicente Fidel López, Mármol, Bartolomé Mitre, todos políticos más que escritores, siguiendo la "disciplina de insinceridad", que su condición les imponía, fué consagrada a los acontecimientos de orden político (2), y, por reflejo del estado de espíritu europeo, fué romántica. Aquellos hombres tenían su *parti-pris*; voluntariamente se encasillaban, como literatos o pretendientes a tales, por simpatía con su actividad de hombres de partido. No es que para ellos la vida no tuviera sino un solo aspecto: el de la política, pues en ese caso habrían sido sinceros consigo mismos. Escribieron con fin *tendencioso*, no porque tuvieran algo que decir; sus creaciones visaban el proselitismo o la detracción cuando no la defensa o justificación.

El arte, si lo hubo —no es del caso discutirlo ahora—, estaba supeditado al fin sectario o social.

Aquellos remedos de novela no tenían ni por la forma ni por el fondo, aunque pareciera lo contrario, arraigo en nuestra realidad, calor de nuestra vida; los autores la deformaban, enfocándola con lente sectaria. Eran alegatos de bien probar, cuando no crónicas históricas encendidas de pasión y por lo tanto lo menos histórico posible.

Y no sólo adolecían de este defecto, sino de otro fundamental: la influencia libresca. Cada autor tenía, por lo general, a la vista, los modelos que imitaba: Walter Scott, Fóscolo, Dickens... Sin contar las fallas arquitectónicas, la endeblez de los personajes, el amaneramiento en las descripciones, lo manido de los temas, el paisaje arbitrario.

De una insinceridad, la política, la novela argentina pasó a otra con la generación del 80: la pedagógica. No se debe olvidar que esta generación se formó bajo la égida de Jacques, ingeniero y filósofo, y brilló cuando Burmeister y Holmberg, Latzina y Gould, fijaban nuestra geografía humana, terrestre y celeste, y

---

(2) Roberto F. Giusti, en su 3<sup>a</sup> serie de *Crítica y polémica*, pág. 118, hace notar esta circunstancia.

Ameghino viajaba por nuestras tierras, hacia los orígenes. El ambiente intelectual estaba impregnado, entonces, por oposición al influjo romántico —hecho de dispersión anárquica— que ya declinaba, de documentación meticulosa, de análisis psicológico, de estudios clínicos y de la pretensión muy dogmática de dirigir a la vida en vez de observarla, estudiarla y reflejarla sin preconcebidas ideas sobre su desenvolvimiento.

Dumas hijo, cuyo teatro psicológico conquistaba el París de entonces; Zola, flamante fundador del naturalismo; Taine, con su “rechinante pieza de ingeniería mecánica”, como ha llamado Brenes Mesén a *La inteligencia*, influenciaban nuestro medio, ya de por sí, saturado de pedagogismo, por reacción contra la *libertad* romántica y la improvisación de los primeros momentos de vida política independiente y por la influencia de la enseñanza que impartían los profesores venidos del extranjero.

Por esa reacción contra sus inmediatos antecesores, el tema nativo, que éstos apenas desfloraron, atrajo a quienes llegaban con afanes de novelistas al campo de las letras. Descubrían alborozados el asombroso venero y, por imitación de lo externo, empuñáronse en buscar —más propiamente, en imaginar— dentro de nuestro ambiente, a través de sus “disciplinas de insinceridad”, temas que acordaran con los modelos dilectos, sin pensar en objetivar, primero, la observación, afinar en seguida el instrumento expresivo y conceder, después, a la arquitectura, la debida atención, para que esos esenciales elementos y el discreto dibujo y manejo de los personajes completaran un todo homogéneo y afianzado en el suelo patrio. Así florecieron los “casos clínicos” —recordemos a Sicardi y su *Libro Extraño*;— los “estudios sociales” —Julián Martel: *La Bolsa*; Cambaceres: *Sin rumbo*—, las “descarnadas escenas” puestas en boga por el naturalismo. Todo eso era moda en la literatura europea y a nuestros novelistas de circunstancias les seducía doblemente porque a ella se unía la del propio pedagogismo, con el que tan bien ligaba.

Hemos dicho en una ocasión (3): “Los hombres del 80 poseían más sólida cultura que los de hoy —hablando en general—. En cambio, los de hoy —no en vano transcurre el tiempo— están

---

(3) NOSOTROS, número 256, págs. 325-6, al examinar el libro de Antonio Aita, *Algunos aspectos de nuestra literatura*.

dotados de mayor destreza constructiva, de más rica intuición, y el sentido del *métier* les ha sido dado en abundancia". Y añadíamos un poco más adelante: "La verdad es que los hombres de hoy han superado a los del 80 porque han sentido, han amado y comprendido mejor el paisaje y las cosas nacionales. Lo que aquéllos trataron con superficialidad propia de *dilettanti* —aunque de talento y de cultura, repetimos—, cuyos ojos estaban siempre puestos en los modelos de Europa, las generaciones posteriores al 900 lo han tratado con cariño y hondura, preocupándose de profundizar en su mundo más inmediato, tanto material como espiritual, "buscando el alma de cada cosa", como quería, en otro sentido, González Martínez".

Desaliño y superficialidad. He ahí los defectos primordiales y característicos de la novela del 80.

*La gran aldea*, en la que Lucio V. López quiso evocar la vida del Buenos Aires de entonces, recién entrado a su mayor edad, un poco *parvenu* y *decontenancé*, es tenida por la más eficaz visión de su tiempo. El propósito era atrayente; su realización fué pobre.

Mezcla de autobiografía y de relato histórico, hecha de recuerdos y de observaciones, carece de unidad, de trabazón y de proporciones. Tiene el mérito del hallazgo, de la primogenitura en haber visto y señalado el medio propio, pero su personaje central, aquel huérfano que va paseando su espejo por la realidad circundante desde su más tierna edad en los días de Pavón hasta su casi madurez, es traído y llevado con tanta falta de lógica como de sentido novelesco en pos de los acontecimientos. La improvisación preside la marcha y cuando el obstáculo parece insalvable se lo elimina mediante arbitrarias soluciones para seguir hacia el necesario final.

*La gran aldea*, que representa por mejores títulos la novela del 80, muestra también los defectos típicos de todas sus hermanas, lo que era mal de la época y ya dejamos señalado.

Y esta opinión nuestra, nos congratula haberla visto corroborada por Octavio R. Amadeo, en los siguientes párrafos de su discurso de incorporación a la Junta de Historia y Numismática:

...Esa generación del 80, de brillantes *amateurs* que daban dulces picotazos en las cosas, embriagados por la alegría del vivir en esta tierra

sorprendente; generación que debió servir para todo, antes que las especialidades se dividieran. Esos hombres, algo impacientes e indóciles, tuvieron la vocación de lo grande, y dejaron fragmentos reveladores de lo que hubiera sido la obra integral. Llegaron a la vida en un momento de transición, cuando la riqueza nueva produjo una desorientación colectiva. El país pobre se convirtió de pronto en país rico. Esa generación, algo mareada, no tuvo el éxito que merecía; fué un riquísimo caudal de aguas que en gran parte se perdió en las arenas.

## II.—PANORAMA DEL 900

Hemos visto someramente cómo las dos "disciplinas de insinceridad" pesaron sobre la novela argentina durante casi una centuria, quitándole la originalidad y la fuerza necesarias para su vivir independiente. Mientras nuestra vida literaria tenía mucho de provinciana, de limitada e imitativa; mientras en las obras el interés y la acción, esas dos grandes palancas que mueven al género, giraban en torno a temas gastados por otras literaturas y los personajes y sus caracteres revelaban el contenido libresco en que se habían inspirado los autores, mientras éstos creaban, no a impulsos internos, sino externos, el arte que producían era descolorido, subalterno, sin personalidad, hecho de retazos, de balbucesos, de lecturas tendenciosas.

Era necesario que nuestros novelistas comenzaran a emancipar su conciencia, a agudizar su observación, a colocarse en el camino de lo universal por lo particular, a construir con soltura, a enriquecer sus medios expresivos, a ser precisos y claros, si cabe la unión de estos dos vocablos, para alcanzar autonomía y, con ella, representación.

Todo llega en la vida, y en el arte, sin saltos, por evolución natural. Aquellos tanteos eran necesarios en el camino del hallazgo definitivo. Nosotros creemos, con Fray Juan de Santo Tomás que "el arte, en cuanto es tal, no depende de la voluntad y si se somete a ella será en razón de prudencia, no en razón de arte".

La novela del 60 y la del 80 eran creaciones en que primaba más la voluntad que la inspiración. Cuando empiezan a florecer las manifestaciones artísticas producto de una verdadera vocación; cuando el libro urge al autor su alumbramiento como el feto a la madre, comienzan los síntomas de la madurez, el tiempo de la fecundidad natural y normal.

Y es entonces cuando el arte fluye sereno, libre, claro, redimido de influencias ajenas a su naturaleza.

El desarrollo material que la vida argentina alcanzó a comienzos del siglo fué extendiendo paulatinamente a la literatura en general. En la novela comenzaron a perfilarse aquellas figuras que más tarde la han llevado a su actual florecimiento.

Con el siglo se inicia la tercera época de la novela argentina. Todavía no es mayor de edad; pero ya goza de pujante puerbertad.

Un nombre, el primero: *La gloria de don Ramiro*. Larreta, no ignorando los *Entretiens* de Violet Le Duc, no dudamos tenía presente que: "Jamais une renaissance ne se fait sur des styles abâtardis; ella ne peut fournir une longue carrière que si elle va, au contraire se retremper dans les styles primitifs".

Era necesario ir a las fuentes puras de nuestra tradición, abandonando el camino de la novelería y la moda emprendida por cuantos le antecedieron. La prueba de éstos había fracasado. Larreta logra, con un esfuerzo admirable, traer de la inmersión lustral viviente prueba del renuevo.

Abrió el escenario de un pasado que ha sido el nuestro, cimentando su creación en el natural terreno; mostró el tesoro de la lengua que nos ha plasmado; redimió a su héroe, juguete siniestro de los hados, por las blancas manos de una mujer nacida en tierras del Nuevo Mundo, como queriendo simbolizar en el final de aquella vida atormentada del pobre Ramiro el poder renovador del espíritu de este continente... Mostró el camino, y si en él se detuvo y nadie le siguió, acháquese a lo arduo de la empresa inicial. Pero no por eso perdía eficacia el ejemplo. Con él los nuevos novelistas tenían viviente modelo donde aprender a componer con objetividad, cuidando la arquitectura, la eficacia del léxico, la armonía de las proporciones, la pintura animada, el retrato sobrio... y, sobre todo, a ir a las fuentes, a lo nuestro, en paisaje o en alma.

Después de Larreta, Estrada y Payró —dos extremos, dos temperamentos opuestos, pero dos plumas finas, dos observadores minuciosos, dos artistas acabados—, inmersos, el uno en lo estático, en lo pasado, en la idealidad, en la creación pura; el otro en la vida múltiple, agitada y tumultuosa, en el presente inquieto, lleno de luchas, de reivindicaciones, en la realidad, en

la observación, no siempre tan impersonal y objetiva como debiera ser—, resabio del arte social.

En oposición a estos hombres de curiosidad general, luce en nuestras letras Horacio Quiroga, cuyo horizonte tiene un límite, aunque dentro de él su poderosa imaginación cree un mundo. Ese mundo inexplorado, hasta entonces, semisalvaje, con él adquiere relieve: el agua y la selva y la fauna tropical por su arte tienen categoría de personajes junto a los hombres primitivos o *déclassés* que lo viven. Es el primero de nuestros escritores a quien tienta el panorama de la selva Misionera. Viola su virginidad con goce formidable de creador y de esta cópula nacen obras “machazas”, potentes, ásperas, violentas, como los padres lo son.

Y cuando ha salido de este paisaje, como desconcertado de no hallarse en su centro, da a sus creaciones un clima semejante, donde los nervios de los hombres sufren iguales tormentas que los bosques vírgenes y los ríos despeñados.

Contemporáneamente, vienen a la novela Chiáppori y Martínez Zuviría. Otros dos polos. Refinado, aristocrático, artista de *élite*, manejando temas, personajes y climas finiseculares, el primero; accesible y sencillo, buceando en la vida de seres transparentes y simples; expresándose en prosa sin trascendencia, como sus creaciones, inspiradas casi siempre en tendenciosos puntos de vista, el segundo.

En medio de estos rumbos surge Manuel Gálvez, que “capaz de objetivar su atención con intensidad no común, hallábase facultado para sorprender los mil aspectos de nuestra vida colectiva, en su sencillez provinciana como en su agitación cosmopolita, y revelarnos la complejidad de esta hora en que se funden elementos étnicos tan distintos y culturas tan diversas” (4).

Las muy justas palabras de Noé fueron escritas hace dieciséis años, cuando fué publicado *El mal metafísico*, e inspiradas en el estudio de la obra poética e ideológica de Gálvez, aparecida hasta entonces. Hoy, desarrollado ya, en gran parte, el ciclo que se había propuesto realizar el autor de *El mal metafísico*, vemos cumplida la profecía del crítico y cómo Gálvez, por el interés con que escudriña todos los rincones de nuestra vida, por

---

(4) *Nuestra literatura*, pág. 78, por Julio Noé.



la objetividad inquisitiva —tal vez algo meticulosa, es cierto— de su espíritu, por la amplia visión con que abarca el panorama del hombre argentino, por la seguridad de su composición, ha abierto y explotado el verdadero campo de la novela nacional, al par que las puertas de la curiosidad internacional para ella, pues hasta que nuestra novela no trajo consigo interés particular de obra típica, reflejos —netos o borrosos, pero reflejos— del vivir argentino, y se elevó por encima de las pesadas “disciplinas de insinceridad” que la habían trabado, para penetrar en la hondura del alma y del paisaje patrio, no solicitó más atención extranjera que la de contados curiosos, sin llegar a los públicos, al número.

Benito Lynch, aparece casi en seguida, entroncando en la más pura tradición de la novela de lengua castellana: el realismo. Dueño consciente de poderosos medios, de brillantes condiciones de novelista, enfoca la vida del campo argentino, capta su ambiente, sus tipos, sus costumbres, sus tradiciones, su lenguaje, se detiene en el detalle característico merced al cual ha de animar de vida real el mundo que le es grato para situar sus concepciones, a las que infunde el soplo creador, después de recoger todos esos materiales y elaborar con ellos su invención huyendo del calco individual. Cada personaje de Lynch es la suma de muchos que han vivido y no es ninguno de ellos. En realizar esta transmutación está el arte del novelista creador.

Lynch elige por escenario de sus novelas un terreno casi olvidado y virgen hasta entonces en nuestra literatura: el campo raso, la pampa, las estancias de la provincia de Buenos Aires; y sus héroes son los hombres rudos y vigorosos que las pueblan, muy distintos del gaucho romántico y falso.

...Y con los nombres que quedan estampados tenemos esquematizado el panorama de la novela argentina cuando se acerca 1920.

### III.—1920-193...

#### I.—EL LEIT-MOTIV

Dejando a un lado las “disciplinas de insinceridad” que entorpecieron el libre crecimiento de la novela argentina hasta el 900, los nuevos escritores, ya hombres de letras por encima de

toda otra actividad que pudieran tener, fueron a los orígenes, comprendiendo que toda obra literaria, para perdurar, necesita descubrir la partícula de contenido universal que hay en el alma de cada hombre y, para adquirir interés universal, representar con fidelidad e intensidad el panorama inmediato de ese hombre. En resumen: un ser y su horizonte, lo individual; sus pasiones, sus ideas, lo universal. Por éstas, interesando solidariamente a cuantos sientan una resonancia de ellas en su yo; por el actor y el marco, despertando apetencia de conocimiento.

El *leit-motiv* político y pedagógico dió una identidad a la producción habida hasta el 90.

A la que surgió posteriormente y llega hasta nuestros días únela otra particularidad, que aparecía embrionaria en las obras de los del 80, y sólo se define claramente, adquiere vigor y significación sistemática, en sus sucesores: el sentimiento de la tierra patria y el sincero afán por fijar sus contornos materiales y espirituales.

Ya hemos dicho cómo el paisaje y las costumbres nacionales, que flotaron vagamente sobre los intentos de novela de los hombres obedientes a la tendencia política y comenzaron a concretarse en los de la tendencia pedagógica, las generaciones posteriores lo comprendieron y amaron, definitivamente ya, preocupándose de profundizar en su mundo más inmediato tanto material como espiritual.

He ahí el *leit-motiv* que identifica a la novela del último decenio.

La comunidad, en ésta, del gusto por el paisaje, los hombres y las costumbres nativas, refiriendo el todo a tiempos pretéritos, es, también, una afirmación de nacionalismo y de cariño por el terruño. Querer fijar este todo describiéndolo es ya una prueba de que se va o se ha ido; la es, igualmente, de que se lo ama. El carácter que tenía entonces ha desaparecido ya. Lo actual no tiene idiosincrasia, como no sea la de la *standardización*.

Edmond Jaloux hablaba hace poco de que "il y aurait une fort amusante étude a écrire sur les rapports des écrivains et des elements"...

Recojamos nosotros la indicación, refiriéndola al elemento *tierra* y muy especialmente la patria que domina en la produc-

ción contemporánea, aprovechémosla, si no para el estudio, que sería largo y fuera de oportunidad, para acercar, tratando de hallarles un denominador común, a los novelistas aparecidos a partir del 900. Veamos cómo, poco a poco, ha ido acentuándose en ellos una tendencia que ha servido para dar personalidad a nuestra novela. Por los comienzos circunscribíase el campo de observación a la ciudad cabeza visible de la nacionalidad, al hombre de ella y, cuando mucho, a los pueblos y habitantes rurales. Después fué extendiéndose el horizonte, desplazándose hacia más lejanos confines, hasta encerrar en las obras la vida de la patria toda, dando el carácter de ésta a las creaciones.

Así fijaremos los lineamientos generales de la novela argentina en 1920-193... , concretando lo que los autores han vivido o hecho vivir en sus obras y qué autores han condensado más eficazmente las directrices imperantes.

Debemos empezar por quien tiene una obra más general y orgánica: Manuel Gálvez. Este comenzó estudiando nuestro lejano pasado (*El solar de la raza*), nuestro mediato presente (*El diario de Gabriel Quiroga*) y en seguida, con decisión y firmeza, emprendió la tarea de "revelarnos la complejidad de esta hora", como dijo Noé; para lo cual su pluma, con *La maestra normal* y *La sombra del convento*, refleja la vida de las ciudades provincianas y de clases de arraigo en la sociedad argentina; con *El mal metafísico* y *El cántico espiritual*, la bohemia literaria porteña, el incipiente mundillo artístico nuestro, que navega entre París y Buenos Aires; con *Nacha Regules* e *Historia de arrabal*, ciertos medios ciudadanos donde las ideas políticas y filosóficas siempre encuentran adeptos entusiastas y las luchas sociales producen exacerbaciones, agudas crisis, tormentas profundas; con *La pampa y su pasión*, la multitud equívoca que se agita en torno a nuestro "vicio nacional": las carreras de caballos... y con *Caminos de la muerte*, *Humaitá*, *Jornadas de agonía*, torna al pasado, a la historia, haciendo resaltar el sentido quijotesco de la única guerra emprendida por nuestro país en sus años de vida libre.

Según se ve, un interés balzaciano por penetrar en todos los sectores del alma nacional anima la obra de Gálvez. Su visión ha sido amplia. Es quien de más cerca ha mirado la

realidad; tal vez con exceso, impidiendo el detalle la contemplación del todo. Ha dicho: "Como novelista —es necesario recalcarlo bien— no tengo ninguna opinión"... (5), queriendo defender su objetivismo. ¿Demuestran sus obras esa afirmación? Sí. A menudo se le ha reprochado en algunos sectores lo que llaman su volubilidad. ¿No será su condición de hombre imparcial? Nosotros comprendemos su posición y nos la explicamos así.

En *La maestra normal*, *El mal metafísico*, *El cántico espiritual*, el clima de las obras está en plena línea isobárica con la sensibilidad de Gálvez. ¿Diremos que tal vez por tal causa son sus mejores obras de creación las de este período de equilibrio del espíritu del escritor en el medio de ellas?

En seguida, la ideología —ética, política, literaria, social, en fin—, la vida y la estructura de la nación, comienzan a cambiar con velocidad acelerada. En cambio el autor afirma sus preferencias de hombre en todos los terrenos y las defiende con valentía cuando le son echadas en cara por quien nunca falta. Las ideas de Gálvez no evolucionan; pero él consciente de la evolución operada en su alrededor trata de seguirla y pintarla en sus obras, absteniéndose de opinar, es claro. Ya no hay otra Raselda, sin embargo, que salga de su pluma. El calor humano con que la simpatía del autor por él puede animar un personaje, difícilmente se alcanza cuando las propias convicciones imponen un frío objetivismo en la pintura, para guardar, precisamente, la equidistancia. Los entes así esbozados no son como deben ser según la vida, sino como el autor cree que deben ser según ve él la vida. Aunque agudice el espíritu de objetivismo, el hombre —Gálvez lo dice— siempre tiene sus ideas y sus pasiones. Estas, contra su voluntad, son las que le presentan una visión deformada de la realidad.

Gálvez es objetivo, impersonal, independiente, en sus obras. Tal posición ¿qué influencia tiene en la pintura de los hombres que las han de animar? Ahí está el problema. Estos serán más o menos humanos en razón directa de la afinidad de ideas y sentimientos que tengan con el autor.

Hemos dicho más arriba, refiriéndonos a Horacio Quiroga,

---

(5) *La tragedia de un hombre fuerte*, prólogo, pág. 7.

que sus obras nacen "machazas", potentes, ásperas, violentas, *como sus padres lo son*". Es precisamente, el ajuste perfecto del espíritu creador, el medio y la anécdota, lo que origina esa fuerza. Por eso son *como sus padres lo son*: Quiroga y la tierra en que los engendra. Causas: La simpatía, eugenesia de la novela.

En 1929, Quiroga publicó su segunda novela, *Pasado amor*, que dista de la primera, *Historia de un amor turbio* (1908), veintiún años. Entre ambas, su obra maestra y fundamental: sus cuentos. No debemos ocuparnos de éstos aquí; pero es imposible dividir en dos la personalidad de Quiroga; para juzgarlo o dar una idea de él, deben estar presentes el cuentista y el novelista. Unánime, casi, es la opinión que prefiere al primero. Los mismos elementos de arte y de vida con que construye Quiroga sus novelas están en sus cuentos; sin embargo, su peculiar arquitectura favorece el rápido trazo de los últimos y quita asiento a las primeras. He ahí el punto débil de la novela quiroguiana. La simplificación es un arte; y como tal tiene sus proporciones, que nunca pueden trasgredirse sin peligro.

En *Pasado amor* y en *Historia de un amor turbio*, con la que aquella tiene tantos puntos de contacto, los personajes, el ambiente, el paisaje, la acción —todo sobriamente dispuesto—, no desentonan ni por un segundo con la lógica y la realidad, por más que ésta no prime tanto como la imaginación del autor: prueba del arte de Quiroga. Los títulos dicen de la índole de ellas. Fuego pasional de almas excepcionales. Ni Morán ni Magda en la primera, ni Rohán y las Elizalde en la segunda, son seres normales. Su cerebro los domina. También podíamos decir la fatalidad, diosa favorita de Quiroga. Aunque la índole de la trama sea propicia a la disquisición y a los buceos psicológicos, ni una ni otros se deslizan en ella. Un ritmo cinematográfico —no en vano es tan conocida la atracción que Quiroga siente por el cine— domina acción y relato, supeditando todo al interés. Los episodios se suceden sin descanso, breves, definitivos, llevando en su raudo desfile a desenlaces siempre inesperados, pero no por eso menos naturales.

En Quiroga, que hace aparentar a sus personajes desdén por el paisaje, o, si no, indiferencia, lo que brilla con más fulgor,

lo que tiene más real presencia es justamente lo constitutivo de éste: sus elementos, porque con ellos desencadena Quiroga la fatalidad de sus héroes. Río, selva, lluvia, bestias... El Misionero agreste, virgen, que trajo ante los ojos atónitos de sus lectores, descubriéndoles un característico rincón de la tierra argentina, tan fértil para quienes saben explotarla con el arado o con la pluma.

Este descubrimiento de Quiroga ha llevado a otros escritores a la exploración, en todos los rumbos, del campo argentino, como las preferencias de Gálvez por la vida ciudadana creó otro grupo de novelistas empeñados en desentrañarla.

## II.—LA EVASIÓN

Con los primeros ocurre uno de los fenómenos más curiosos de la vida literaria argentina de esos tiempos y que ante todo se ofrece a nuestra observación, por más de que después del alerta de Julien Benda veamos evadidos por todos lados: la contradicción en que se halla el espíritu de muchos de los novelistas contemporáneos con los temas que prefieren para sus obras.

Hay un divorcio sorprendente entre el clima de su tiempo y el de sus obras.

André Maurois ha dicho (6): "Il y a des époques où les artistes aiment leur temps; la notre, par exemple". El argentino de hoy ama su época, entregando al ritmo de ella toda su vida, no solamente material, sino espiritual. No sería largo, pero sí fuera de las finalidades de este estudio, documentar tal afirmación. Nos limitamos a estamparla, seguros de que nadie ha de controvertirla por evidente.

El argentino de hoy ama su época... pero se complace en evocar la pasada, pintándola en todos sus aspectos; o toma de la presente aquello que menos concuerda con el momento histórico que vive. Le falta, o agudeza en la visión, para penetrar hasta la esencia misma de las fuerzas físicas y espirituales, que rigen su tiempo, o sinceridad en su pasión. ¿Ama su época por estar al día? ¿La ama por comprenderla?

Los ingleses de la última mitad del siglo pasado, los de la época victoriana, de preferencia, por odiar, como dice Maurois,

(6) *Etudes anglaises*, pág. 213.

la civilización mecánica —¡y entonces todavía embrionaria en comparación con hoy!— de su tiempo, se refugiaban en el culto de la belleza, que para ellos no existía ni podía existir en la máquina y en el vivir por ella generado.

Los novelistas argentinos de hoy, en su gran mayoría, a la *inversa* adoran —al menos tal conclusión se desprende de su *manera de comportarse*— la civilización de su tiempo, pero buscan en épocas pretéritas la efusión lírica necesaria a la creación. Y si se refieren a la presente, sus personajes viven todavía los prejuicios y las ideas hechas de todo un pasado que naufragó irremediablemente, no reflejan sino en muy contados casos el ambiente y la vida real. Puede y debe haber un hilo de conexión entre esos prejuicios e ideas hechas, entre esa “alma pasada” y el “alma de hoy”; pero ni lo hacen ver, ni siquiera lo intentan. Podría también argüirse, que tal tendencia tendría un valor de inmersión en busca de las raíces de lo nuestro, para crear un nuevo estilo, como dijimos, refiriéndonos a Larreta y a su *Gloria de don Ramiro*. No es así; al menos la observación de los críticos no lo demuestra. Más creemos en la tendencia tradicionalista conservadora, como reacción contra la fugacidad, cada vez de ritmo más acelerado, de seres, cosas, sentimientos y paisajes.

Veamos por qué. Charles Duff ha escrito hace poco en *La Prensa*: “La literatura de postguerra tiene dos características sobresalientes: una el deseo de narrar a toda costa la realidad; la otra evitar la realidad por medio de cualquier clase de fantasía o cuento de hadas”.

Son exactas ambas direcciones, hasta en nuestro país. Pero la realidad ha cambiado, cambia tan velozmente, que quienes quieren narrarla sin estar dotados de la capacidad de percepción necesaria para captar no sólo el cambio, sino su velocidad evolutiva, aprecian los fenómenos en sólo tres dimensiones y aquella cuarta inalcanzable es la que pone borrosos perfiles en todos sus cuadros. No han podido captar el todo; captaron una parte. Cuando es pasado un film a toda velocidad no nos queda en la retina y en la memoria sino una niebla de movimientos. Así sucede hoy a los novelistas nacidos a las letras cuando todo era distinto. Los que no comprenden esto, yerran;

los que lo comprenden, o "evitan la realidad por medio de cualquier clase de fantasía o cuento de hadas", o van derecho a ella y la vencen... o son vencidos.

Nuestros novelistas contemporáneos han sentido el deseo de narrar, a toda costa, la realidad, siguiendo la lección de la historia literaria, los rumbos de los hombres del 80; y por eso comprendieron que era necesario internarse en lo autóctono para echar sobre bases sólidas su contribución a las letras nacionales.

En el último decenio, esta comunidad del gusto por el paisaje nativo, por el hombre que les rodea, por el ambiente en que viven, les da una dirección y presta unidad a su expresión.

En el momento en que comprenden la necesidad de un rumbo y descubren el camino, empieza a girar como en el kaleidoscopio el mundo que absortos tenían ante sus ojos; empiezan a borrarse los rasgos y a medida que aumenta la velocidad, fórmanse nuevos perfiles, paisajes, sentimientos, ambientes. Apenas conciben una realidad, ésta tórnase otra. Los que no alcanzaron a cimentar sólidamente su concepción no pueden seguir edificando la nueva y cambiante que se les ofrece. Y entonces se detienen. Recuerdan, miran hacia atrás. Allí está lo característico. Lo actual está *standardizado*. Y no alcanzando —alcanzarán los que nazcan dentro de ese vórtice— a descubrir lo característico de ese *standardizamiento* que perciben en el raudo girar del kaleidoscopio, o se vuelven al pasado, o entran en el terreno de la fantasía o siguen impertérritos viendo un solo trazo de la cinta animada: el acorde con su sensibilidad.

Al afirmarse en lo nacional, encontraron que lo nacional que ellos podían captar se va en medio de la rapidísima corriente de la evolución y por eso detuviéronse —y detiénense— a fijarlo en la literatura. Hoy lo nacional es ya otra cosa; pero ellos, no alcanzan a verla o la ven con su deseo, que es tanto como imaginarla, no contemplarla.

Ramón Doil (7) señaló la evasión al pasado de nuestros intelectuales, si bien atribuyéndola a otras causas, principalmente políticas. Nosotros creemos que la razón más lógica de ese evadirse la dejamos señalada en las líneas que anteceden.

---

(7) *Crítica*, pág. 10 y siguientes.



Y cerrando un paréntesis demasiado largo, nombraremos ahora aquellos novelistas en quienes se han concretado estas líneas generales de la producción 1920-193...

Buscando paisajes y hombres nuevos, pero siempre de la línea nativa, algunos novelistas, los más, salieron de la gran capital, ya cosmopolita e internacionalizada, de las ciudades provincianas tan significativas, pero que también empiezan a perder su carácter, para desentrañar en el campo raso la raíz de nuestra personalidad: Larreta, Lynch, Ricardo Güiraldes, Acevedo Díaz, Carlos B. Quiroga, Alcides Greca, Mateo Booz... (8) Otros siguieron fieles al paisaje urbano y porteño: Leumann, Barletta, Fingerit.

El *leit-motiv* está en todos; pero, ¿quiénes se evaden?, ¿quiénes van derechos a la realidad y la vencen?, ¿quiénes son vencidos?

### III.—LOS EVADIDOS

Larreta con *Zogoibi* y Güiraldes con *Don Segundo Sombra*, totalmente, casi; Acevedo Díaz, con *Ramón Hazaña*, y Alcides Greca con *Viento Norte*, en parte, huyen de la realidad, se evaden, aunque vayan a ella, porque no tratan la de hoy, que es la de ellos, sino la del ayer inmediato o mediato, visto, a través de una literatura romántica imbuída de política o pedagogía, raras veces contempladora de la vida, o por la fantasía, que equivale a imaginarlo.

El gaucho de *Zogoibi* que quiere ser Federico de Ahumada y los que el autor pinta como tales, carecen de ubicación en el ambiente campero: son imaginaciones de Larreta. Alguien, al parecer bien enterado de ello, nos dijo, a raíz de haber aparecido *Zogoibi*, que el autor tuvo la idea de situar su obra en Francia y en las trincheras, cuando todavía la tenía en *bruto*. ¿Quiérese prueba más evidente de que están en "el aire" los fundamentos de *Zogoibi*?... ¿Una simple *transportación* cambia el clima de una novela que quiere ser de ambiente y de costumbres?

Larreta ha pretendido pintar la vida en el campo argentino, siguiendo, suponemos, más la moda que su tendencia es-

---

(8) Consideramos necesario dejar establecido que citamos aquí solamente novelistas y no cuentistas.

piritual. No acostumbrado a la convivencia con hombres de otro mundo distinto del suyo, los ha eludido y, en cambio, transporta este último a la llanura inmensa.

Su imaginación ha vencido a su espíritu de observación. Podríamos pensar que deliberadamente; pero aquí debemos situar la obra dentro de la categoría que le corresponde por su parentesco con la realidad, absteniéndonos de otras conjeturas que las resultantes del análisis objetivo.

La realidad de los personajes de *Zogoibi* no es la de los hombres de la época, medio y condición de ellos; la realidad del paisaje no se manifiesta. ¿Cuál buscar, entonces? Si el espíritu de los seres y los lugares no resiste a la confrontación, el juicio está hecho.

Su experiencia y destreza, su gran capacidad de retratista, logran dar cuerpo con sobriedad a los personajes de primer plano —nacidos, como es claro, cercanos a él—, si se les considera en aislamiento. El verdadero protagonista, la pampa, que caldea las pasiones, modela el físico de los hombres y con sus elementos aproxima o aleja la tragedia, el idilio, la desesperanza o la ilusión, ése... está ausente. Por ello suenan a hueco tan acabados retratos. Falta la correspondencia de sus móviles con las cosas, la sintonización de su espíritu con el del medio. Se mueven como si una fuerza ajena a la que debe dirigirlos los dominara... Y no es la fatalidad. Larreta ha cedido a la presión de las circunstancias, dándonos una novela situada en el corazón de nuestra nacionalidad; pero se ha evadido, librando a su fantasía lo que debió ser hijo de su observación.

En *Don Segundo Sombra*, Güiraldes también se ha evadido, aunque en menor grado.

Con el gaucho está pasando lo que ha pasado con el sacerdote, el maestro de escuela, el médico. "Nuestro enchipado normalismo", como diría José M<sup>º</sup> Monner Sans, ha deformado la idea que representan los sustantivos sacerdote, maestro, médico, de tanto acoplarle adjetivos absurdos inspirados en las ideas hechas del siglo XIX. Si se dijera hombre-sacerdote, hombre-maestro, hombre-médico, hombre-gaucho —aun corriendo el riesgo de confundir en las mentes la idea que hoy tenemos de gaucho adjetivo con la que creó el sustantivo gaucho— habríamos aca-

bado, quitando el dominio del genérico hombre, la estupidez y absurdidad con que hoy se engalanan cuando están en función puramente substantiva los en aquella posición substantivos adjetivados. Todos hombres. Es decir, hijos del pecado, si ello place a los católicos. O más claramente: imperfectos. Veámoslos con los ojos de la realidad, en la realidad: en la de antes o la de ahora; pero nunca en la de los libros tendenciosos o superficiales, o en la de las ideas hechas.

La gente criolla de a caballo —casi toda en aquella época, fuera de los centros poblados— fué el agente material de nuestra independencia y de nuestras luchas intestinas como el hijo de las ciudades fué el agente espiritual.

Hechas las guerras, terminado el pelear, fueron disueltas las legiones; y aquellos hombres que durante años, a semejanza de todos los que han sido soldados y han peleado, por evidente necesidad usaron del alcohol como reactivo, continuaron por hábito su uso y abuso. Y por haber vivido frente a la muerte largas jornadas, en las que los apetitos se exacerban y el salvaje que todos llevamos dentro se despierta, les plugo la hembra y el dinero fácil y el no tener más ley que la propia voluntad. Sedújoles la holganza, con la que se habían familiarizado en los campamentos; y la vida nómada, que hicieron en un principio por deber; tuvieron listo el facón, como en los entreveros: la sangre del hombre les era habitual. Vueltos al pago, creyéronse todavía en tierras del enemigo. Entonces fué el primer choque con la realidad. Habían triunfado en las batallas, pero ésta los derrotaba... Así nació el gaucho. Recordad los *demi-soldes*, sus contemporáneos; y sin ir más lejos, echad una mirada por la sociedad europea inmediata a la guerra: aumento de la criminalidad, de la inmoralidad y anomalía en las relaciones sexuales, de la vagancia —no siempre provocada por la desocupación—, del juego, del uso de los alcaloides, de la indisciplina social... En una palabra, se os ofrecerá la herencia de todas las guerras. Allá como acá.

Ese gaucho real, los románticos lo vieron a través de su exaltación y lo idealizaron —no fué éste el único desaguado que se les puede enrostrar—. Quienes vinieron detrás y no se tomaron la pena de compulsar cayeron en igual error.

Por eso *Don Segundo Sombra* no es hijo de la realidad: es

un mito, como dijo Roberto F. Giusti. Y en categoría de tal ostenta las virtudes que Güiraldes quiso acordarle; pero muy pocas coinciden con las que la realidad permite concederle. A algunos de los que le rodean, todavía, si no se es muy exigente, se les puede otorgar carta de ciudadanía gauchesca.

Además, hay otro sendero de evasión: el del tiempo. A excepción del protagonista y *su sombra*, los demás personajes de *Don Segundo Sombra* pueden situarse como figuras reales en el campo argentino real, pero nunca de una realidad actual.

El gran sensitivo que había en Güiraldes, se dió con toda simpatía a la magnificación de sus héroes. Y por eso necesitó olvidarse de cuándo sucedían los hechos.

En cambio, el paisaje en *Don Segundo Sombra* está siempre en presencia activa, como protagonista, ensimismando a los hombres que lo viven, vuelta a vuelta grandioso y eglógico, suave y áspero. Paisaje de llanura, de costa, de monte y callejones, humanizado, hecho carne y espíritu. ¿De qué época? De todas y de ninguna. Hoy un poco más peinado en algunos sitios, sólo difiere del de antes porque se ve más en él la mano del hombre.

Y esa humanización del paisaje en tiempos de la deshumanización es lo que hace grande al libro de Güiraldes.

Eduardo Acevedo Díaz, que lleva un nombre glorioso en las letras rioplatenses, en su única novela *Ramón Hazaña* —obra con la que ha entrado por la puerta grande entre los novelistas de categoría—, se evade también: pero la evasión es solamente en el tiempo. Entre los cuarenta y cincuenta años atrás está situada la anécdota. El escenario es pretérito, los personajes bien de aquel entonces. Hay la necesaria armonización de paisajes, hombres y costumbres, sin que ninguno de estos elementos disuene en la obra. Acevedo Díaz ha necesitado imaginar —tal vez haya briznas de directa observación, pero en todo caso bien lejana, pues es hombre joven—, pero sus imaginaciones se han ajustado a una realidad que fué.

Vigoroso y colorido el pincel que comienza describiendo la lucha en las estancias fronterizas y luego pinta el campo ya libre de caciques indios, pero sometido al cacique político y a los malones de matreros protegidos por la policía. Fieles y con relieve los retratos de sus gauchos y chinas. El del héroe epónimo, justo,

sobrio, de superior envergadura. Fausto Cajal, la Lujarda, las Lacay, sin una falla que disuene. Son así, eran así, en aquel entonces, si leemos la historia sin preconceptos, si espurgamos entre los procesos, si oímos a quienes vieron, sintieron y amaron aquel campo y sus pobladores. Lo que ha debido hacer Acevedo Díaz.

Esa es, sin embargo, una realidad vieja de cuarenta años. Hoy el cuadro y sus actores han cambiado. Algunas de las ideas que entonces trabajaban el paisanaje todavía siguen su acción. La topografía, el perfil de las estancias, tiene ahora caracteres definidos que se diferencian fundamentalmente de los de antaño... ¡Han pasado 30 años del siglo XX!

¿Por qué Acevedo Díaz no emprendió la tarea de adentrarse en la estancia de hoy, que tiene sus tan característicos problemas, en la peonada de campo, en el colono, en el agricultor y el resero?

En *Ramón Hazaña* no hay, como en *Zogoibi* o *Don Segundo Sombra*, héroes de fantasía; hay hombres de carne y hueso; hay mujeres... tal vez Rosario, fuera de la realidad, pero ¡qué vivientes las restantes!

¿Erale necesario a Acevedo Díaz remontarse al episodio del Capitanejo Payén y la vasquita para establecer el mestizaje de primera generación de Hazaña? Hay en nuestros días abundancia de ellos por toda la tierra argentina, y aun cuando no sean tan puros como Hazaña, todos o casi todos marcados con el estigma del hibridismo, compendios de defectos paternos y maternos. Cualquiera le habría servido para fundamentar su obra y ella hubiera sido de nuestra presente realidad, claro es que subordinando a ésta el resto.

El problema de *Ramón Hazaña*, la lucha entre la doblez astuta del mestizo y la pueril franqueza del blanco es tanto de ayer como de hoy, aunque se vaya atenuando en parte. Que Acevedo Díaz haya querido llevarlo a su momento álgido, es una explicación que entrevemos de su evadirse.

Alcides Greca sitúa su *Viento Norte* quince o veinte años más cerca que Acevedo Díaz: en los alrededores del 900. Como éste también describe las luchas de que está hecho el vivir campesino y aldeano, bien distante de la pureza y tranquilidad eglógica con que lo ungiéron los románticos.

“San Javier fusiló en sus calles su romántico pasado”, dice el autor al terminar el épico cuadro del levantamiento de los mocovíes. Esta expresión sintetiza un estado social y su correlativa expresión literaria está en *Viento Norte*.

El lugar de la acción ya no es, como en *Don Segundo Sombra*, *Ramón Hazaña* o *Zogoibi*, el campo solitario y bravío. Se acerca algo más el escenario: llega en ocasiones hasta la gran ciudad aunque sea por breves instantes; su centro es, sin embargo, la población rural. Y la agreste decoración sigue siendo hermana de la de aquél. En la lucha, ya no es el indio, sino el blanco quien esgime todas sus arterias contra el blanco que piensa con razonada franqueza y contra la ingenua superstición y embrutecimiento del indio que ha vivido bajo la civilización.

Sin el episodio del levantamiento de los mocovíes, vigoroso cuadro que ilumina la novela con trágico resplandor; sin los papeles secundarios de algunos de éstos en la acción, *Viento Norte* pudiera ser situado en el presente. Sin este evadirse en el tiempo —¿no lo habrá hecho Greca para quitar a su libro el sabor a clave que por momentos adquiere?— diríase que su realidad es casi la del presente... No se atrevió el novelista a abordarla; se detiene en el umbral. Pero tampoco usa ni abusa del gaucho. Sus personajes son hombres; cada uno tiene su patronímico y su oficio. Esto nos conforta, porque es un paso hacia el hoy rauda y cambiante.

#### IV.—EN LA BRECHA

¿Queréis conocer, ahora, a quien si se ha evadido, yendo por muy claras sendas y con paso firme hacia algunas pinturas de vida de campo de ayer no muy lejano, ha puesto al descubierto fielmente, a veces con crudeza e impiedad, los hombres de la pampa bonaerense? Nombraremos a Benito Lynch.

El mulato Tejeira de *Raquela*, que pasa raudamente; Florinda, la cocinera de *El antojo de la patrona*; el vasco don Miquel y Aguilera de *Palo Verde*; Balbina, Santos Telmo, Deolindo y Pantaleón de *El inglés de los güesos*; todos los de *El romance de un gaucho*, de Pantaleón al último peoncito; —¿cuántos más?... casi no hay excepciones— como tipos de hombres y mujeres trabajadores en la tierra pampeana, tienen tanto relieve

y fidelidad, tanta fuerza y veracidad; en sus palabras y en sus silencios, en sus gestos y sus acciones, descubren tan a lo hondo un alma como es la de sus congéneres en la realidad, que no podemos menos de admirar la maestría del creador y reconocer su estirpe.

Y si miramos del lado de sus patrones, en esa misma *Raque-la*, el mayor Grümber y Montenegro; en *El antojo de la patrona*, Pepe; en *Palo Verde*, don Cosme; en *La espina de junco*, don Juan; y tantos más como van y vienen a lo largo de sus relatos, se destacan por la fiereza de condotieros, el espíritu aventurero, la rigidez autoritaria, el egoísmo... que no excluyen, cuando llega el caso, la cordialidad paternal, la bondad y la consideración y hasta el gusto por la chacota...

Lynch no imagina, no fantasea, en la creación de sus personajes; no se deja llevar por la tiranía de una idea hecha, de una palabra... Va hacia la realidad, la vence y la eleva, con su arte superior, a personalizaciones que son otras tantas figuras de carne y hueso. Lynch no deforma ni sus seres ni las acciones que la lógica —y hasta ese viento pampero que es lo imprevisto— puede atribuirles sin menoscabo de la verdad. No tiene ninguna marca de cristales literarios para mirar. Y ajeno tanto a escuelas como a cenáculos es siempre Lynch; un hombre también, dotado del sentido superior que permite abarcar las síntesis y condensar lo disperso. Es sobrio en las descripciones, vivaz en los diálogos —que maneja con afortunada soltura—, justo en el colorido de sus cuadros, diestro en la composición; y sabe despertar y graduar la temperatura del interés, complementándose así sus eximias condiciones de novelista. Lástima que a veces sufra de descuido, dureza y enrevesamiento —único defecto en él— su prosa de experto narrador.

Mateo Booz, en cambio, es un novelista de léxico depurado y rico; castiga su estilo, aunque de vez en cuando disuenan petulantes, en la elegancia de su prosa, vocablos como cacoquimio, antañona, etcétera.

El también ha enfrentado con éxito la novela de nuestra actual realidad palpitante, tratando ciertos aspectos de la vida santafecina — *La tierra del agua y del sol* —, aunque última-

mente en *El tropel* haya preferido internarse en el campo histórico.

Escenario vecino al de *Viento Norte*, es el de *La tierra del agua y del sol*. Islas umbrosas, sol, arenales, río e inmensidad, pueblo chico: Santa Rosa de Calchines, nombre eufónico y evocador. El carácter agrícola de la explotación de la tierra excluye en esos lados el resero. Nada de gauchos, pues. Allí el indio los sustituye en calidad de elemento pintoresco.

Mateo Booz presenta un indio civilizado, por una parte y por la otra los restos de mocovíes que aun viven entre la lepra, la tuberculosis y la sífilis y la tremenda enfermedad de sus prejuicios, de su estrechez mental y supersticiones. Aquél y éstos se mueven dentro de la no menos estrecha comprensión pueblerina. Y el descentramiento es fatal. En el indio civilizado, como en los semisalvajes, se opera idénticamente: por suspicacia. De nada le sirven, a uno, su largo vivir con los blancos y sus estudios; a los otros el ejemplo de su hermano de raza que trata de hacerlos comprender, para elevarlos... El fatal sino de las razas es más fuerte. Sólo el amor, que es la más alta comprensión, redime y puede traer la convivencia sin roces. El ejemplo es la hermana del protagonista, india como él y como él hija de cacique, redimida por su amor a Mr. Swenson, un inglés, con quien se ha desposado y para quien vive, bajo el mudo reproche de la madre.

La realidad palpita en *La tierra del agua y del sol*, como palpita en la vida. Booz ha sabido hacerle frente y vencerla, al aprisionarla en el marco de su novela.

*El tropel* se aleja del hoy palpitante. Sin embargo esboza, en otro terreno, la misma lucha de tendencias y de incomprensión, por sobre la cual también se eleva triunfador quien confía a la prole, hija del cariño y del entendimiento, la tarea de perdurar.

Toda disputa, ha dicho Lloyd George, es prueba de falta de imaginación. Toda lucha, diríamos nosotros, lo es de falta de comprensión.

Los conquistadores substituyeron en el dominio del surco a los indios. Hijos de la unión de ambos sucedieron a aquéllos en el goce del mando. Cuando unos u otros quisieron poseerlo exclusivamente, se aniquilaron en la lucha. Por falta de ima-



ginación, por escaso entendimiento, no vieron ni comprendieron el futuro cercano y la grandeza del mañana: construir sin desmayo.

Aquel Zorzarain de *El tropel*, que sueña con una posesión más pacífica y vasta, es el hombre imaginativo y comprensivo, que triunfa con estos dones, por el camino del amor:

Su apellido se dilatará, a través de los tiempos, con sucesivas generaciones. ¡Los Zorzaraines de Santa Fe!  
Diputados, gobernadores, obispos...  
Sangre vasca.

Zorzarain vió lo que no vieron Cullen, ni Añorí. Comprende. Por eso cesa su guerrear inútil y fatigoso. Ama, trabaja, construye.

Larreta, Güiraldes, Lynch, Acevedo Díaz, la pampa, la tierra baja, sin horizonte, dedicada a la ganadería; Greca, Mateo Booz, el este santafecino, río, islas; Horacio Quiroga el Misiones subtropical, selva y fauna... Así nuestro país, poco a poco, va entrando en la novela, como ya entrara en el cuento, en la simple narración: definido, con propios contornos y carácter.

Queda mucho, sin embargo, por explorar. Un Curwood para la Patagonia...

El Ande tiene a Carlos B. Quiroga. Y no un Ande mitológico, romántico o legendario. No; *La raza sufrida* (1929) es la condensación novelesca de toda la descriptiva obra anterior de Quiroga: *Cerro nativo*, *Alma popular*, *La montaña bárbara y misteriosa*, *La imagen noroéstica*. Y toda esta obra es, como lo ha dicho certeramente Juan B. González (9) "una línea ascendente", "un acercamiento a la realidad objetiva y concreta en cuanto cabe".

*La raza sufrida* representa la transvasación del alma del paisaje a la de los individuos que lo viven; los personajes de la novela alientan por el mágico influjo que les presta la grandiosa mole vecina. Al nacer, los marca con su signo; para vivir necesitan de ella... y para morir también. Les da fortaleza de cuerpo y reciedumbre de espíritu. Les da libertad y prisión a un tiempo mismo. Si el cuerpo se aleja de ella, el espíritu se mantie-

---

(9) "Carlos B. Quiroga y el regionalismo montañés", NOSOTROS, página 30 y siguientes, núm. 251.

ne atado al macizo nativo; y cuando en las cumbres sueñan los hombres con la mirada tendida a lo lejos, valles y quebradas, desiertos y acantilados le recuerdan la ardua tarea que supone emprender la ruta del alejarse. La montaña está siempre en ellos, como nuestros antepasados están en nosotros.

Carlos B. Quiroga, hombre de la montaña, ha condensado su emoción y comprensión del paisaje que lo amamantó, en las páginas de *La raza sufrida*.

Topografía y espíritu, fisonomía y alma, salen de la pluma como de una talla; los seres son elementos indivisibles del cuadro total. El arte de Carlos B. Quiroga, tendido durante años hacia un fin, logra concretar en lenguaje y forma moderna el influjo de la montaña sobre sus hijos, renovando el mito que los pobladores de antaño explicaron emotivamente en sus leyendas.

#### V.—LA NOVELA DE LA CIUDAD

No son muchos, ciertamente, los novelistas del momento que han entrado en la enorme Buenos Aires para revelarnos su realidad. El monstruo es difícil de domar.

Hay tres, sin embargo, a nuestro juicio, que lo han intentado, en tres direcciones divergentes, y pueden señalarse como punteros: Carlos Alberto Leumann, Leónidas Barletta y Julio Fingerit.

*Adriana Zumarán, La vida victoriosa, El empresario del genio*, son expresiones de un mundo que existe, a pesar de todo cuanto se diga, en esta Babel que es Buenos Aires. Un espíritu fino como es Leumann, cultivado y escrupuloso, necesariamente debía buscar temas en correspondencia con su sensibilidad. Sus creaciones nos descubren un escritor de estilo y prosa cuidados, un sagaz observador de los medios en que se mueve la alta burguesía, *soit disant* aristocracia empeñada en labrarse *escudos con sus escudos*, al decir del viejo epigrama, y sobre todo, un conocedor del alma femenina en tal ambiente.

Muchos de sus personajes diríamoslos de clave, tan a lo vivo están retratados. Destácanse con realce y vigor; muévense holgadamente; sus acciones responden a una lógica interior armonizada con el mundo en que actúan: son hombres y mujeres de

nuestro momento y que a cada paso podríamos tropezar en nuestra vida.

Leumann es, con fortuna, el pintor de la alta burguesía-aristocracia. Escritor de conciencia, ponderado, no hay en sus obras nada que no sea o no pueda ser verdad; ha tenido el derecho de elegir aquella parte de la realidad que mejor conoce, y con más eficacia puede describir, para llevarla a cabo. Y lo ha hecho, repitámoslo, con sagacidad y soltura.

Elección semejante, de acuerdo con su idiosincrasia de escritor, ha realizado Leónidas Barletta. *María Fernanda, Vidas perdidas, Royal Circo*, todas sus obras, en fin, traen a la novela nacional visiones del humilde vivir, ese que se consume en las fábricas, en los heterogéneos oficios, que más que tales son una disculpa para hurtar el cuerpo a la muerte hasta donde se pueda. Barletta comenzó inseguro en la arquitectura, confuso en el lenguaje, vacilante en la observación, pero en poco tiempo sus instrumentos de trabajo fueron puliéndose y adquirieron cuanto le faltaba. Hoy, Barletta compone con facilidad, su léxico se ha enriquecido, su expresión es precisa y su poder inquisitivo agudo, penetrante, habiendo logrado alcanzar un puesto representativo entre los novelistas del momento.

Escudriñador de la realidad no ha creado tipos síntesis; pero en sus libros palpitan innúmeros seres de humana contextura. Por sus novelas pasan los resignados, los doloridos, los autómatas a quienes la desgracia no deja pensar... ¿Que es un mundo arbitrario? ¡No! Ese mundo existe tanto como el que nos descubre Leumann. Ni el uno, ni el otro, antípodas, son exclusivos.

También existe el que Fingerit describe en *Destinos, Mercedes, Eva Gambetta*... Podrá decirse que la clase media argentina no encierra tan alto grado de desmoralización como revelan las novelas de Fingerit. Y quien hiciera tal reparo estaría con nosotros. Ese generalizar lo deforme, que place al autor, es una falla. Debió enfocar la parte sana, también, para justificar la realidad de la enferma, realidad que nosotros reconocemos, a despecho de lo observado, aunque reduzcamos su área en proporción considerable. El fin dogmático oculta la magnitud de la verdad, pero eso no quiere decir que ésta no exista. Y si en ocasiones no es exactamente como la muestra Fingerit, no está lejos

de su pintura. Hay muchos Perico Pérez, por ejemplo, en Buenos Aires y en Róсарio. Y no menos cantidad de Elenas Gómez Parma. Sin que, repetimos, dejen de existir, afortunadamente, en gran mayoría, quienes llevan la vida del ser normal y corriente.

Hemos incluido a Fingerit entre aquellos novelistas que se acercan a auscultar el hirviente brasero que es una ciudad tentacular como Buenos Aires, porque ha buceado en el entrevero de razas que están ayudando a crear la realidad del momento en nuestro ambiente y ha extraído el elemento sensual — en todos los sentidos — que gobierna tantas acciones y guía tantos espíritus.

Sus héroes, Ramón Doll lo ha hecho notar, son extranjeros o hijos de extranjeros: españoles, italianos, austriacos...

El crisol. Y del crisol, la escoria. Ese punto de vista es indispensable para quien quiere abarcar la vida integral de un pueblo. Y, sobre todo, de un pueblo, como el nuestro, en formación.

#### VI.—LA TEMPESTAD MAGNÉTICA

Cuando la brújula entra en ciertas zonas del globo, su amor por el norte, tan fiel y constante, añora las infidelidades que no cometió y comienza entonces la danza de las mil tentaciones...

A veces, tras el desatinado buscar, serénase, de pronto, el alma del imán y torna nuevamente a su fidelidad secular. La tempestad magnética se ha disipado.

En otras ocasiones la proa embiste todos los rumbos, engeguedada y obstinada, sin que la aguja saltarina se fije en el quieto amor de la ruta. Y en estéril búsqueda, salta de su centro, cayendo inerte e inútil...

Quienes claman por una literatura *propia*, en nuestro país, tengan presentes las palabras con que Julio Casares puso fin a su estudio acerca de Valle Inclán (10): "Ahondando en el alma de una región española, se escribió la obra más universal de todas las literaturas; yendo a rastras de las modas cosmopolitas, nunca se ha hecho nada perdurable."

Son esas modas cosmopolitas, la tempestad magnética que se cierne sobre la brújula literaria.

---

(10) *Critica profana*, pág. 130.

## EL CUENTO

## I.—IDENTIDAD

En nuestro país, el cuento ha seguido estrechamente, como un todo indivisible diríamos, la evolución de la novela. Con el de ésta ha coincidido su verdadero florecimiento, después de esporádicos y vacilantes ensayos, siembras a voleo.

Cuando ya toma la novela carácter, se ciudadaniza argentina, aquél, simultáneamente, adquiere significación y personería.

Si el desenvolvimiento de ambos ha sido isócrono, la orientación ha sido idéntica: las líneas generales sobre las que corre la novela marcan también el camino del cuento. Es que nuestros mejores cuentistas son novelistas, y viceversa. Ya lo hemos hecho notar a propósito de Quiroga; y de Lynch pudiera decirse lo mismo; no es posible separar ambas actividades para juzgarlos independientemente.

Y si más atrás fuéramos, igual coincidencia podríamos señalar.

Limitándonos al período 1920-193... encontramos a Roberto Mariani, por ejemplo, cuyos valores y orientación de cuentista y de novelista son tan firmes que necesita, como Quiroga, se le tenga presente en su doble condición, pero dándole primacía al cuentista: razón por la cual lo hemos incluido en esta parte de nuestro estudio.

Benito Lynch, al lado de sus magníficas novelas, tiene *La evasión* y *De los campos porteños* para asegurarse un lugar de honor entre los cuentistas.

Manuel Ugarte, E. M. S. Danero, Héctor Pedro Blomberg; han cultivado indistintamente cuento y novela, aunque siempre haya primado en ellos, sobre todo en Blomberg y Danero, su disposición para el primero. Ugarte, multiforme e inquieto, ha pasado por todos los géneros dejando en cada uno de ellos brillantes muestras de su temperamento de artista.

Y así podríamos continuar la enumeración. Creémoslo innecesario; con los ejemplos dados basta.

Y pasaremos a identificar nuestros cuentistas.

## II.—LAS RAÍCES

Guillermo de Humboldt dice en su obra *Sobre la diversidad en la constitución de la lengua humana*, al diferenciar la poesía y la prosa: “La prosa busca, precisamente, sus raíces en la realidad, aproximándose a la existencia mediante tales raíces, siendo éstas el hilo que las une.”

Por extensión, aplicando el mismo concepto a la novela y el cuento, podemos decir, de acuerdo con lo que hemos venido sosteniendo, que buscan sus raíces en la realidad, para aproximarse por ellas a la existencia, formando así el vaso comunicante de una con otra y alcanzando el verdadero contenido humano que las redima del anonimato.

En el cuento, como en la novela, aquellos autores nuestros que han buscado la raíz de sus obras en la realidad, son los que han logrado más acabadas y eficaces muestras de su arte y mayor renombre.

Cuanto hemos dicho de Horacio Quiroga y de Lynch, al hablar de ellos como novelistas, puede considerarse repetido aquí. Ellos han buscado la raíz de sus obras en nuestra realidad, persiguiendo a través de ella lo perdurable de la existencia.

Siguiendo igual camino, Juan Carlos Dávalos (*Relatos lugareños, El viento blanco, Buscadores de oro*), Justo P. Sáenz (hijo) (*Pasto Puna, Bagüales*), Ramón Suaiter Martínez (*Catamarca, Historia de la vida de Ramón de Huillapima, Voces en la montaña*), Liborio Justo (*La tierra maldita*), Victoria Gucovsky (*El santo de la Higuera*), Fausto Burgos — cuando no va en busca de sus socorridos indios, a los que nada de común nos une — han llevado a las letras con agudo sentido de observación y eficaces colores, una clara idea del vivir de hoy en algunas de nuestras regiones e implícitamente de sus problemas.

La provincia ha sido siempre muy personal en toda nuestra historia. Y sigue siéndolo. Adentrándose en ella, los escritores que la han observado y descrito, la han descubierto a nuestra petulancia de porteños, ayudándonos a ese conocimiento esencial que es necesario en los pueblos, como en las personas, para comprenderse y valorarse.

Ahondando poco a poco en el argentino de tierra adentro

han contribuído también a fijar los rasgos característicos de nuestro complejo yo nacional.

Los literatos han sido y serán siempre los mejores descubridores del hombre, pese a cuanto los señores sociólogos pretendan.

### III.—Los URBANOS

Son muchos los cuentistas que por nacimiento o por radicación podemos considerar porteños y que han vuelto sus ojos hacia el formidable vivir de su ciudad. No siempre, claro está — como tampoco los provincianos, y son muchos, con respecto a sus provincias — han conseguido fijar en éxito sus visiones. En uno y otro caso, nuestras citas revelan nuestra opinión. Pero algunos pueden considerarse, a través de sus obras, fidelísimos y felices observadores.

El primero, Arturo Cancela. Sus *Tres relatos porteños*, aunque desmesuradamente elevados por una formidable campaña de propaganda, vueltos a sus justos límites, encierran valores relevantes. Humorista de buena cepa, dueño del idioma y de la técnica, logró sorprender el aspecto tragi-cómico de algunas escenas y vidas de la ciudad y fijarlas certeramente.

Muchos que han querido seguir su senda no han podido vencerla por áspera y difícil.

Otros aspectos reales de la vida de la ciudad tienen asimismo sus pintores entre nuestros cuentistas.

Elías Castelnuovo, la ve por el lado tétrico y obscuro, que ha conquistado hasta hoy sus preferencias. *Malditos*, *Tinieblas*, *Entre los muertos*, *Carne de cañón*, son títulos que dicen por su sola enunciación, del tema que desarrollan. Muchos de sus cuentos adolecen de la monotonía que da la unilateralidad de los ambientes, temas y personajes elegidos; otros, no superados — *Reformatorio*, por ejemplo —, revelan excepcionales facultades, que desgraciadamente se agostaron al primer cierzo sin lograr su perfecto y equilibrado desarrollo.

Roberto Mariani (*Cuentos de la oficina*, *La frecuentación de la muerte*, *En la penumbra*), destacóse desde sus primeros cuentos como un hábil observador de la vida de nuestra clase media. Sabe penetrar los ambientes y captar sus tipos con agili-

dad. Poco a poco su técnica se ha ido consolidando. Un reparo nos vemos obligados a hacerle: falta de colorido en su prosa. El costumbrista de *Cuentos de la oficina* y el analista de *En la penumbra*, para realzar la plasticidad de los cuadros y el minucioso buceo psicológico necesitan del dominio del vocablo. Cuando éste no surge preciso y feliz, el tono se oscurece, hácese monótono el lenguaje, contagiándose de tal monotonía el fresco material o espiritual que construye el autor. Mariani tiene aún tiempo de sobra para macerar su expresión, dándole ductilidad, riqueza y ese sabroso *no sé qué* personal, hecho de pequeños recursos que tan grandes resultados rinden.

Roberto Arlt (*El juguete rabioso*, *Los siete locos*), dotado de una fácil imaginación, posee, en cambio, muy pobres medios expresivos. Este desajuste entre uno de los elementos que contribuyen a la creación y el indispensable para realizarla, origina la deformidad congénita de sus obras, la carencia de equilibrio indispensable en todo conjunto orgánico. Empeñado en la novela, si no consigue dominar técnica, idioma y gusto, perdido en la selva de sus admiraciones, ha de extraviarse irremediablemente. Sus escenarios y sus tipos tienen por marco la vida ciudadana; pero hay en ellos más fantasía que observación.

Alvaro Yunque se ha especializado en el estudio de las almas infantiles. Como André Lichtenberger, su ternura se vuelca en el desentrañamiento de la compleja máquina que es un niño, máquina de mecanismo aparentemente sencillo y transparente. El autor de *Mon petit Trott* lo ha hecho desde un punto de vista exclusivamente burgués, como señaló René Lalou; Yunque, en cambio, anima sus creaciones con un hondo espíritu de humanidad, sin circunscribir su observación. *Ta-te-ti*, *Jauja*, *Barcos de Papel*, merecen estar en todas las manos. Si debiéramos hablar de sus dotes idiomáticas, seríamos exigentes. El mismo reproche que a casi todos los de su grupo, le alcanza. El llamado de Boedo es, entre los de su época, el que en mayor proporción ha dado representantes de valor a nuestras letras. ¿Por qué los une el descuido formal? No es que lo eleven a la categoría de elemento estético — si cabe el dislate —, de escuela. Está en ellos involuntariamente, a pesar de ellos, tal vez. Y la prueba es que



lo van corrigiendo paulatina y lentamente. Un ejemplo: Barletta.

#### IV.—HACIA TODOS LOS RUMBOS

Un humorismo de carácter puramente imaginativo, sin contacto con nuestra particular realidad, ha cimentado en bases sólidas el renombre de Victor Juan Guillot (*Historias sin importancia, El alma en el pozo*), de Enrique Méndez Calzada (*Jesús en Buenos Aires, Las tentaciones de don Antonio, Y volvió Jesús a Buenos Aires* y muchas de sus poesías), de Ernesto Mallea (*Cuentos para una inglesa desesperada*). En estas obras se advierte la importancia que la forma tiene en la obra literaria. Hay ideas, en ellas; y las ideas llevan digno ropaje que las realza y hace brillar.

Revelador de un humorismo que tiene también sus puntas de ironía, desarrollados ambos con fino y cuidadoso lenguaje, es el primer volumen de cuentos de Alvaro Melián Lafinur, *Las nietas de Cleopatra*, hecho de temas exóticos, pero porteño de la estirpe de Wilde y Cané por su espíritu: un alto en el camino de la crítica, en la cual ocupa bien ganado lugar su autor.

Otro crítico de primera fila, que a tal disciplina ha dedicado con éxito toda su actividad, también ha hecho una incursión con *Mis muñecos* en el campo del cuento. Roberto F. Giusti, ha vuelto de él con ese tomito que todos conocemos, un poco amargo, un algo burlón, filosófico y humano. Prosa y técnica ágiles, de quien sabe el oficio... y lo sabe muy bien.

La influencia cosmopolita, el amor a las modas, al último ismo en boga, la imitación de modelos ajenos a nuestra sensibilidad y a nuestro medio, han conquistado en toda época muchas de nuestras inteligencias. El libro ha sido para ellas el documento; por reflejos, su inspiración ha brillado... Este arte de segunda mano no cuenta con nuestras simpatías, pero no podemos negarle su puesto al sol, sobre todo habiendo, como hay, en sus fortuitos cultores, nombres de significación en nuestro mundo literario.

Héctor Pedro Blomberg, Guillermo Estrella, Arturo M. Mom, H. I. Eandi, Armando Cascella, E. M. S. Danero, Fermín Estrella Gutiérrez, Max Dickmann, José Bianco (hijo), tal vez queden al-

gunos olvidados, dispersan hacia todos los rumbos sus tendencias. Son imaginativos y la loca de la casa unas veces les ayuda y otras les traiciona.

Blomberg, aun cuando ha tratado temas nacionales con destreza, pero varia fortuna, ganó su principal renombre conjugando, en la poesía y en el cuento, la inquietud viajera. Trajo a sus libros al hombre errante, de lejanas latitudes y alma compleja, al exotismo tan socorrido en las literaturas inglesa y francesa.

Danero, stendhaliano que ha hecho su divisa del *To the happy few* de *La Chartreuse*, por un lado con *Sangre en los labios*, por otro con *La aventura negra*, rinde culto a la égira de Harlem en que vivimos, sin dejar por eso de enrolarse en el ismo que suponen sus *Danerías*.

El camino de Proust ha tentado a algunos nuevos; nombra mos a *La pequeña Gyros*, de José Bianco (hijo), a *Europa* de Max Dickmann.

Estrella Gutiérrez, poeta siempre y por encima de todo, hasta cuando escribe cuentos, hace primar en éstos su fantasía y su pulcritud de lenguaje: a una bella frase es capaz de inmolar el contenido humano de su creación. Temas y personajes son, en él, más hijos de su imaginación que de la realidad.

Guillermo Estrella, Arturo M. Mom, no fueron a buscar lejanos ejemplos e influencias. En ellos está la marca de Horacio Quiroga, pero sin el realismo que le da a éste tanta valía. Siguen los métodos en la parte formal, no así en la observación. Las influencias, las admiraciones, hasta que uno se tiene en pie; después a correr libremente para dar elasticidad al músculo.

Cascella, Eandi, plumas jóvenes, tienen ancho horizonte y fuerte el aliento.

#### V.—EL SURCO ABIERTO

El surco queda abierto. La velocidad de nuestro tiempo, y en tierras vírgenes que florecen el milagro cada día, apresurará la germinación.

E. SUÁREZ CALIMANO.

## POESIAS

### LUZ EN EL AGUA

*A Alfonso Reyes,*  
por la maravilla de sus Romances.

1.

Clavel de espuma dorada,  
mañana de Río Janeiro  
sólo con palmeras y agua.

2.

Ese negrito de Santos  
brillándole los ojitos  
cuando pasó el transatlántico.

3.

El paisaje está en el cielo?  
en la tierra? o en el mar?  
No preguntes niño nada,  
mira no más.

4.

Por este camino sí,  
por aquí me voy,  
por la rua Paysandú,  
por otra nó.

5.

Espuma de champán verde  
los cerros de Therezópolis  
que mis ojos se la beben.

6.

Todos los negritos  
de prisa, de prisa,  
unos sin zapatos  
y otros en camisa.

Como rosas negras  
se abren los paraguas.  
Se extiende el Atlántico  
sobre la calzada.

7.

Sobre ese cerro violeta  
construiré mi casita  
y sembraré mis palmeras.

y 8.

Luna de azúcar y aroma,  
amor de Río Janeiro ,  
cielo que se hace paloma  
aleteando en nuestro sueño.

## CAMINO DEL HOMBRE

**S**OBRE la colina rubia  
hay un sueño de palmeras,  
y un zureo de palomas  
ronda el silencio violeta.

Señor de mi soledad  
camino por la ribera.

Qué camino es el que piso  
que quema y que no es la tierra?  
que sueño y que no es el cielo?  
que no es el mar y me alegra?  
que lo añoro y no es recuerdo?  
que no lo veo y es presencia?

Señor de mi soledad,  
A dónde voy si no quiero  
salir de mí? Por qué el mundo,  
entonces, se hace sendero?  
y la rama hincha su fruto  
si tengo los labios yertos?

Señor de mi soledad  
que se haga flor lo que siento.

### ROMANCE DE LA NEGRITA QUE SE IBA A CASAR

**S**ONREÍA la negrita  
vestida de luna y aire,  
azahares en los cabellos,  
en las manitas, azahares.

Corría una brisa verde  
entre los cerros de esmalte.  
Zumbaba una abeja ebria  
su secreto por el aire.

Los ojitos de la novia  
eran flores de cristales,  
y era también su sonrisa  
florecita en el paisaje.

En la capillita el órgano  
vibraba ritmos nupciales.  
Amor ardía en el pecho  
de los negritos amantes.

Negrita de Therezópolis  
te ví un sábado en la tarde,  
iría otra vez allá  
si volvieras a casarte.

## CANCION A CECILIA MEREILLES

**S**oy bajo tu cielo  
Cecilia Mereilles  
un barquito lento  
al amanecer,

Una lluvia tímida  
empieza a caer  
en tu Río Janeiro  
Cecilia Mereilles.

No te he visto nunca.  
Te leí tal vez  
una tarde triste  
o alegre? No sé.

En un barco enorme  
hasta aquí llegué,  
yo que conducía  
barcos de papel.

Frente al mar Atlántico  
canto mi *berceuse*,  
y añoro tu verso  
Cecilia Mereilles.

## LEONARDO

**L**uz y agua clara, la mañana invoca  
nácares en la gruta, y en la brisa  
los ángeles deshacen su sonrisa  
y la brisa desciende a mortal boca.

Luz de luz vaga y agua de la roca  
que al lado de la sombra se desliza,

amor de luz y agua que se irisa  
por la vara de nardos que lo toca.

Dorados pinos en silencio albino  
donde medita el corazón su sino  
y donde vaga la esperanza blonda.

Tras el mentir, tras la sonrisa incierta,  
tras humano soñar vigila alerta  
la mirada celeste de Gioconda.

ENRIQUE PEÑA.

Río de Janeiro, noviembre de 1933.

## LA ESCUELA EN EL REGIMEN DE ORGANIZACIÓN DE LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA ARGENTINA (\*)

### LA ESCUELA ACTIVA

#### XIV

**E**L concepto vitalista que domina el campo de la escuela activa, ha llegado a transformar, en el sistema que propone, el papel mismo de la escuela. Al imponer el concepto pragmático de la acción y desalojar el de la inteligencia, formula el postulado de que la escuela debe ser, no preparatoria de la vida, un factor social en el cuadro de otros muchos, sino "la vida misma". Ella debe resumirlo todo y a ella debe transportarse el campo de la vida infantil. Allí debe tener el niño la totalidad de lo que puede y debe comprender el movimiento de su existencia: afectos, trabajo, taller, sociedad, distracciones, juego, y en general todo lo que abarca la actividad del ser humano.

Es deformar el concepto y desvirtuar la misión de la escuela, hacerla realizar funciones que corresponden a otros órganos de la sociedad, que esta misma crea, por natural y espontánea producción. No es posible que la escuela reproduzca, tal como debe articularse, con sus resortes y sentimientos propios, la vida del hogar. Cualquier propósito tendría el carácter de un simulacro, y no hay peor escuela que la que se basa en el artificio. La vida tiene multiplicidad de relaciones, que se desenvuelven en una multiplicidad de sentimientos y actividades. Cada una necesita su zona propia de actuación, su atmósfera y su clima y no la que ha sido creada expresamente, con factores que no son reales. Importa, al contrario, sacar al niño de su medio natural, de la verdadera escuela de la vida, la que está destinada a ser el centro

---

(\*) Ver los Nos. 285, 286, 287, 290-91 y 294.



de acción del hombre de mañana. Los afectos de familia, con el cortejo de elementos sensibles que supone, no pueden desenvolverse en ningún otro plano que en el del hogar. El niño necesita conocer, para la completa formación de su espíritu, los distintos núcleos de la vida social, con sus diversos mecanismos de vida, la actuación de los seres que los llenan y movilizan, con sus pasiones, sentimientos, conceptos y formas de actuar, y eso la escuela, por mejor organizada, no puede darles sin aparato y simulación. Ese es precisamente, el inconveniente grave de los internados.

La escuela no es, pues, sino un factor, como otros tantos, de formación social, con sus límites marcados y su jurisdicción propia. Tiende a preparar para la vida, dando al niño el caudal de conocimientos requerido para que lo trabaje y lo madure en la actividad práctica o la consagración intelectual. El mismo Claparède, propulsor de la fórmula enunciada, dice que su doctrina de "la concepción funcional de la educación y de la enseñanza, consiste en... considerar la educación como una adaptación progresiva de los procesos mentales a *ciertas* acciones determinadas por *ciertos* deseos". Quiere decir, pues, que limita la adaptación progresiva de los procesos mentales a *algunas* acciones, también determinadas por *algunos* deseos, refiriéndose, naturalmente, a acciones y deseos vinculados al conocimiento.

Es la consecuencia natural de un análisis meditado, que debe, forzosamente, conducir a la realidad de las cosas y de la vida, debiendo reducir obligadamente el alcance de palabras escapadas en el ardor del entusiasmo y el culto por las frases trascendentales.

## XV

Pero ¿qué es, en qué consiste esta *actividad* que la escuela preconiza como fórmula innovadora y en la que cree encerrar el secreto de su doctrina? Ante todo definamos: Actividad es el trabajo que desarrollan fuerzas determinadas. En tal sentido están comprendidas las fuerzas psíquicas, como las fuerzas biológicas y físicas, la actividad del espíritu, como la actividad vital y muscular. Cualquier funcionamiento es una actividad.

Los sistemas educacionales han tenido, con respecto a la actividad a desenvolver, el criterio correspondiente a los métodos pedagógicos adoptados en su época. En el primer período no se hacía funcionar otra actividad que la psíquica, y más especialmente la memoria. El simple trasplante de conocimientos, sin análisis, sin razonamiento, sin el juego natural de actividades mentales que supone el trabajo de asimilación, comprensión, discriminación, no exigía otro funcionamiento que el de la memoria. Desplazado el sistema por la movilización de actividades libres que vino después, quedaba la enseñanza, reducida todavía al campo de la actividad interior exclusiva, limitada al esfuerzo de la imaginación para representar y comprender las cosas y los fenómenos, fuera de la realidad concreta, experimental, que caracteriza la mentalidad del niño.

Fué Pestalozzi el primero que en forma orgánica y docente dió las bases del nuevo concepto de actividad escolar, tratando de vincular la actividad psíquica a la actividad biológica. Se comenzó por acompañar la imagen o la cosa misma a la descripción verbal, poniendo en contacto los objetos o fenómenos con los sentidos de la vista, del oído, del tacto, acostumbrando al niño a la visión concreta y real de las cosas. Cada uno de estos sentidos entraba en actividad, adquiriendo con el desarrollo, el cultivo y posesión de la realidad exterior. El mundo externo se incorpora de esta manera como factor educativo, ampliándose el cuadro y la visión de la vida infantil. Pero ello no bastaba, reputándose que la simple presencia de las cosas no era sino un auxiliar accidental y limitado, quedando una porción estimable de fuerzas, necesarias después en la vida, sin aplicación y ejercicio. Es indispensable, se dijo, para completar el concepto de la educación, no solamente el contacto y la visión de los objetos, sino actuar sobre las cosas, realizar el trabajo que ellas requirieren para transformarse en instrumentos capaces de satisfacer las necesidades humanas, dando al niño la aptitud de esta operación, a la vez que obteniendo un desenvolvimiento más armónico y concreto de su inteligencia.

Así nace la aplicación de la actividad muscular, con el trabajo manual, que debía después, por un proceso de oposición extensiva, hacerse predominante, hasta fundar el concepto mismo

de la llamada escuela activa. Sigue, naturalmente, sus etapas de evolución: Pestalozzi, que lo introduce en la enseñanza, de tal manera que puede decirse que nace con la escuela primaria, ya que es él quien la organiza, lo considera como un complemento de la instrucción. En su concepto, la actividad manual incorpora, integrando las funciones educativas, al trabajo meramente interno, el de la vinculación de éste con el mundo exterior, ejercitando la observación y dando con la experiencia, que supone el trabajo de "hacer", una nueva forma de consolidación de las facultades mentales, como la propia memoria. Contempla, es cierto, la situación de clases y la necesidad indispensable para el artesano y la gente humilde en general, para quienes circunscribe, en forma especializada, la necesidad de esta enseñanza. "Hay que considerar, exclamaba, que la educación intelectual de los trabajadores manuales es menos un resultado de su poder de abstracción, que de su poder de intuición y de iniciación sensoria y manual, lo cual indica que los medios artísticos de formación intelectual de estas clases han de fundarse esencial y preferentemente en el ejercicio de los sentidos y las manos".

Como vemos, hay en Pestalozzi una preocupación social, con respecto a la situación de toda una clase abandonada a la ignorancia, a más de un concepto pedagógico, propiamente dicho. No es que elimine este último de su consideración, sino que hijo de su época, y con el sentimiento superior de tender a reparar sus males, contempla, en lo que al predominio de una actividad determinada se refiere, las necesidades premiosas de una clase social descuidada espiritualmente. El mismo fundaba esas escuelas, para el artesano, pues las otras clases sociales tenían las suyas.

Fué así como propició la fundación de escuelas para el pueblo, concibiendo la organización de la enseñanza primaria como autónoma y separada de las que completan el ciclo de la instrucción. Fué, pues, a más del gran pedagogo, el organizador de la enseñanza primaria. De allí la grandeza de su obra.

Su sistema fecundó en el hecho y su doctrina de la actividad integral en los métodos educativos, hizo progresos. Una vez organizada la escuela del Estado, que dió un tipo único, eliminando la que instituía la separación por clases, se incorporó como

asignatura de cursos, la enseñanza manual, en la forma denominada *Slojd*, en el concepto de habilidad manual general, no especial ni profesional, que habría quitado a la escuela primaria su carácter y función. Se lo completa con otro género de actividad manual, más directamente vinculada con el trabajo intelectual y las materias de estudio: la construcción de sólidos geométricos, en la geometría, de aparatos sencillos de física, para la experimentación de determinados fenómenos, disección de aves y plantas, la formación de herbarios, croquis, dibujos, mapas, etc., dando a la enseñanza este carácter de combinación de actividades que desenvuelven y enriquecen aptitudes de integración.

Pero hay en el espíritu la tendencia irrevocable a rebasar el equilibrio y tocar los extremos, buscando las soluciones, no en la verdad, sino en el plano opuesto al error proclamado. El cambio de posición suele ser habitualmente la afirmación de estas tendencias. Es así como llega la escuela activa a hacer del trabajo manual la actividad central de la educación, convirtiéndolo en el elemento primordial de la enseñanza escolar, haciendo a la inteligencia sierva de la mano. El proceso que se preconiza es, no la evolución, sino el salto en retroceso: de la memoria (actividad predominante en la pedagogía medioeval) a la mano (actividad acaso primitiva).

Esta tendencia da nacimiento a lo que se llama la escuela del trabajo, sobre cuyo significado y alcance hay disparidad entre sus propulsores. Mientras los unos consideran el trabajo manual bajo su faz profesional, productiva, como la única finalidad de la educación, dentro de la fórmula "educar en el trabajo para el trabajo", otros lo consideran un mero instrumento de cultura, lo que traducen en el enunciado: "educar por medio del trabajo".

Los primeros consideran como fin exclusivo de la escuela la función social destinada por el individuo a llenar en la sociedad, como factor productivo de riqueza económica y como tal se le ha llamado escuela productiva. Restringen el concepto de la palabra trabajo al trabajo manual, profesional, que tiene en cuenta la actividad económica social, excluyendo o relegando a un plano inferior el trabajo intelectual. "La escuela del trabajo, dice su expositor el pedagogo ruso Blonskij, toma su marcha

lo mismo que la vida del trabajo del hombre, en un ambiente objetivo vital, a partir de las necesidades concretas de la vida en lo referente a habitación, vestidos, utensilios, etc." El alumno debe recorrer a su paso por la escuela todas las labores: industria textil, química, ingeniería, agricultura, trabajo en madera, fundición de acero, fábrica de azúcar, construcción de ferrocarriles, vaquería, ebanistería, etc. "Apenas puede imaginarse, creo yo, dice Kerschensteiner, nada más extravagante que tal comedia pedagógica, que quiere presentarse con el título de escuela de trabajo".

Otros pedagogos de esta misma tendencia, preconizan trabajos más sencillos, que a la vez que estén al alcance de la mentalidad del niño, sirvan de base a lo que realizarán mañana, como el cultivo de plantas, cría de animales en el campo y lugares despoblados.

Los segundos manifiestan que su sistema está de acuerdo con la naturaleza y las exigencias de carácter biológico, y que no buscan otra cosa que dar a la enseñanza los estímulos de la acción. Es necesario, dicen, tener en cuenta las leyes de desenvolvimiento natural, esforzándose en que ellas se realicen dentro de las mejores condiciones posibles, con el propósito de obtener que se opere el equilibrio de las funciones correspondientes a la vida psíquica y orgánica, alcanzando así una mayor expansión de las aptitudes en ambas actividades. De allí surge la consecuencia de que el trabajo que se proponga al niño debe responder a sus exigencias de actividad, "de apetencias internas y externas". Entra, pues, en primer lugar la consideración de la individualidad, que constituye, al decir de Kerschensteiner, la primera propiedad fundamental de la escuela del trabajo, que con la continua actuación de sus propias necesidades psíquicas, les educa para aquello a que por sus disposiciones innatas son íntimamente llamados". Pero no se limita, agrega, a enlazar la actividad educadora a las disposiciones individuales de sus alumnos, sino que multiplica y desarrolla hacia todos los lados posibles estas inclinaciones e intereses, mediante una actividad constante en los respectivos campos de trabajo.

La segunda condición es la comprobación por parte del alumno, de confirmar si las actividades desenvueltas están de

acuerdo con lo que él ha sentido, pensado, experimentado y querido. Y la tercera condición, con la que están de acuerdo todas las tendencias y sistemas, es la de la comunidad, la del trabajo asociado. Es el carácter que presentan los diversos tipos de la escuela de trabajo, desde la "Escuela laboratorio Dalton", las de Dewey, como las de Kerschensteiner.

Son, pues, los caracteres principales de la escuela del trabajo preconizada por la escuela activa: 1º Predominio del trabajo manual, en tal forma, que en algunas de sus manifestaciones llega a ser excluyente de la actividad intelectual. 2º El respeto a la individualidad, al instinto y tendencia natural. 3º Organización asociada o comunidad.

Analicemos estos tres principios.

## XVI

El predominio del trabajo manual es una consecuencia de la doctrina pragmática que afirma que la acción es la fuente del conocimiento. Nacida de una lógica reacción contra una tendencia extrema, que hizo de la inteligencia la única actividad docente, olvidando sus vinculaciones con las otras actividades vitales, y más especialmente con las que le sirven de auxiliar y complemento, llegó después, por una ley psicológica muy conocida, al extremo opuesto. En vez de señalar el error de la primera, fijando su causa en el desconocimiento de la realidad psicológica, aceptó su punto de partida, formulado en la existencia de un antagonismo entre la inteligencia y la acción, decidiéndose en contra de aquella y por la primacía de la última, reputándola anterior, superior y generadora de ella.

Hemos analizado en otro lugar el problema en su aspecto filosófico y en el terreno de la historia de las ideas. Tenemos ahora que considerar más directamente el problema: hay realmente separación, antítesis y oposición entre ambos? Viven en zonas distintas?

Pero ante todo ¿qué es acción? Para la escuela activa, que aísla en regiones separadas las actividades del espíritu, la palabra acción está vinculada a las actividades que se desenvuelven por el trabajo muscular y más estrictamente las que se ejercen

por la mano. No concibe la acción sin movimiento, sin la exteriorización de energía muscular y fuerza biológica, y sin que se traduzca en algún objeto visible. No es ese sin embargo, el concepto científico de la acción. Es más complejo y superior. Dromard lo ha definido: "La acción, dice, no es un movimiento cualquiera: *es un movimiento que crea*, y yo entiendo por tal, un conjunto de mociones bien coordinadas y que tienden hacia un fin que marcará en el instante posterior una superioridad sobre el instante anterior y que se expresará más exactamente por un progreso. El único criterio de la acción verdadera, es la *Creación*." Quiere decir que no es el movimiento, ni siquiera el determinado por un trabajo mecánico, que exija el mero automatismo, o la simple inteligencia muscular, es algo más complejo, que reclama la actividad de la inteligencia en sus múltiples formas. La "creación" supone plan, organización, energía constructora, objetivos que ponen en actividad diversas aptitudes. "Sucede todos los días, dice el mismo Dromard, que se cree ver trabajo útil donde no hay más que ruido. A los ojos de la mayor parte de la gente, los hombres pasan por actuar desde el instante que hacen barullo y muchos de aquellos a quienes se llama precisamente "hombres de acción" gastan falsamente su actividad y producen movimientos en el vacío". Es esta confusión entre una y otra, entre acción y agitación, la que motiva los errores y deformaciones de concepto consiguientes. La agitación es la que mayormente atrae, ya que ella no exige ninguna labor complicada. No reclama el esfuerzo persistente, medido, trazado dentro de un plan y desarrollado con inteligencia y voluntad. Basta moverse, dispersarse, desparramarse, hacer ruido, sin que entre para nada la actividad de la inteligencia. "El agitado, dice un psicólogo, es lo contrario del hombre de acción. El agitado tiene necesidad de remover: su actividad se traduce por la acción frecuente, incoherente, al día. Hace mucho ruido, pero obra, sobre todo obra buena, poco o nada". En cambio la acción verdadera no existe sin la reflexión. Ella le da su tono. La actividad orientada, segura de sí misma, dice Payot, implica la meditación profundizada. Los grandes activos como Enrique IV y Napoleón, han reflexionado ampliamente antes de actuar, por sí mismo o por intermedio de sus ministros.

Ahora bien, cómo actúa la reflexión sobre la voluntad? Hagamos a un lado la teoría de las ideas-fuerzas de Fouillée y aceptemos que ellas no adquieran fuerza ejecutiva sino aliándose con los estados afectivos, que son las potencias del espíritu. Es necesario, en consecuencia, que actúen en forma tal que organicen y conciten estos estados para provocar la excitación de la voluntad. La idea llega de esta manera a ser el centro de orientación de las tendencias y sentimientos y ella debe presidir su organización". La idea, dice un psicólogo, es para los sentimientos lo que es la imantación para las innumerables corrientes de la barra de hierro dulce; ella las dirige en el mismo sentido, destruye los conflictos y de lo que no era sino un amasijo incoherente, forma una corriente disciplinada, de fuerza centuplicada". Pero para que el pensamiento pueda ejercitar esta función directiva y de imantación, es preciso que el conocimiento haya proveído al espíritu de la información y capacidad reflexiva necesarias, dándole las bases requeridas para que pueda realizarlo con acierto. Cuanto más sólida y más profunda es la información, más neto y seguro será el rumbo fijado. Poca cultura aleja la originalidad, mucha la atrae, dice Dugas.

Quiere decir, pues, que la acción no es una actividad desprendida de las otras, para actuar sola, sometiendo o arrasando a aquellas, sino al contrario, es el resultado de una estrecha y profunda unidad de todas las actividades del espíritu: necesita de la concentración de todas en un esfuerzo superior, para que produzca un resultado que implique un progreso. Ni la acción, ni la razón, son, pues, como pretenden las metafísicas pragmáticas o racionalistas, principios generadores de uno u otro, sino elementos complementarios en la vida del espíritu. Pensar es en sí mismo actuar, muchas veces acción más fecunda que la que traduce el movimiento. Alguien observa con justeza que lo que se ha hecho de grande y de durable en el mundo, ha sido dado a luz por meditativos, por pensadores. "Un pobre meditativo como Ampere, se ha dicho, que jamás supo ganarse dinero, ha hecho más con sus descubrimientos para convulsionar la sociedad y aun la guerra moderna, que Bismark y Moltke juntos, y Pasteur y Duclaux han hecho realizar mayo-



res progresos al cultivo de la tierra que cincuenta ministros de agricultura y millares de agricultores mismos”.

Nadie ha demostrado mejor que Dewey esta vinculación profunda entre la acción y el pensamiento, así como la gran importancia de la inteligencia en todas las actividades. Lo advierte en los primeros movimientos del niño: extender el brazo para alcanzar un objeto. “La proyección instintiva del brazo, dice, es provocada por una excitación visual, y esta tendencia sirve de punto de partida a la adquisición de la destreza para alcanzarlo y tomarlo exacta y rápidamente. No obstante, para alcanzar totalmente su propósito, es necesario que intervengan la observación, la selección de los movimientos apropiados y su coordinación con el objeto de obtener un fin perseguido. Estas operaciones: *elección y coordinación conscientes exigen un trabajo de pensamiento*, aun cuando sea de un tipo rudimentario”. El mismo “dominio del cuerpo” constituye, según él, un problema intelectual, pues el niño, para servirse de sus miembros debe asociar lo que ve a lo que maneja, vincular sonidos e imágenes visuales y éstas a imágenes gustativas y táctiles, todo lo que prueba, con el rápido desarrollo de la inteligencia durante los primeros ocho meses de la vida, que el desenvolvimiento del contralor sobre el ser físico es una adquisición intelectual.

El predominio del trabajo manual tiene que producir un desequilibrio peligroso, opuesto al producido por la exclusiva orientación racionalista. Cualquiera de los dos extremos es perjudicial, traba el desenvolvimiento del espíritu. Pero las actividades intelectuales son mucho más complejas, por lo que requieren mayor atención y trabajo. Las manualidades tienen el inconveniente de automatizar demasiado, limitando progresivamente la inteligencia: adquirida la habilidad, la mente reposa y esta inercia conduce forzosamente a la rutina. Para que sea realmente creadora como exige Dromard es preciso que la actividad intelectual la dirija, interviniendo, constantemente. “Se apela a la teoría del juego, de la expresión personal, del desarrollo natural, dice también Dewey, insospechado de racionalista, como si bastase favorecer una actividad cualquiera para asegurar la educación de las facultades mentales: otras veces se recurre al mito de una fisiología cerebral para afirmar que to-

do ejercicio muscular forma el pensamiento". Este método, agrega, reduce la educación humana al nivel del adiestramiento animal. Para que una habilidad práctica, una técnica efectiva, pueda ser utilizada con inteligencia y no de una manera automática, es preciso que la inteligencia haya cooperado a su adquisición. Por otro lado: la aceptación del sistema ¿no importa acaso imponer con anticipo una determinada actividad profesional al niño, violando el principio de la espontaneidad?

## XVII

El respeto a la individualidad, que impone el segundo principio, está vinculado a un problema previo: corresponde a la escuela primaria la determinación de la orientación profesional? Es en el período comprendido entre los 6 y los 14 años, en el que aparecen las predilecciones por una actividad determinada?

Veamos lo que nos dice la ciencia y la experiencia. Habíamos anticipado ya un enunciado fundamental que la psicología infantil y la pedagogía contemporánea erigen como eje de todo sistema de educación: el estado de crecimiento que importa la niñez. Desconocido por la pedagogía medioeval, su importancia se acrecentó y se acrecienta, a medida que progresan los estudios psicológicos.

Consideramos imprescindible su estudio para resolver el problema formulado. Una de las primeras condiciones que tal estado nos presenta, es lo que Dewey llama la falta de madurez. Significa una situación de posibilidades, de actividad y fuerzas en estado de potencia, de capacidades virtuales. Considerándolo comparativamente con el estado adulto puede aparecer como una deficiencia; pero contemplado en sí mismo, intrínsecamente, es una fuerza positiva, una habilidad: el poder de crecimiento. De este punto de vista constructivo destaca dos rasgos salientes: la dependencia y la plasticidad. (Dewey).

El niño, es, indudablemente, al nacer, el más indefenso de los seres organizados. Nada podría hacer sin la ayuda y colaboración de los demás. Librado a sí mismo moriría de inmediato. El medio ambiente, humano y físico, lo recoge, para colaborar en la obtención de los medios que deben proveer a su existen-

cia y desarrollo. Esto determina una situación de dependencia, que en vez de ser opresiva, es liberadora, ya que sirve para fortificar y asegurar la vida. Desde el nacimiento se establece, pues esta relación: la del individuo al medio, que se hace después recíproca. El niño a su vez está extraordinariamente dotado, como observa Dewey, del poder de provocar la atención cooperativa de los otros, con un equipo de primer orden para el intercambio social. Si se desentiende de las cosas físicas, posee en cambio la capacidad sensible de vibrar simpáticamente con las actitudes y acciones de los que están a su alrededor.

Luego, pues, la dependencia, del punto de vista social, en vez de ser una debilidad, es un poder que envuelve la idea de intercambio.

La *plasticidad* es definida por Dewey como la adaptabilidad específica al crecimiento. No solamente la elasticidad plegable, de tomar el colorido del ambiente conservando su inclinación propia, sino la habilidad para aprender de la experiencia, el poder de retener de una experiencia lo conveniente para afrontar las dificultades de una situación ulterior. Esto determina transformaciones internas, que supone el poder de desenvolver posiciones, base de la adquisición de hábitos.

Es este aprovechamiento de la experiencia lo que permite al niño aprender a utilizar sus reacciones instintivas: alcanzar un objeto, moverse, ver, etc., realizando a su vez una especie de contralor sobre sí mismo y el ambiente exterior. Esta acción combinada de una reacción instintiva, vale decir, la corrección que se verifica por la enseñanza de una experiencia anterior, con la acción del medio externo, determinan la adquisición de la aptitud a desenvolver posiciones definitivas: es lo que importa la adquisición de hábitos. El hábito es indudablemente una habilidad ejecutiva, pero también supone el desenvolvimiento de actividades mentales. Sin ellas se transforma en un mero mecanismo rutinario, con ellas se mantiene en un fondo de plasticidad que facilita la actuación y variación de múltiples estímulos. El hábito se caracteriza precisamente, constituyendo su adquisición la actividad predominante en el período de crecimiento, por la formación de disposiciones intelectuales y emotivas, a la vez que determina una mayor eficacia en la acción. Es la

formación de estas disposiciones, la que fijará la inclinación y preferencias del niño por un género determinado de actividad. Es imprescindible, pues, que se cierre el ciclo de adquisición y formación de estos hábitos y disposiciones, para que pueda haber la idea de una orientación profesional. Puede distinguirse en el niño, dice Gaupp, una capacidad formal *general* (inteligencia) y una capacidad para ciertas facultades psíquicas *parciales* o aptitudes (música, matemáticas, técnica, oratoria, etc.). La primera constituye el fondo en el que han de formarse y desarrollarse las segundas, ya que aquella no comprende otra cosa que la esencia misma de la inteligencia, que encierra los dotes de comprensión. El nacimiento de las aptitudes, o desarrollo de facultades psíquicas parciales, que implica juego de elementos afectivos y volitivos, se produce cuando la personalidad psicológica toma caracteres definidos, requiriendo una base sobre la que ha de asentarse. Su pronunciamiento es muchas veces difícil y frecuentemente tardío. La conciencia de la inclinación se produce con mucha lentitud, obedeciendo quizás a aquella ley psicológica formulada por Claparède: el niño adquiere — igualmente el individuo — conciencia de una relación tanto más tarde cuanto su conducta ha implicado antes y más largo tiempo el uso automático de esta relación. La escuela primaria no puede, pues, ofrecer campo de especialización profesional, ya que no haría sino congestionar la inteligencia del niño, darle un material que corresponde al adulto recibirlo. “El niño, dice Dewey, es un ser cuya primera vocación consiste en *crecer*. Está consagrado a *formar hábitos*, más bien que a utilizar de un modo definido los ya formados. Está ocupado, o debe estarlo, en la formación de una variedad flexible de hábitos cuyo solo criterio inmediato es su relación con el *pleno conocimiento*, más bien que en adquirir ciertas habilidades cuyo valor se mide en relación con determinadas relaciones técnicas especializadas. Esta es la distinción radical psicológica y biológica, agrega, que yo establezco entre el niño y el adulto”.

No cabe, pues, considerar este factor en el período de los estudios primarios, ya que no está dentro de sus funciones la preparación técnica ni la contemplación de las orientaciones profesionales. Nada más difícil, aun en el adulto, que la deter-

minación de las vocaciones, que no tienen período fijo de pronunciamiento, cuyo despertar llega muchas veces en la edad de la madurez. Toda anticipación conduce en esta materia a un deformamiento. La teoría del respeto a la individualidad llega así, en doctrinas preconcebidas, a transformarse en una mutilación de la personalidad. La contradicción es siempre la encrucijada inevitable de las fórmulas tendenciosas.

Es por lo demás indudable, que en los institutos de formación técnica y profesional, debe primar el criterio del respeto a las inclinaciones y aptitudes del alumno. Pero esa es determinación de los propios interesados y en la que la función directiva de aquellos nada tiene que hacer, limitándose a aceptar a los que ingresan llenando las condiciones exigidas por los reglamentos del caso. Sería peligroso poner en manos de esas direcciones la facultad de rechazar alumnos por reputarlos carentes de vocación, cosa tan difícil de determinar. La vida escolar o el plano inferior que les destina la sociedad, se encarga de eliminar a los desencontrados.

## XVIII

Al no considerar a la escuela primaria como destinada a la formación de aptitudes profesionales, no hay razón para estudiar el tercer factor (trabajo asociado) dejando para cuando hagamos el estudio de la escuela de adultos y los institutos técnicos.

El trabajo manual, en cuyo predominio la escuela activa pretende concentrar el de la actividad integral del espíritu, separándolo de la actividad mental, no es, pues, sino una forma rudimentaria y subalterna de la acción, que no estimula sino las facultades inferiores. Necesario como auxiliar y complemento de la función educacional, no puede, empero, condensarse en él el concepto científico y creador de la acción, que comprende una suma de actividades complejas, entre las que predomina el razonamiento reflexivo. El pensamiento constituye su fuerza elaboradora y directiva, sin el cual la acción desciende y se degrada. La habilidad que se obtiene separadamente del pensamiento, dice Dewey, no está en ningún sentido conexas con

el propósito para el cual se la utiliza, dejando al hombre a merced de sus hábitos rutinarios y del control autoritario de los demás, que son los que conocen la finalidad y no tienen escrúpulos especiales en lo que respecta a los medios de ejecución. El pensamiento, agrega, es el método del aprendizaje inteligente, del aprendizaje que emplea y recompensa el espíritu.

Es por otro lado, el pensamiento en sí mismo una labor activa, que pone en movimiento múltiples aptitudes, de indiscutible poder dinámico: percepción del hecho, sugestión y sentido del problema que formula, observación de las condiciones y elementos que lo informan, análisis y revisión de la experiencia, formación y elaboración racional de las conclusiones sugeridas, para someterlas a su correspondiente comprobación experimental. Naturalmente que el pensamiento no puede desprenderse del mundo y de los hechos, de la naturaleza y de la vida, ya que son éstos, y nada más que éstos, las materias de su actividad. Las desviaciones sufridas al sustraerlo de sus elementos informativos no deben conducir al extremo opuesto, que no tiene otra consecuencia que el pasaje de un error a otro. Nada se corrige extremando la divergencia, que significa igual alejamiento de la verdad.

Es indudable que no debemos confundir el pensamiento con el conocimiento, la actividad con el resultado. Aquí está precisamente el problema de fondo de la educación, el que ha motivado las divergencias y conflictos: ¿debe consistir exclusivamente en el transporte de conocimientos, o en el de despertar, ejercitar y desarrollar la aptitud para adquirirla?

Para nosotros lo fundamental es lo segundo: el conocimiento, como los alimentos que no se asimilan, en vez de nutrir, producen distrofias y deficiencias mentales graves. Lo principal es la aptitud de pensar, de aprender a utilizar los instrumentos con los que ha de hacerse la aprehensión del material cognoscitivo, organizar sólidamente el mecanismo mental. Es indudable que no puede haber labor educativa sin trasmisión de conocimientos, pero esta trasmisión debe operarse en forma que ejercite la actividad mental, haciendo funcionar los resortes activos del pensamiento. Llenar nuestra cabeza, dice un educacionista filósofo, como un álbum de recortes, con esta y otra par-

tida, como cosas hechas y definitivamente terminadas, no es pensar. Para que exista es necesario que haya investigación, hallazgo. Su función es descubrir relaciones, establecer las conexiones existentes entre los hechos y sus consecuencias, entre las cosas y las reacciones que se producen sobre ellas, o por ellas. Por eso se ha podido decir que pensar es la más deliberada y exacta institución de conexiones entre el hecho y sus consecuencias. Son elementos principales la indagación, la observación y el manejo de las cosas, la investigación, en una palabra, pues la adquisición no es sino el término de la acción de pensar. Se requiere, pues, este proceso previo para que se produzca la posesión del conocimiento. Sin él no existe, en su verdadero concepto, adquisición: ingerir material sin asimilarlo, en vez de desarrollar la inteligencia, la perturba y retarda. El trabajo exclusivo de la memoria mata el espíritu. La mera información, sin la actividad reflexiva, que la incorpore a la nutrición y vida intelectual, dándole su ubicación, destino y arraigo en el cuerpo de los conocimientos adquiridos, es cosa muerta, que sofoca y atrofia la actividad espiritual. "Aun cuando todo pensamiento acaba en conocimiento, dice Dewey, en último término, el valor de éste está subordinado a su uso en aquél". El conocimiento en sentido de información, significa el agente principal y el recurso indispensable de toda ulterior indagación, de todo hallazgo o aprendizaje de nuevas cosas. Pero con frecuencia se le trata como fin en sí mismo y entonces la aspiración consiste en almacenarlo y desplegarlo cuando se lo evoca.

En este sentido hay razón en la crítica que hace la escuela activa al sistema de enseñanza que pretende acumular la información sin la actividad del pensamiento. Luego, pues, lo fundamental en la educación es formar el espíritu, darle aptitud de adquisición, aptitud que se forma y desarrolla con el ejercicio de ella, que debe ser proporcional, graduada y metódica. En nuestro régimen escolar prima indudablemente un sistema erróneo y perturbador de la mentalidad argentina, cuya característica es precisamente la incapacidad de pensar, que la hace sierva de las impresiones del día. En nuestras escuelas primarias, como en las secundarias, el exceso de materias sofoca la actividad mental del niño, paralizando su aptitud reflexiva. Pero la defi-

ciencia es doble: de sistema y de maestros. Nuestras escuelas normales no responden ya a las exigencias modernas que reclaman una cultura científica, filosófica y pedagógica más sólida. Estamos todavía con el criterio de la cultura normal de hace medio siglo y la única gran iniciativa llevada a cabo por un ministro intelectual y hombre de estado, que intentó abordar el estudio de su reforma, realizado, en parte, con la creación de la Escuela Normal Superior del Paraná, al organizarla con un plan de estudios serio y orgánico, ha sido destruida para reemplazarla por un cuerpo amorfo, que pretende ser un instituto de profesorado de enseñanza secundaria, teniendo, empero, como campo de experimentación, una escuela normal de tipo antiguo. Es imprescindible la revisión previa de la organización de la enseñanza normal, con el de la enseñanza primaria. Necesitamos, es cierto, aligerar un poco del peso de la sofocación a las inteligencias infantiles: vigorizarlas, aliviándolas de las cargas que no estimulan ni activan, porque gravitan sin transformarse. Pero es antes preciso formar al maestro que ha de verificar la obra, con la suficiencia y conciencia que la reforma reclama.

Y aquí llegamos a la aclaración de nuestra disidencia con la afirmación del doctor Terán, afirmación compartida por algunos profesores extranjeros, visitantes de impresión, de mirada ligera y apresurada, al sostener que las doctrinas que gobiernan y gobiernan la escuela argentina eran las positivistas y naturalistas, contrarias a las de orientación intelectualista, por el primera preferida. Bien, la diferencia entre el régimen imperante y el sostenido por una orientación científica preconizada por el positivismo, es capital: ésta sostiene la necesidad de organizar la enseñanza en condiciones de asegurar la formación y desarrollo del espíritu científico, persiguiendo como base primaria la capacidad de pensar, de desenvolver las actividades mentales dentro de un régimen de adquisición progresiva, vinculadas con las otras actividades vitales, que garanticen la asimilación sólida, la cohesión orgánica de los conocimientos y con los de la vida toda del espíritu, para dar a éste personalidad intelectual y moral. No es ésa la doctrina que ha primado en el gobierno de la enseñanza primaria, sino la malamente llamada intelectualista, ramificación de la metafísica racionalista, que



concede a la educación como la obra de un simple acumulamiento informativo de conocimientos. Es el álbum de recortes de que hablaba el educacionista filósofo. Es esta falta de espíritu científico lo que explica el juicio de un filósofo extranjero recordado por el mismo doctor Terán en un trabajo leído en el Instituto de Conferencias de *La Prensa*, con respecto a nuestra *carencia de culto por la verdad*. Es por falta de espíritu científico, por marcada y fervorosa obstinación metafísica, que “no nos atrae aposentarnos en la ruda cabaña de la verdad y preferimos hacer alegres excursiones de turismo a su alrededor”. (J. B. Terán, *La formación de la inteligencia argentina*).

Por eso es de inmediata necesidad la revisión del régimen actual de la instrucción pública, tratando de organizar seriamente la formación del magisterio y profesorado argentinos.

ANGEL ACUÑA.

## JUNTO A LA URNA DEL POETA SHELLEY

(POR GIOSUÉ CARDUCCI)

**L**ÁLAGE, yo sé qué sueños brotan en tu profundo pecho,  
yo sé qué bien perdido tus bellos ojos buscan.

La hora presente es vana: hiere en su fuga y pasa;  
sólo el pasado es bello, sólo es verdad la muerte.

Pisa la ardiente Clío, con ágil pie la cima del tiempo;  
canta, y el ala soberbia frente a los cielos tiende.

Bajo el vuelo surge inundado de luz el inmenso  
cementerio del mundo; ríe en su faz la aurora

de la edad nueva. ¡Oh, estrofas, soñar de mis jóvenes años!,  
volad ahora seguras hacia el amor antiguo;

volad por los cielos, los cielos serenos, a la bella  
isla resplandeciente de fantasía en los mares.

Donde Sigfrido y Aquiles, sublimes las frentes de oro,  
al asta apoyados cantan junto al sonoro mar:

da flores al uno Ofelia, libre del pálido amante,  
llega Ifigenia al otro, del sacrificio huyendo.

Bajo una verde encina Rolando con Héctor platica,  
y arden al sol las joyas de Durandaina de oro:

mientras Andrómaca al hijo hacia el regazo llama,  
mira al señor tan fiero Alda la bella, inmóvil.

Intonso el Rey Lear cuenta a Edipo errante sus penas,  
y Edipo con ojos vagos busca la esfinge en torno:

llama la pía Cordelia: —¡Eh, Cándida Antígona, lléga!  
¡Mi hermana griega, vén! Cantemos la paz de ellos.

Helena e Isolda van pensativas por calles de mirtos;  
y el bermejo poniente ríe a las crenchas de oro:

mira hacia el mar Helena; Marcos a Isolda los brazos abre,  
y la rubia frente sobre la enorme barba cae.

Con la reina de Escocia, en la arena blanca de luna,  
está Clitemnestra; los albos brazos mojan,

y el mar se aleja hinchado de sangre férvida; el llanto  
miserando repite el eco por la rocosa playa.

¡Oh, lejana de las rutas de graves mortales trabajos,  
ínsula de las bellas, ínsula de los héroes,

isla de los poetas! Blanquean las olas en torno,  
aves extrañas vuelan por el purpúreo cielo.

Pasa agitando el bosque la inmensa sonante epopeya  
como rachas de mayo sobre ondulantes llanos;

así, cuando Wagner, potente, miles de almas concierta  
en los bronces sonoros, tiembla el humano pecho.

Mas, de los nuevos poetas nunca ninguno allí ha entrado  
sino tú, acaso, Shelley, titánico espíritu

en virginales formas: del fuerte abrazo de Thetis  
trájote en vuelo Sófocles hasta el glorioso coro.

¡Oh, corazón inmenso! Sobre la urna que, frío, te guarda  
tibia perfúma y brilla la primavera en flor.

¡Oh, corazón inmenso! El sol —divino padre— te envuelve  
con sus fecundos rayos, pobre reliquia muda.

Muévense, frescos, los pinos al aura grave de Roma.  
Dí, ¿dónde estás, poeta del libertado mundo?

Dí, ¿dónde estás? ¿Me escuchas? Mis ojos ya húmedos huyen  
tras la aureliana cerca sobre el dolor del campo.

Traducción de  
LUIS MATHARAN.

## LA COMEDIA DEL ANTISEMITISMO

**E**L problema judío es uno de los más importantes de la época actual, aunque no lo haya planteado precisamente la época actual. Imposible restarle valor o cerrar los ojos para no verlo. Es preciso estudiarlo y después tomar posición, en favor o en contra del pueblo semita.

Hemos incluido en el título de este trabajo la palabra "comedia" porque, observado desde el punto de vista de los perseguidores, el antisemitismo es una comedia en la que se ocultan los verdaderos móviles de la persecución. Claro está que esta comedia se vuelve tragedia si la miramos desde el punto de vista de los perseguidos.

En verdad, no es sólo comedia y tragedia. Es también drama; un drama histórico de proyecciones mundiales, en el que entran elementos étnicos, políticos, económicos, sociales, psicológicos y espirituales. En ese drama toman parte, de diferentes modos, las oleadas humanas a través de múltiples generaciones; especie de inmenso par de opuestos en que cada una de las partes contiene en germen a la contraria.

Los actores de ese drama, tal vez sin tener plena conciencia de ello, elaboran la fórmula definitiva de colaboración internacional en la que las diferencias serán utilizadas para la diversidad de funciones.

En nuestra opinión, a la raza semita le toca desempeñar un papel de primer orden. Ese papel puede denominarse de diversas maneras: imposición de la Ley moral mediante la propaganda del Verbo Divino, Karma, Destino, Providencia, etc. Saint Ives d'Alveydre la llamó Misión, término que nos parece el más adecuado. A demostrar cuál es esa Misión están dedicados estos apuntes.

No tenemos vinculación especial con los israelitas; y si rompemos una lanza en favor de ellos es porque nos subleva ver que se continúa hoy, como en épocas anteriores, endosando a los judíos la culpa de todos los males que gravitan sobre la sociedad, como si los no judíos fueran inocentes víctimas. Advertiremos que, más que el análisis psicológico de los hebreos, nos interesa averiguar qué es lo que ellos han dado, siguen dando y pueden dar a la cultura internacional. Y si lo que va en las páginas que siguen carece de novedad, no nos parece que carezca de oportunidad; por aquello de que nunca se repite bastante lo que se estima útil.

\*

Sabemos ya que una de las principales características del pueblo judío es la de ser errante; no tiene patria. Cuando la tuvo se la arrebataron; y cuando se la quisieron devolver ya era tarde. Esa característica hállase magníficamente simbolizada en la conocida novela de Eugenio Sué. El pueblo judío se adapta y puede estar bien en todas partes o en ninguna. Quizás de ahí provenga su escaso apego a la agricultura. Porque, en mayor o menor dosis, la agricultura identifica al hombre con la tierra.

¿De dónde proviene esa irrefrenable tendencia errabunda? ¿Es un residuo del viejo instinto pastoril o la engendraron acontecimientos históricos? ¿Tiene ella un valor psicológico y social o hay "algo más" de por medio, oculto en la subconciencia o en la superconciencia de la raza? Intentaremos averiguarlo.

Ningún otro pueblo como el hebreo ha debido soportar tantos cambios, tantas esclavitudes, tantas persecuciones. Comenzó por ser víctima de los faraones. Los conquistadores asirios, babilonios, persas, romanos, árabes, turcos continuaron la triste tarea de dominarlos.

La Edad Media fué el infierno de los judíos. En Francia, durante el reinado de San Luis, en la Semana Santa de 1238, fueron degollados 2.000 hebreos. Bajo el reinado de Carlos VI (1380) fueron expulsados del país. En Inglaterra se inició la persecución en 1266 matando a 700 judíos y saqueando 300 casas. El Estatuto de Eduardo I —puesto en práctica de 1272 a 1307— los expulsó sin consideración alguna. España batió el re-

cord. La persecución, iniciada por Torquemada en 1420 y continuada hasta 1498, privó de techo a 800.000 judíos. De Alemania fueron echados por el Edicto de Maximiliano I que funcionó desde 1493 hasta 1519. Agréguese: la prohibición de adquirir tierras, la obligación de vivir en barrios especiales (el *ghetto*); la de usar determinada vestimenta, llevar ciertos distintivos a fin de ser fácilmente reconocidos; el desprecio con que se los trataba; las calumnias de que eran objeto y se tendrá un cuadro aproximado de la existencia sombría de ese pueblo.

Si, dando un salto, llegamos a la época moderna, nos hallaremos con situaciones no muy diferentes. No recordaremos las matanzas de Rumania y de Rusia en la época de los Zares; ni lo que está ocurriendo en este mismo año santo en Alemania y en Palestina. No hay necesidad, por ser del dominio público. Además, nuestro objetivo no es atizar odios y avivar reacciones. Nuestra finalidad es otra, según se dijo y según se verá.

¿Cuál es la causa o cuáles son las causas de esas tenaces persecuciones? Los cristianos resuelven pronto, fácil y cómodamente la cuestión; los judíos desconocieron, al Hijo de Dios y lo crucificaron. Dios los castiga. Aunque el argumento es demasiado pueril para tomarse la molestia de rebatirlo, haremos notar que las esclavitudes de Egipto y de Babilonia fueron anteriores a la venida del Hijo de Dios. Además, ninguna persona sensata acierta a explicarse porqué este Señor Dios, invocado por los cristianos, se permite castigar durante siglos a centenares de generaciones que nada tienen que ver con la hipotética falta del Sanhedrin de Hierosolima.

En verdad, los motivos de las persecuciones han sido múltiples y han variado con las épocas. Comenzaron por ser políticos; fueron después religiosos y han concluído por ser económicos. Esta última fase es la de nuestros tiempos. A la persecución ostensible, colectiva, y a veces oficial, hay que agregar otra individual, secreta, que podríamos llamar supersticiosa. Al judío se le desprecia y no pocas veces se le odia; y aun cuando se le tolera se trata de mantenerlo apartado, velando hipócritamente el desprecio con la cortesía, hecho que no escapa jamás a ningún hebreo porque le sobra intuición para ver más allá de las manifestaciones externas. La razón de este secreto rechazo re-

side en la facilidad con que la gente generaliza. Porque hay judíos que practican la usura o se dedican a la trata de blancas, se cree que, "necesariamente", en cada judío debe haber un usurero o un "caften". La gente olvida que los usureros y los proxenetas no son especialidades de ninguna raza. Proliferan en todas partes. Cuando mucho, podríamos conceder que los judíos lo hacen en forma más inteligente. Y aun hay otro detalle no menos importante, que es preciso tomar en cuenta: los nobles y persistentes esfuerzos que hace la parte sana de la colectividad israelita para sanearse de los malos elementos que la inquinan.

\*

¿Cuáles han sido los resultados de tantas persecuciones? Vamos a verlo a la luz de los hechos.

Los israelitas, como cualquier otro grupo étnico, tienen su peculiar estructura psicológica. Esa estructura, naturalmente, ha debido modificarse de acuerdo a las circunstancias externas. Pero, las modificaciones sólo se han operado en las cualidades de importancia secundaria, dejando intactas las básicas. Esto explica por qué el pueblo hebreo, a pesar de milenios de persecuciones, no sólo ha podido salvarse de la degradación inherente a todo estado de sujeción, si no que se ha encontrado siempre en primera fila cada vez que en la historia se han operado transformaciones radicales.

Las persecuciones no sólo han mantenido la unidad de la raza sino que han robustecido sus cualidades constructivas. Son muchas estas cualidades. La vida interior de los hebreos es más intensa que la de cualquier otro pueblo occidental; y en eso se descubre su vinculación con las razas de Oriente. Con la mitad de su pensamiento fija en el pasado, atentos a la voz de sus Profetas, tienen la otra mitad fija en el futuro, en el que esperan ver realizado su Verbo, dispuestos en el presente, en el eterno presente, a todas las renunciaciones externas y a todos los sacrificios de orden material. Su preocupación más íntima es el perfeccionamiento moral. La necesidad de estar siempre a la defensiva fué desarrollando en la raza las facultades organizadoras que, con el tiempo, se han ido acumulando y especializando, particularmente en el orden comercial y financiero; a tal punto que muchos go-



biernos han comprendido las grandes dificultades económicas en que el país se habría hallado sin la cooperación de los judíos, especialmente por lo que se refiere a las relaciones internacionales. Se ha reprochado a los judíos que en la producción industrial cuidan más la cantidad que la calidad. El reproche no es aplicable, de una manera específica, solamente a ellos, porque la falla es característica de algunas de las ramas de la industria contemporánea.

Obligados por la necesidad, los judíos comprendieron que el arma más poderosa para defenderse era el dinero y aguzaron el ingenio para acumularlo. El dinero, en efecto, es más poderoso que las armas de los ejércitos y las leyes de los legisladores; bien lo sabía Napoleón. Y si los israelitas lo han utilizado como elemento de corrupción, confesemos que la culpa no es enteramente de ellos. Nadie podrá jamás corromper una conciencia que no esté dispuesta a someterse. Y si en esa lucha feroz se reprocha al hebreo su absoluta falta de piedad y de compasión, será preciso formularse esta pregunta: ¿Acaso las han tenido para con los judíos los perseguidores? Por otra parte, ese reproche es bastante injusto; porque en el imperialismo económico, origen de las guerras y de todas las combinaciones infernales, forman los magnates de todas las razas y de todos los países.

Desde el punto de vista material, el apego al dinero, por necesidad de poseerlo, les ha permitido desarrollar cualidades de parsimonia, de tenacidad, de actividad y de laboriosidad en tan alto grado que difícilmente estas cualidades se hallan reunidas mejor en elementos de otras razas. Y no olvidemos que el judío no es afecto al estanco del dinero. Lo hace circular, lo moviliza continuamente, a veces con una audacia estupenda que tanto puede duplicar su capital como hacérselo perder, interesándole este último caso menos que la lucha en sí, pues ésta para él representa un juego vital, dispuesto siempre a comenzar de nuevo con la misma paciencia que la primera vez. Desde el punto de vista moral, la necesidad de las ganancias ha engendrado entre ellos vínculos de solidaridad, de cooperación y hasta de fraternidad remarcables. Esparcidos en todo el mundo, pero unidos por intereses comunes y por necesidad de defensa común, los israelitas han comprendido también lo que vale la fuerza moral; y es por

eso que son cumplidores escrupulosos de las obligaciones contraídas, no sólo entre ellos mismos sino con todo el mundo.

El judío no odia ni es vengativo y es un error suponer lo contrario. Su conducta, lo repetimos, es dictada por la necesidad de defenderse. Si, en algunas ocasiones, esa defensa llega a límites extremos, quizás sea porque el judío la considera una saludable lección para los que han de experimentar las consecuencias. Quien desee convencerse que vuelva a leer atentamente *El Mercader de Venecia*. Quedará sorprendido ante algunos detalles y no podrá menos que sentir atenuada, muy atenuada la repugnancia que en un principio le causara Shylock, tan exacta y patética es la exposición de las circunstancias hecha por Shakespeare quien, a pocos años de distancia, venía a corregir las exageraciones de Marlowe, fustigador del judío Barrabás, saturado de odio a causa de las persecuciones.

Si venganza hay en los israelitas es contra sus propios correligionarios que violan la Ley Mosaica. ¿Es ésta una falta grave? No nos decidimos por la respuesta afirmativa. Ciertamente es que las circunstancias actuales no justifican la rígida aplicación del "ojo por ojo, diente por diente". Pero también es cierto que para un pueblo que vive obsesionado por la idea de su mesianismo, no puede ser tolerada ninguna infracción que siempre resta una parte de eficacia a la realización de ese mesianismo.

La misma necesidad de defensa ha enseñado a los judíos a cuidar ese supremo bien que es la salud. De ahí su sobriedad, las reglas dietéticas que excluyen determinados alimentos y bebidas consideradas perjudiciales. La vida del "ghetto" no fué propicia a los cuidados higiénicos. Las clases inferiores de la colectividad aun se resienten de esa deficiencia. Pero, en cuanto el hebreo sale de la miseria —y eso lo hemos comprobado personalmente muchas veces— adquiere con rapidez todos los hábitos de la limpieza y aun los exagera.

No hay pueblo alguno, en Occidente, que pueda presentar, como los judíos, un conjunto de hombres ilustres que han escalado las más altas cumbres de la especulación filosófica, que han descendido a las más recónditas profundidades psicológicas y que han arrancado más secretos a la naturaleza con la ciencia. No hace falta citar nombres. Cualquiera persona culta los conoce.

Ha dado igualmente grandes artistas y son también maestros en la percepción del aspecto absoluto del Arte. Al mismo tiempo que saben dar una finalidad práctica a sus actividades, investigan las verdades ocultas en sus textos y en la Tradición o Kábala.

Los negocios —aunque parezca una paradoja— son para los judíos una especie de deporte y hasta un juego de azar en que saben ser arriesgados y audaces. En ese juego nadie les gana, siendo los yanquis sus discípulos aventajados. Les gusta mucho la rapidez de las transacciones, porque saben que cuantos más giros da el Capital mayor es la utilidad. Su poder de movilización y de adaptación son sorprendentes. Con la misma facilidad y despreocupación con que abandonan un país se establecen en otro, dispuestos siempre a seguir indefinidamente su viaje por el mundo como si fuera un sagrado mandato impuesto por Jehová.

Todas estas condiciones y cualidades, la necesidad de confiar solo en sí mismos, han hecho que la raza judía sea la más prolífica en *self-made-men*.

La creencia fundamental de los judíos —la de ser un pueblo “elegido” destinado a una elevada misión— los obsesiona, les da en el pensamiento y en la acción el empuje indispensable para arrojar, por donde pasan, la semilla generosa. Su crónica tristeza, sus preocupaciones, cierta dosis de pesimismo, sus inquietudes, sus rebeliones —contra todos y contra todo y hasta contra sí mismos, y en particular contra el orden social establecido— son el resultado de la fe inquebrantable en su misión, la de cooperar para que en el mundo impere la Ley Moral, sin la que no puede haber perfeccionamiento.

De las tres clases de cadenas que esclavizan al ser humano, transformándolo de señor de la materia en siervo de la misma —la ambición del mando, la sexualidad y las riquezas— los israelitas han roto las dos primeras. Si mandan, desde el cargo elevado, es porque se les ha pedido; y ellos aceptan como un deber renunciando a lo que les es más caro, su individual independencia. En cuanto a la segunda cadena, es bien sabido que no hay pueblo más continente que el hebreo, siendo el adulterio casi desconocido entre ellos. La economía de energías sexuales les da una

fuerza, un vigor y una firmeza de carácter estupendos para su defensa. El día en que esa defensa sea innecesaria, los israelitas renunciarán también a la posesión de riquezas como cosa superflua e inmoral.

Claro está que entre los hebreos hallamos todos los tipos que presentan las demás razas. Pero, si se toma el término medio, compuesto por los que han conservado y acrecentado las cualidades ingénitas de la raza, nos encontraremos con un tipo indiscutiblemente superior al término medio de cualquier otro pueblo.

\*

Los motivos y los pretextos —aparentemente justificados— para perseguir a los hebreos han sido muchos. Pero tal vez el más importante, el fundamental, aunque nunca confesado por los perseguidores, sea *la tendencia de la raza a la universalización*. Su misión, a la que hemos aludido, en la que tienen una fe clara y consciente a veces, vaga otras, pero siempre inquebrantable, consiste en eso: en injertar donde pueden y como pueden ese principio de universalidad que llevan en el fondo de su alma. Hay que confesar que, para las sociedades actuales, ese principio significa la descomposición y la disolución. A nuestro orden social, fundado sobre injusticias evidentes, vale decir sobre divisiones y separaciones, no puede convenir ningún principio que tienda a universalizar, es decir, a unificar y nivelar suprimiendo diferencias mantenidas con la fuerza y la violencia.

Siempre que uno quiera penetrar en las actividades de Israel, hallará esa tendencia a la universalización por dentro de los aspectos inmediatos de todas sus actividades. No olvidemos que en Occidente los judíos han sido los propagadores del monoteísmo que, sin discusión alguna, representó una fórmula, teológica, religiosa y filosófica a la vez, superior a todas las mitologías y simbologías degeneradas en politeísmos absurdos y fetichismos ridículos. Para ellos el monoteísmo en la práctica tiende a la fraternización de los hombres a través del sentimiento religioso unificado. No olvidemos que judío fué Jesús cuyo papel, en fin de cuentas, se redujo, por una parte a divulgar algunas prácticas de los Santuarios Antiguos y por otra a restablecer el respeto a la Ley, olvidada y rebajada por los profanadores del Tem-

plo, propagando aquella estupenda máxima universalizadora de amar al prójimo como a sí mismo. Judío fué Simón Ben Iokai que realizó idéntica labor develando los secretos de la Kábala. Y judío fué Pablo de Tarso que pretendía fundar una Iglesia Universal sobre la base de las enseñanzas de Jesús.

Si todo fracasó, no fué por culpa de la oposición judía sino por la ignorancia y el fanatismo de los llamados Padres de la Iglesia, que se adjudicaron el monopolio de la interpretación de las Escrituras, la dirección de los fieles e impusieron su voluntad a sangre y fuego.

Otras tentativas de universalización hicieron los judíos por medio de la moral y de la Masonería. Judío era Spinoza y judíos fueron muchos ilustres masones que registra la Historia de ese Orden. Fracasadas esas tentativas, no quedaba más que el terreno social propicio a un nuevo ensayo. Marx y la Revolución Rusa ofrecieron las oportunidades adecuadas; y de esto hablaremos más adelante.

Para que la universalización dé resultado, hace falta un gran poder de organización. Los judíos tienen ese poder, y en él reside el secreto de sus éxitos. Son ellos que han organizado —a través de la Banca, del Comercio y de la Industria— la Internacional del Oro. El libro publicado por Ford hace unos diez años, y retirado después de la circulación, contenía detalles interesantes. Los motivos del movimiento antisemítico actual en Alemania quedan aclarados con un solo detalle: antes de la guerra, el 30 % de la riqueza nacional alemana pertenecía a los judíos. Al principio del año 1933 ese porcentaje había llegado a más del 60.

La Internacional Socialista es en gran parte obra de los judíos. Comenzó cuando uno de ellos, Carlos Marx, al descubrir que el capital es trabajo no pagado, echó por tierra todas las ideas anteriores de la economía social, condenando irremisiblemente la sociedad burguesa. Los judíos respondieron al llamado de Marx —“trabajadores del mundo entero, uníos”— y formaron en primera fila en las luchas por las reivindicaciones sociales. Sólo a un israelita, que siente el aislamiento de su raza, averigua las causas profundas de ese aislamiento y descubre que en gran parte está en las desigualdades económicas, se le podía ocurrir lanzar el épico llamado.

De igual manera, corresponde a los judíos buena parte de la Internacional Roja. Entre los 192 organizadores de la Revolución Rusa, 188 eran judíos.

Pueden estas tres Internacionales tener diferencias de método, de táctica, de estrategia. Hasta pueden chocar entre sí. Pero, al observador imparcial se presentan como corrientes de actividades que van hacia el mismo fin: el internacionalismo que suprime barreras y abate fronteras. El pueblo hebreo presente —de una manera ora precisa, ora vaga— que para llegar a cualquier forma de internacionalismo es indispensable una organización previa. De ahí su tendencia, su habilidad para organizar. Los hombres pasan; las organizaciones quedan. Cuando no haya finalidades de clases sino una finalidad humana, las diferencias sociales, lo repetimos, servirán para diversidad de funciones.

\*

Tratemos ahora un punto interesante: la participación de los judíos en la Revolución Rusa.

Se suele decir que esa revolución fué obra de los judíos. Se agrega que los judíos la prepararon y realizaron, en primer término porque se trataba de hacer un experimento práctico en gran escala del marxismo y después porque dicho experimento, si resultaba, permitiría a los judíos una igualdad social tan completa como jamás se había visto en país alguno.

Hay una gran dosis de exactitud en estas afirmaciones. Sin embargo, debe recordarse que el jefe y director de esa revolución, Lenin, no era judío, ni lo es Stalin, su sucesor. Hasta hay escritores, Mrozowska entre otros, que ven en el conflicto Stalin-Trotsky una forma peculiar de la vieja lucha entre el espíritu semita y el antisemitismo. Descontadas estas consideraciones, no se puede invalidar el hecho de que el elemento judío ha participado ampliamente —ya vimos en qué proporción— en el movimiento ruso y le corresponde buena parte del éxito. Fué mérito de Trotsky —improvisado conductor de ejércitos— si la Revolución Rusa no quedó ahogada por las varias expediciones e invasiones financiadas por el imperialismo internacional (1).

Desde que Marx y Engels publicaron su famoso *Manifiesto Comunista* (1847), comienza una nueva fase histórica, con ca-

racteres netamente definidos, una fase de lucha de clases, entre el Capital y el Trabajo, entre el Estado burgués y el proletariado, entre el imperialismo y el comunismo. Pero esa lucha es también —aunque en forma velada— entre el Antiguo Testamento, que pone por encima de todo la Ley, y el Nuevo Testamento que aconseja la piedad y la misericordia, el amor al prójimo. Por una extraña paradoja, hebreos y cristianos, respectivamente representantes de las dos tendencias, se hallan frente a frente, de una manera ostensible u oculta. La antigua cuestión —que Dios no puede ser al mismo tiempo justo y misericordioso— se traslada del terreno teológico al terreno social.

Los dos grandes campos de experimentación de esa lucha gigantesca son pues la U.R.S.S. y Alemania. Hasta este momento, la suerte se inclina hacia los judíos en el primero de esos países y hacia los cristianos en el segundo. Anotamos otra paradoja: el hitlerismo se proclama decididamente ariano-cristiano y anti-semita; pero es fácil ver la contradicción. El cristianismo no es de filiación aria sino semita. El Nuevo Testamento no es la “oposición” al Antiguo sino su complemento. Jesús no pretendió invalidar la Ley —la vieja ley mosaica— sino cumplirla. Hizo más: recordó que el valor de una doctrina no está en la letra que mata sino en el espíritu que vivifica. Vale decir: que no está en los Textos y en la Tradición —por antiguos y sagrados que sean— sino en la acción que transforma a cada cual en un ejemplar vivo de la doctrina, que muere cuando se la hace objeto de culto.

En Rusia, las líneas de la lucha se fueron tendiendo en pleno absolutismo zarista. Una corriente cristiana —de cristianismo primitivo, que en cierto momento llegó a tener como centro a Tolstoi— pretendía resolver los grandes problemas sociales con la práctica individual de las virtudes evangélicas: vida sencilla, no resistencia al mal, amor a todos los semejantes. Otra corriente, partiendo de Marx, ha sostenido siempre que toda armonía social es imposible mientras subsista la propiedad privada, el Ca-

---

(1) No es imposible que Stalin y Trotsky hayan tenido razón, *cada uno en su momento*. Tiene razón Stalin cuando afirma que para la U. R. S. S. la preocupación más grande debe ser consolidarse. Y tiene razón Trotsky cuando sostiene que la revolución social no debe circunscribirse a Rusia sino extenderse al mundo entero.

pital, el privilegio de clase y el Estado que nace de los antagonismos de clases, y no puede inclinarse hacia ninguna conciliación porque siempre se asocia a la clase que explota a la otra. En oposición a la anterior, esta segunda corriente sostiene que el mal debe combatirse con sus propias armas; que el proletariado debe luchar como clase, adueñarse del poder, ejercerlo dictatorialmente y liquidar con la violencia toda la estructura de la vieja organización burguesa. Ahí están los radicales que diferencian a los hebreos de los cristianos.

Pasemos por alto todos los incidentes y las alternativas de esta lucha y tomemos solamente nota de este detalle: la Rusia revolucionaria de 1917 halló en Lenin el intérprete más fiel de Marx, el hombre genial y valiente que se echó encima la terrible responsabilidad histórica de destruir con la violencia, sin contemplación alguna, todo lo que hacía peligrar la revolución. Primero eso, el triunfo de la revolución; después el resto: la no resistencia al mal y el amor al prójimo...

Los hechos parecen justificar lo que podría llamarse la tesis semita. El zarismo y la burguesía rusa, que habían tolerado el neo-cristianismo de algunos literatos rusos, porque prolongaba y hasta daba cierta solidez a su existencia, hizo siempre una guerra despiadada al marxismo viendo su peligro, su acción *disolvente*. Y cuando el triunfo bolchevique puso fuera de combate a la pseudo-democracia burguesa rusa nacida en la revolución de marzo, fueron el imperialismo y la burguesía internacionales que declararon una guerra a muerte a la Revolución rusa.

La tendencia de la raza judía a difundir su Verbo o sea la obra mesiánica, que se concreta en el triunfo de la Ley Moral, herencia de los Profetas, ante la inutilidad evidenciada en siglos de luchas estériles, para hacer triunfar esa ley mediante el Antiguo y el Nuevo Testamento, ante el fracaso de todas las civilizaciones que fueron siempre injustas con ella, hizo que se volcara de lleno en la revolución rusa, comprendiendo que sólo un Estado Proletario —destinado a desaparecer con la desaparición de las clases— podía reintegrarla a su dignidad humana.

No podía suceder de otra manera. El judío, el sin patria, debía necesariamente ayudar un movimiento que vendría a darle una patria, especie de anticipo de la gran Patria Universal for-



mada por la Humanidad entera. Con el movimiento bolchevique comenzaba a realizarse su Verbo. Era el principio de la doble liberación material y espiritual.

\*

¿Qué sucederá a partir de este momento? ¿Qué sucederá después? No nos atrevemos a decirlo. No tenemos espíritu profético, ni nuestra visión alcanza a definir lo que se prepara en la fragua oculta de la Historia. Si triunfa la tesis de Israel, el pueblo que le ha permanecido fiel habrá terminado su misión y desaparecerá, absorbido por otras razas y mezclado con ellas. Pero, mientras su Verbo no sea una efectiva realización, no nos cabe la menor duda que no desistirá un solo instante en predicarlo y ejecutarlo por su cuenta como mejor sepa y pueda. Por pesado que sea "el yugo de la Ley", lo soportará hasta no ver transformado al mundo en la Tierra Prometida, es decir, hasta no ver realizada la justicia universal.

Pasan los siglos. Caen los Imperios. Se despedazan cetros y coronas. Se deshacen pueblos y civilizaciones. Israel siempre queda de pie.

Nada ni nadie —desde la época faraónica— ha podido aplastarlo; ni siquiera quebrar su unidad, disminuir su cultura, detenerlo en su carrera, por más artes diabólicas que se hayan empleado. ¿Qué significa esa supervivencia? ¿Es posible que sobreviva un pueblo que no tenga nada que decir o que hacer?

Fueron grandes los Atlantes —según se nos dice—, los Orientales, los Egipcios. Grandes fueron Grecia y Roma. Y grandes fueron Germanos y Arabes. Cada uno dijo su Palabra Sagrada, su Hieros Logos. Cada uno dió su cultura. Pero, su grandeza, ya pretérita, no nos ayuda a resolver ninguno de nuestros actuales y graves problemas. En cambio, Israel sigue presente, sigue siendo grande. Una fuerza misteriosa lo sustrae a la acción corrosiva del tiempo. Una fuerza misteriosa le sugiere el *quos ego*, ¡aquí estoy yo!, en primera fila para cooperar en la solución de esos graves problemas del momento que todas las fuerzas del pasado quieren detener.

No es la primera vez que depositamos nuestro voto en favor de la raza vilipendiada injustamente. En la semana trágica pro-

testamos con toda energía contra las escenas vergonzosas en que las víctimas propiciatorias fueron casi todas israelitas. Y así en varias otras oportunidades que preferimos dejar en la penumbra. Volvemos ahora a levantar nuestra voz indignados por lo que ocurre en Alemania y en Palestina y, en menor escala, o en formas más solapadas, en otras partes.

El autor, que no pertenece a la raza semita; que no tiene religión —a no ser que se quiera llamar religión al ansia interior que nos empuja hacia un siempre mayor perfeccionamiento— que por sus ideas, cultivadas con fervor durante 35 años, es internacionalista; que se ha formado en la rígida escuela del universalismo —en la que se trata de comprender en vez de creer que una es la Vida y que esta Vida está presente en todas partes—, el autor saluda en este momento al pueblo judío víctima y maestro al mismo tiempo de tantos otros pueblos.

A. DEL MONTE.

Noviembre de 1933.

## ENSAYO SOBRE POLÍTICA ESPAÑOLA

**E**L mundo está viviendo unas horas tan llenas de urgencias que resulta arriesgado escribir sobre la actualidad de un país cualquiera si lo escrito ha de tardar días en publicarse. En muchos casos las realidades de hoy, en las que nos apoyamos para escribir, sufren bruscas modificaciones de un momento a otro.

Así ocurre con España, que ha interrumpido una quietud de siglos para lanzarse a una lucha activa que apenas ofrece descanso. Con todo vamos a intentar un examen de este momento, mostrando las razones del reciente resultado electoral y las consecuencias posibles que de ello han de surgir.

En repetidas ocasiones hemos sostenido, al escribir sobre los acontecimientos de España, después del 12 de Abril de 1931 en que fué vencida la monarquía, que allí no había republicanos.

El movimiento que derribó al trono fué un movimiento negativo: antimonárquico. Acaso, como hemos dicho alguna vez, se pudiera incluso afirmar que no fué ni antimonárquico, sino concretamente antialfonsino o antidinástico. Iba contra el rey y constituía una sanción a la deslealtad de su conducta. Porque la monarquía se había convertido en lo que el doctor Marañón llamó un quiste, fué posible unir contra ella a fuerzas tan dispares como las que representaban los que formaron el comité revolucionario.

Ya en la formación de este comité y en la distribución de puestos para el proyectado gobierno provisional se advierte que se trataba de recoger una corriente de opinión adversa a lo que existía, pero no definida aún en sentido afirmativo. En la famosa reunión de San Sebastián, donde se estableció el pacto de todas las fuerzas antidinásticas, no estaba representado más que

un partido que tuviera una fuerza tradicional y, cuando menos, el esqueleto de una organización republicana: el partido radical acaudillado por Lerroux. Los otros, o eran fuerzas de carácter regional que tomaban la República como medio para resolver pacífica y ordenadamente sus aspiraciones de autonomía más o menos extrema, o eran fuerzas absolutamente inéditas, estados mayores de nacientes partidos republicanos que tenían el rótulo y unos cuantos nombres de dirigentes. En esas circunstancias se encontraban el partido conservador que presidía el señor Alcalá-Zamora, el de "Acción Republicana" que presidía el señor Azaña, y el radical-socialista dirigido por los señores Albornoz y Domingo. Sin embargo, a esos partidos incipientes le fueron adjudicadas la presidencia del comité revolucionario y las carteras de Interior o Gobernación, Guerra, Instrucción Pública y Obras Públicas o Fomento, en tanto que al partido radical se le adjudicaba la de Relaciones Exteriores, que era evidentemente la de menos interés político para un cambio de régimen. Y ahora se ha sabido que se entregó esa cartera al radicalismo lerrouxista e incluso fué admitido al comité revolucionario por gestiones de don Manuel Azaña, quien venció las resistencias de los demás componentes del comité para que el radicalismo tuviese puesto en el intento revolucionario.

Esto ocurrió porque la opinión adversa a la monarquía lo era también al radicalismo. El republicanismo histórico estaba tan desacreditado como la monarquía y ninguno de los que en aquellos instantes interpretaban la voluntad de la nación española sentía la menor simpatía por el radicalismo y su jefe don Alejandro Lerroux. No entramos a juzgar si esto era certero o equivocado, justo o injusto. Nos limitamos a señalar una realidad. Fué así, con razón o sin ella. Y alguna vez el señor Lerroux se ha quejado de la desconsideración con que fué tratado por las fuerzas revolucionarias.

Constituido el frente republicano se consideró indispensable la alianza con el socialismo. Este tenía una actitud claramente definida:

Si poseía poder suficiente para derribar la monarquía y realizar la revolución social, no debería asociarse con fuerzas que deseaban la implantación de una república burguesa; si no

las poseía no debería arriesgarse en un intento revolucionario condenado de antemano al fracaso, en el que el choque tendría que ser soportado por las organizaciones obreras, como ocurrió con el movimiento de 1917.

Junto a esas dos posiciones perfectamente claras había otra intermedia :

Pudiera ser que el socialismo por sí solo no poseyera fuerza para derribar la monarquía, pero que, aliado a los republicanos, se obtuviese el poderío bastante para el intento con posibilidades de triunfo. En tal caso el socialismo debería ayudar a la revolución, resignándose a no implantar una república social pero exigiendo determinadas reivindicaciones de clase por su ayuda a los republicanos.

Esto último fué lo que sucedió. Cuando el socialismo conoció la unión de todos los elementos republicanos juzgó que se daban las circunstancias últimamente señaladas, presentó sus reivindicaciones, discutió con los republicanos y se puso de acuerdo para la acción conjunta.

Tras ese acuerdo preliminar vino una exigencia de los republicanos: los socialistas deberían participar en el gobierno provisional. Esta petición fué planteada por algunas de las fuerzas comprometidas y el socialismo la aceptó, no sin que se produjeran divisiones internas en él. Algunos de los hombres, entre ellos Besteiro, que habían entendido oportuna la ayuda a los republicanos, no consideraban conveniente la colaboración ministerial.

Así nació la alianza que obtuvo el triunfo por medios pacíficos en la famosa jornada electoral del 12 de abril de 1931. En consecuencia el comité revolucionario se transforma en gobierno provisional y en él figuran todos los elementos coaligados para la revolución, desde la derecha al socialismo.

La elección del 12 de Abril no marca más que la voluntad contra la monarquía. La elección siguiente para elegir el Parlamento constituyente señala ya diversas tendencias de la opinión, dentro de la República. No se marcaron con toda nitidez, porque en la mayoría de las provincias no hubo más que una candidatura de conjunto, pero en algunas se luchó y en otras se disputaron los puestos de las minorías. Eso señaló una derrota del partido conservador, un triunfo del socialismo y una victoria

de las fuerzas republicanas tradicionales acaudilladas por Le-rroux.

Estos hechos demostraron el error inicial cometido al atribuir la presidencia del comité revolucionario y el ministerio del Interior o Gobernación al partido conservador. Se hizo así para inclinar a las clases conservadores a la república, sin observar que en España no existían esas clases de tendencia moderada que hacen posible el conservadorismo inglés o el francés. En España no se había realizado la revolución burguesa y existían con verdadero poderío dos fuerzas absolutamente antagónicas: las que sustentaban a la monarquía y eran a su vez mantenidas por ésta, fuerzas de raíz feudal: ejército desmesurado y pretoriano al servicio del trono, aristocracia poseedora de las tierras e Iglesia con un poder absorbente y dominador; y las que nutrían las filas de las organizaciones obreras: proletariado. Lo que había enmedio era muy débil, con algunas excepciones en parte del litoral: Cataluña, que había evolucionado hacia la economía industrial de tipo burgués, Valencia, que tiene una abundante clase media merced a la distribución y a la habilísima y reproductiva explotación de sus tierras y algún otro foco industrial del Norte — como Bilbao —. Las excepciones de esas zonas explican el renacimiento del nacionalismo catalán en el siglo XIX, por el choque entre la economía feudal del poder central y la economía burguesa de Cataluña, y la constancia del republicanismo valenciano, que era la forma que allí adoptaba la oposición al poder central.

Las Castillas, Extremadura, Andalucía, Murcia y Aragón — en Aragón hay también una zona de economía semejante a la valenciana y por eso ha existido siempre allí un fermento republicano — tenían una economía feudal, que utilizaba su influencia en Madrid para mantener viva la red caciquil que sometía al pueblo. En Galicia se dá el mismo fenómeno pero por el otro extremo: la pobreza nace del excesivo reparto de las tierras y de la abundancia de la población desproporcionada para un territorio agrícola; esa pobreza, y la consiguiente incultura cultivada por el Estado feudal, han dado raíces muy profundas al caciquismo gallego.

De esta manera las fuerzas que habían predominado en la

economía del Estado monárquico no entraron en la república. Desoyeron los requerimientos del señor Alcalá Zamora, lo mismo cuando iniciaba su propaganda republicana que cuando aparecía triunfante presidiendo el cambio de régimen. Desoyeron después las llamadas de hombres de auténtico valor, como Ossorio Gallardo, Miguel Maura, Ortega y Gasset, Sánchez Román, Melquiades Alvarez, Santiago Alba y algún otro, que no han faltado los posibles caudillos del conservadorismo republicano. En una de sus exhortaciones Ortega y Gasset dijo que era necesario que esas clases se lanzasen a vivir a la intemperie. Posiblemente le desoyeron porque a la intemperie no tenían posibilidad de vida. No ignoraban que, fuese el que fuese el rumbo de la República, no era posible que mantuviese el feudalismo en la posesión de las tierras, la prepotencia militar y la invasión de las conciencias por una iglesia que había perdido de vista su misión espiritual para constituirse en poder político y económico.

En cambio, durante el período constitucional, afluyeron — unas incorporándose declaradamente y otras con su simpatía, — al partido radical. En esto se observaba una maniobra de quienes no estaban dispuestos a someterse a un régimen liberal y democrático, sino ansiosos de corromperlo. Antes de conquistar posiciones, por un leal acatamiento de los principios de una república burguesa más o menos avanzada, preferían introducirse fraudulentamente al amparo de quien, por su historia republicana, tenía posiciones conquistadas dentro del régimen. Y empezó entonces la actitud contradictoria del radicalismo, que por una parte se llamaba partido radical de extrema izquierda y por otra se veía violentamente empujado a defender los intereses que habían sido monárquicos y que eran opuestos, no ya a un sistema socializante, sino a una república liberal.

En tanto la República tenía elegido su órgano encargado de organizarla y construirla: el Parlamento constituyente. Designado en los momentos de exaltación del cambio de régimen, la red caciquil de los intereses monárquicos había sido arrollada casi sin excepciones, y dominaba en él la otra fuerza del país, el proletariado. De aquí las sucesivas crisis. Inicialmente se produce el choque del Parlamento con la tendencia moderada del partido conservador y salen del gabinete los dos representantes de éste:

los señores Alcalá Zamora y Maura. Ya entonces los republicanos elegidos en conjunto han comenzado a definirse y empieza a tomar cuerpo la desconfianza hacia el lerrouxismo, desconfianza que fué vencida al permitirle la entrada en el comité revolucionario pero que renace al observar qué opinión afluye a él. Así sucede en la presidencia del gobierno provisional el señor Azaña al señor Alcalá Zamora, en vez de ser el sucesor el señor Lerroux, que acaudillaba el grupo republicano más numeroso. Cuando se plantea la segunda crisis, el radicalismo intenta conquistar posiciones; no lo consigue y sale del gabinete quedando entonces establecida con mayor claridad la lucha entre esas dos fuerzas antagónicas. Sin meternos a juzgar quién fué leal y quién no lo fué, es lo cierto que Azaña se veía tan fatalmente inclinado hacia el socialismo como Lerroux hacia los intereses monárquicos.

Eso no era más que una consecuencia de la debilidad de la posición republicana en ambos. No se les presentaba otra opción: tenían que elegir entre apoyarse en el proletariado o apoyarse en los intereses monárquicos. Era inútil que Azaña declarase reiteradamente que era el hombre más antimarxista del país y que los socialistas se sometieran a cuanto exigía una república de tipo liberal y burgués para consolidarse, como era perfectamente inútil que Lerroux afirmase su republicanismo y de vez en cuando recordase el programa laicista de su partido. Por encima de la voluntad de ambos, cada uno estaba representando una cosa, que era absolutamente inconciliable con la otra, y por eso Azaña motivaba la irritación de los radicales e incluso el encono personal del jefe, que recurrió a todo para desalojarlo, y Lerroux era acusado de traición por la izquierda. Cada uno iba fatalmente impelido por lo que estaban representando, aunque no se propusieran representarlo.

Tras el error inicial, que dió en el comité un poderío al partido conservador sin resultado práctico alguno, error del que nació la inmediata convocatoria del Parlamento y la renuncia del comité a implantar por decreto el programa revolucionario convenido, dejándolo expuesto a todos los vaivenes de la discusión parlamentaria, que daban tiempo a los intereses amenazados para adoptar actitudes defensivas en espera de poder transformarlas en ofensivas, vino el error nacido de la honestidad política de



Azaña y de los escrúpulos socialistas. En su reciente cuerpo a cuerpo con Lerroux, Azaña se envaneció de no haber entrado en la política menuda, de no haber intervenido en las elecciones, de no haber saludado siquiera a ningún gobernador civil. Sin duda esto era obra de una sincera devoción democrática y liberal, de una perfecta adhesión a los principios jurídicos de la República. En cuanto a la negativa del socialismo para tener gobernadores civiles también se trataba de un escrúpulo, nacido de su falsa posición de apoyo a una república burguesa.

De todo esto derivó la premiosa discusión de las leyes trazadas en el programa revolucionario, la lentitud en la aplicación de la reforma agraria y las facilidades brindadas a los elementos adversos para organizarse y preparar su ofensiva. Al amparo de la neutralidad del poder republicano, el viejo caciquismo rehacía sus posiciones, y si de una parte tenía más o menos despiertos a los que antes estaban sometidos, de otra contaba con una adhesión viva y eficaz de todos los intereses amenazados por la República.

Así se ha llegado a la jornada electoral del 19 de noviembre. Previamente se había ganado la primera batalla desalojando del gobierno a la coalición presidida por Azaña. El gabinete Martínez Barrios mantuvo una actitud de absoluta prescindencia, aunque los gobernadores civiles no habrán seguido la norma del gobierno, sino que, ansiosos del triunfo de los partidos moderados o conservadores — a los que pertenecen casi todos ellos, o al menos los de las provincias en que eran más fuertes las izquierdas socialistas — han facilitado cuanto han podido el éxito de esas fuerzas moderadas.

El intento era debilitar al socialismo y a los grupos republicanos que giraban en su órbita para beneficiar al radicalismo esencialmente. Pero, apenas comenzado el período electoral, empezó a dibujarse la lucha auténtica, desapareciendo todas las cosas intermedias que la velaban.

Las izquierdas republicanas vieron que no tenían posibilidad alguna sin adherirse por entero al socialismo. Este, consciente de que la lucha se libraba contra él, decidió afrontarla y medir sus propias fuerzas, renunciando a toda coalición, lo que terminó

de anular al republicanismo de izquierda, que no tuvo así ninguna esperanza de victoria.

El radicalismo vió la falsedad de la adhesión que le habían ofrecido todos esos intereses de estructura monárquica que parecían favorables a Lerroux. Si lo eran antes, porque Lerroux tenía un centenar de diputados en el Parlamento constituyente, ahora no daban su apoyo a republicanos de principios liberales y laicos, sino que francamente se decidían a votar candidatos propios.

Pocos días después de iniciada la lucha se fué advirtiendo esto. El radicalismo, que estaba seguro unos días antes de obtener el triunfo en las urnas, vió que los que le apoyaban se iban hacia el bloque de la derecha y no tuvo más remedio que pactar con él y entrar en alianzas electorales incluso con fuerzas que no se habían declarado republicanas. El resultado electoral demuestra que, salvo el baluarte valenciano, el radicalismo ha tenido votos donde ha ido en alianza con el bloque derechista y ha sido derrotado en las provincias en que ha luchado contra él. En cuanto a las izquierdas republicanas han quedado literalmente destruidas. Si subsisten en Cataluña y han logrado algunos puestos en Galicia se debe, en el primer caso al sentimiento catalanista y en el segundo a la combinación caciquil hecha en la región gallega, que ha reservado parte de las actas para la O.R.G.A.

En la derrota sufrida por la República han influido:

*Primero.* — El voto femenino que ha incrementado los sufragios derechistas, aunque no en extraordinaria proporción. Las mujeres de la derecha han votado con los hombres de esa significación; las socialistas han votado con los obreros, pero una parte de las mujeres de los republicanos se ha inclinado a la derecha.

*Segundo.* — A la desorientación producida en el campo republicano por el pase del radicalismo, que era el partido con más amplias organizaciones en el país, al bloque derechista. Aunque eso ha beneficiado al radicalismo dándole unos votos de derecha que aumentan el número de sus diputados, es indudable que en general ha restado en el país a las fuerzas republicanas.

*Tercero.* — A la natural reacción de todos los intereses lastimados por la República, que no han tenido su contrapartida en la creación de intereses republicanos, ya que se disolvió el Parla-

mento inoportunamente, sin dar tiempo a que se avanzara en el camino de edificar una democracia.

*Cuarto.* — A la reorganización del caciquismo que los gobiernos republicanos no han impedido, manteniendo una conducta austera, sin observar que era indispensable, al menos por algún tiempo, organizar una red de presión republicana, que sustituyera y anulara a la red monárquica, de raíces muy profundas.

*Quinto.* — A la movilización de grandes recursos económicos y de grandes medios coactivos por parte de la aristocracia y de la Compañía de Jesús.

Todos esos factores han influido. La división republicana ha dado, por ejemplo, el triunfo a la derecha con 16.000 votos en Murcia, mientras las candidaturas de izquierda han reunido en conjunto 45.000. En circunstancias semejantes se han perdido trece actas en Asturias, donde han luchado cuatro candidaturas, tres de ellas de izquierda, y cerca de una veintena en Cataluña.

El renacimiento caciquil se observa claramente al ver quienes son los triunfantes. En Asturias renace el caciquismo melquiadista; en Granada resucita el señor La Chica; en Avila triunfa el señor Velayos; en Zamora el señor Alba; en Palencia el señor Calderón, etc. Son los mismos que movían los hilos electorales en los tiempos monárquicos.

El observador advierte, desde que se proclama la República, el movimiento ascensional de la izquierda, que desplaza primero del gobierno a los conservadores y después a los radicales. En ese punto se interrumpe la marcha hacia la izquierda. Los radicales van a incrementar la fuerza conservadora y empieza la lucha. El primer intento para frenar a la izquierda se produce en Julio, al dimitir el gabinete Azaña. Entonces el Parlamento actúa en cierto modo como una convención y se opone al presidente de la República, hombre de significación derechista. Vuelve Azaña, pero la presión de la derecha va empujando al gabinete fatalmente hacia el socialismo, que es su fuerza efectiva. Entonces se produce otro desgajamiento, que prácticamente se dirige a apoyar a la derecha, aunque no sea esa su voluntad: una fracción del radical-socialismo exterioriza su disgusto. Eso es lo que debilita la posición del gabinete y ahí está la raíz de la salida de Azaña y la exaltación de Lerroux.

En ese momento empieza el movimiento ascensional de la derecha; aún la izquierda logra derribar a Lerroix, pero la jornada termina con la disolución del Parlamento. Los radicales entienden que eso les dará la victoria, pero día a día ven a sus simpatizantes desfilando hacia la derecha; entonces ellos corren al bloque derechista y asestan el golpe final a la débil fuerza republicana.

En el bloque derechista se observa el mismo movimiento. Entran en él desde liberales hasta tradicionalistas partidarios del rey absoluto; el aglutinante es la lucha contra el marxismo, con lo que demuestra el bloque advertir claramente donde está el peligro. En esa lucha no le ha importado aliarse incluso con el radical-socialismo. Pero dentro del propio bloque, los que aportan mayores recursos, son los intereses de tipo feudal, que ampara la monarquía: propietarios de la tierra y directores del poderío clerical. El triunfo del bloque desborda a las fuerzas liberales que entraron en él. Los agrarios, por ejemplo, aumentan poco sus efectivos con respecto al Parlamento anterior. Quien da un fuerte avance es "Acción Popular", partido creado y sostenido por la Compañía de Jesús.

¿Qué rumbo ha de llevar ese movimiento? Se advierte ya con toda claridad y constituye una amenaza efectiva para el sistema democrático. No intenta, naturalmente, la restauración, pero sí se encamina al predominio de las clases desplazadas por la revolución, con apariencia o sin apariencia fascista, pero en el fondo con idéntica posición a la de Mussolini o Hitler.

Si se constituye un gobierno del centro o de la derecha, los gobernadores civiles comenzarán inmediatamente su actuación en todas las provincias; la red caciquil quedará perfectamente organizada y se hará todo lo posible para destruir a los débiles grupos de izquierda y a las fuertes organizaciones obreras.

En plazo breve han de celebrarse elecciones de concejales. En el supuesto más optimista la izquierda puede triunfar en las capitales de provincias, pero la derecha triunfará indiscutiblemente en los pueblos, lo que le dará en la suma total una mayoría abrumadora de concejales.

Esto deja organizada ya la elección y asegurado el triunfo de los vocales que en setiembre de 1935 han de elegirse para sustituir a la mitad de los miembros del Tribunal de Garantías.

En esa forma este Tribunal, que es el supremo intérprete de las leyes políticas, estará dominado por completo por la derecha. No habrá obstáculos ya para dictar leyes que falten a la Constitución y estará preparado el instrumento para proceder a la reforma.

La elección de presidente de la República ha de realizarse un mes antes de la renovación del Parlamento actualmente elegido. Con los instrumentos que para esa fecha tendrá la derecha en su mano los electores que han de elegirse para que acompañen a los diputados en la votación del jefe del Estado acusarán una gran mayoría derechista. Podrán elegir un presidente de la República de esa tendencia y de absoluto sometimiento a ella. La consecuencia obligada será la entrega del poder para que convoque a elecciones a un gabinete que prepare la reforma de la Constitución, la anulación de todas las conquistas democráticas y la creación de un sistema de gobierno de tipo dictatorial o fascista.

Un alto en ese camino ha sido la votación del día 3. En la segunda vuelta el pueblo ha demostrado que advierte claramente el peligro y ha frenado el avance derechista. Esto ha fortalecido a los republicanos, ha detenido en su evolución a los que iban cayendo prisioneros de la derecha y ha motivado que el bloque derechista adopte una actitud de cautela, temiendo que una precipitación le destruya antes de ver próxima su victoria.

Existe ya la experiencia de la evolución experimentada en varios pueblos y hay en España motivos concretos que conspiran contra una maniobra fascista — decimos fascista para entendernos rápidamente —. En Italia y en Alemania actuaron razones especiales derivadas de la guerra. Negar, por ejemplo, que Alemania bajo el imperio llegó a un gran poderío en todos los órdenes, es negar la evidencia; igualmente es forzoso reconocer que el régimen republicano alemán recibió un país vencido y en circunstancias que permitían, a los espíritus simplistas, comparar la desgracia presente, bajo el republicanismo, con el esplendor pasado, bajo el imperio. España ha recorrido el camino exactamente contrario. La unidad estatal que trae el poderío del trono, inicia la decadencia del pueblo y España, sin interrupción, recorre durante siglos un camino de incesante decadencia. Quién

compara la España de 1921, de 1930, con la España de hoy. por muy antirrepublicano que sea, advierte que lo de ahora significa un progreso.

Por eso la pugna es tan viva y España recorre tan rápidamente — no han dejado de expresar su sorpresa por ello algunos periódicos alemanes — el camino que otros países realizan en lentos años. Bruscamente la izquierda, apenas derrumbada la monarquía, llega al gobierno y elimina a sus aliados de la derecha y realiza audazmente un conjunto de reformas que causan asombro. No menos bruscamente la derecha se reorganiza y, al amparo de la ingenuidad democrática de la izquierda, — voto a la mujer, plena libertad electoral, abandono de la política menuda, etc. — reconquista sus posiciones en forma que incluso la sorprende a ella misma. Apenas logrado el éxito, la izquierda advierte el peligro y de un salto brusco el socialismo — que es su base — se sitúa casi al margen del régimen y se dispone a la lucha revolucionaria. Se diseñan estas posiciones en un plazo de quince días. Y bastan esos días para que la opinión dé un viraje y vuelva a prestar su apoyo a la izquierda en la segunda vuelta electoral.

Todos estos vaivenes van dejando desnuda y descarnada la lucha entre los dos frentes que hay ahora en el mundo, ninguno de los cuales es liberal y democrático. ¿Tardará mucho en producirse en España el choque decisivo?

Ese es el interrogante de esta hora. La elección del 19 ha puesto a la derecha en una excelente posición en este tablero ajedrecístico. Pero se percibe cómo la izquierda ha visto la jugada y sin pérdida de tiempo ha movilizado sus defensas y ha forzado el retroceso enemigo. Con ello lo que está casi eliminado del combate es el régimen democrático. Empieza a no haber opción más que entre un Hitler o un Lenin. Y si todavía queda una posibilidad media, es para un Kemal, que imponga la destrucción de las raíces tradicionales.

JOSÉ VENEGAS.

## FRANCISCO CONTRERAS

**E**N NOSOTROS de julio último, el Sr. Silva Castro consagra un conmovedor homenaje al gran chileno Francisco Contreras, a quien la muerte sorprendió en plena fuerza creadora. Este trabajo, en extremo sagaz, documentado, trae una hermosa contribución a la gloria, cada día creciente, del escritor desaparecido.

Sin embargo, el Sr. Silva Castro emite ciertas críticas acerca de *L'Esprit de l'Amérique Espagnole* a las cuales creo útil contestar; como también a ciertas afirmaciones sobre el carácter íntimo del poeta que estimo de mi deber refutar.

Recuerdo que, a propósito de la crítica del Sr. Silva Castro sobre *L'Esprit de l'Amérique Espagnole*, aparecida en *Atenea*, Francisco Contreras, me dijo: "Silva Castro critica sobre todo lo que no hay en el libro". En efecto, volviendo a sus quejas, en NOSOTROS, el crítico deplora no encontrar entre los autores estudiados, nombres como los de Mariátegui, Gabriela Mistral, Blanco Fombona, F. García Calderón, etc... Contestaré en primer lugar que este libro, como por otra parte lo hace constar el Sr. Silva Castro, es una selección de los mejores crónicas sobre autores hispano americanos publicadas en el *Mercure de France*; pues el autor escribía estas crónicas al día, a medida que recibía los libros nuevos que le servían de pretexto para estudiar a un autor. Además al crítico hubiérale sido difícil ocuparse de algunos autores, pues si es cierto que recibía montañas de libros, sobre todo de versos, a tal punto que en veinte años más de cinco mil volúmenes hispano americanos se habían amontonado en nuestra casa de la calle Le Verrier, también lo es que buen número de autores descuidaban mandarles los suyos. Del Perú, especialmente, nada llegaba. ¿Debía el crítico ir a Lima a buscar la producción

literaria? Y ¿cómo podía ocuparse de ciertos peruanos que sistemáticamente dejaban de mandarle sus obras? Si la noble poetisa Gabriela Mistral falta en el libro criticado, es porque dió su hermoso libro *Desolación* demasiado tarde. Caso igual para muchos otros.

El autor tampoco publicó este libro con la intención de oponerlo al *Panorama* de Max Daireaux. Los dos volúmenes aparecieron casi al mismo tiempo y *L'Esprit de l'Amérique Espagnole* dormía desde un año atrás en casa del editor. En cuanto al título, ¿tendré que enterar al Sr. Silva Castro de que los editores franceses tienen la manía, casi siempre, de elegirlo ellos mismos? Es lo que sucedió con *L'Esprit de l'Amérique Espagnole*: el editor buscaba un título más bien atractivo para el público que adecuado al contenido del volumen. El libro, tal cual es, se basta a sí mismo. ¿Por qué pedirle entonces lo que no pretendió nunca?

En su artículo, el autor dice también que el poeta se quejaba de que no se le reconocieran sus esfuerzos para hacer conocer y amar, "no solamente las letras chilenas, sino a Chile mismo". Aquí, el campesino francés conoce vagamente el nombre de Chile gracias al salitre. Pero entre la *élite* intelectual, donde el salitre no sirve para nada, ¿quién, desde hace veinte años, sino Francisco Contreras, ha puesto una aureola alrededor del nombre de aquél país que era, para nosotros, antes de su llegada casi fabuloso? Sí, tenía razón y derecho de quejarse y sentía a menudo pesadumbre ante la incomprensión de los autores de quienes se ocupaba. Estos últimos raras veces estaban satisfechos, otorgándose mucho más genio del que él les concedía. Añadiré que los chilenos no eran los únicos en obrar así: la mayoría de los hispano-americanos hacían lo mismo. A pesar de que comprendía lo que tal proceder encerraba de presuntuoso e infantil, no dejaba de causarle amargura, tanto el de los unos como el de los otros, pues no tenía un espíritu de patria chica y, si su país natal le era particularmente caro, albergaba respecto a América entera, incluso el Perú, por la cual nunca dejó de luchar, un verdadero amor.

El Sr. Silva Castro dice también que Contreras, como todo intelectual, era envidioso. Esta aserción es completamente erró-



nea y creo de extrema importancia destruir tal fábula. Tenía, por el contrario, Francisco Contreras, un temperamento siempre dispuesto a darse, con un desinterés que llegaba hasta el absurdo. Era el primero en regocijarse del éxito de sus amigos, para el cual no descuidaba nada de lo que de él dependía. No era la envidia lo que le hacía deplorar el despilfarro de ciertos gobiernos que mandaban al extranjero militares y barbilampiños con sueldos principescos; era la indignación, la noble indignación del que tiene conciencia de su valor, de su esfuerzo y ve renovarse la injusticia, el éxito coronar la necesidad.

Estaba convencido de que su país lo ayudaría algún día. Para ello no tenía necesidad de enajenar su libertad de pensamiento, por haber estado siempre al margen de la política. ¿Dónde encontrará un país mejores embajadores que entre los embajadores del pensamiento? ¿No tenemos bastantes ejemplos, no sólo en Francia, sino también en América, especialmente en Méjico? Chile no ha querido ver. Honrando se hubiera honrado. De todos modos, Contreras no podía callarse. Toda su vida fué un militante. Siempre me decía: "Mientras tenga un soplo de vida, gritaré".

¿Por qué exigir, también, que quedara fiel al credo modernista de sus veinte años? ¿No cuenta para nada la evolución? Existe un Contreras que los chilenos probablemente no conocen, o conocen muy poco, es cierto; es el Contreras de las novelas mundonovistas, que, así lo espero, se les revelarán un día no lejano y descubrirán la multiplicidad, la potencia creadora, de un temperamento de riqueza inaudita. Este aspecto del escritor, poco conocido en Chile, es el que lo ha colocado en Francia, en primera fila entre los novelistas y en la actualidad su influencia es palpable entre los jóvenes.

Su teoría de lo maravilloso, especialmente la del sueño despierto, gana terreno cada día en las letras francesas. Hace poco no más, Charles Tillac escribía a propósito de sus novelas en el *Libre Essai* (2 de setiembre): "...Novelas extrañas, las tuyas. Animadas por una llama subterránea, minuciosamente fundadas, reconstituyendo ya la ciudad, ya la campiña chilena, con ese halo de ensueño debido tanto al alejamiento como al país mismo, *La ville merveilleuse* y más todavía *La montagne ensorcelée*".

“El autor vaga por las pendientes abruptas de su patria, por las cálidas selvas, sobre las cimas; en las aglomeraciones ve vivir y palpitante las jóvenes de piel bronceada, oye los quejas de las enamoradas: transposiciones eternas cuya fuerza está en la emoción del relato”.

Desde la publicación de este último libro, Royère proclamaba: “Es una novela *musicista*”... Si, seguramente, si el *musicismo* es esta sobreelevación al plano de la armonía, tanto de los menores acontecimientos como de los más importantes... Novela *musicista*, pero sobre todo obra de amor: *el grito lanzado, a través de dos continentes hasta las montañas natales...*”

Esta obra, que abarcará cinco volúmenes, hubiera sido doble si, precisamente, el poeta hubiera podido contar con un apoyo material por parte de su país. Pues, obligado a hacer un poco de literatura *alimenticia*, no podía consagrar todo su tiempo a su obra personal.

A pesar de su salud delicada, Francisco Contreras era activísimo, vivo, siempre atareado, y llevaba una vida literaria animada. Visitaba a sus numerosos amigos o los recibía, en la calle Le Verrier, “en su salón del sábado que era tan justamente reputado como los salones de Rachilde, de Aurel, de Madame Demange-Barris o de Madame Catulle Mendés, etc...”, como lo hace constar Charles Tillac en el citado artículo.

Las circunstancias de su doloroso fin han probado por la consagración unánime, sin precedentes, de sus amigos, la enorme simpatía que este verdadero poeta y generoso amigo había sabido captar y que destruye la leyenda del hombre envidioso.

ANDREA DE CONTRERAS.

París, octubre de 1933.

# CRÓNICA

## ENRIQUE JOSE VARONA

**H**A pasado casi inadvertida en Buenos Aires la muerte de uno de los más ilustres americanos contemporáneos, Enrique José Varona, fallecido el 19 de Noviembre en Cuba, su patria, octogenario, porque había nacido en 1849, en Puerto Príncipe.

No se encierra en pocas líneas la biografía de un hombre como Varona, estadista, pensador, escritor, tenido por el más eminente de su patria en los días actuales. Su espíritu era más ancho que los manuales o panoramas literarios en los que yacen revueltos escritores de todo tamaño; por eso tal vez algunos lo olvidasen, reservándolo quizás para la categoría de los filósofos. Lo era Varona; lo fué toda su vida, no sólo porque enseñó filosofía en la Universidad de La Habana, y escribió libros de Psicología, Lógica y Moral, sino porque la filosofía, en cuanto conducta de la vida, alienta en toda su obra. Pero también fué vigoroso escritor, de frase elegante y limpia, que sin perder la rotundidad y el acento castellanos, tenía el timbre y la intención que sólo se adquieren en la frecuentación de las modernas literaturas europeas. Escritor formado directamente sobre los clásicos antiguos, poseía igualmente todas las modernas lenguas de cultura. Cultivó el ensayo y la crítica, filosóficos y estéticos, la filología y la poesía, las ciencias políticas y jurídicas. Muchos de sus estudios, de sus artículos —fué un periodista convencido de su misión—, de sus discursos, de sus conferencias, han sido reunidos en libros; muchos más están todavía dispersos en diarios y revistas.

Fué admirable Varona por la densidad de su pensamiento y por su irreducible independencia de carácter. Ministro, vicepresidente de la República, no se sometió nunca a la arbitrariedad de los poderosos ni a la tiranía de la plaza. Amó la libertad sobre todas las cosas. Por eso su pesimismo radical sobre la condición humana, templado por la filosofía, por el arte y por su bondad ingénita, que lo hicieron comprensivo y tolerante, se acentuó durante la guerra y la postguerra, a medida que veía naufragar el individualismo democrático —en cuya doctrina, bebida en los pensadores ingleses del siglo XIX, se había formado—, en la anarquía y esclavitud de la sociedad contemporánea, cuya liquidación preveía. Pocos espíritus más equilibrados que el suyo en la América de este siglo; pocos más valientes, más libres, menos rutinarios, que el de este cubano, con haberse formado en los días de la colonia, pero que asistió y contribuyó al nacimiento de su patria como nación independiente, aunque después debiera lamentar más de una vez los extravíos y corrupción de su incipiente democracia parlamentaria.

No sabríamos decir si Varona, maestro indiscutible, lo fué de energía; sí podemos asegurar que lo fué de algo acaso más necesario: de humanidad cordial, de amplia tolerancia, de rectitud e independencia de pensamiento y conducta. NOSOTROS espera ofrecerle, con menos prisa que la obligada de la noticia necrológica, el homenaje de que es digno el ilustre varón que acaba de fallecer.

LA DIRECCIÓN.

## EL CENTENARIO DE GUILLERMO DILTHEY

**E**N el pasado mes de noviembre se ha cumplido el centenario del nacimiento de Guillermo Dilthey, ilustre pensador alemán fallecido en 1911. La excepcional significación que va cobrando la figura de Dilthey a medida que avanza el tiempo, aconsejaba utilizar esta fecha para destacar la fecundidad de la obra del filósofo, tanto más cuanto que los frutos de su pensamiento comienzan en realidad a cosecharse ahora; escasamente difundido en la época de su actividad intelectual más intensa, sólo en sus últimos años vió suscitarse un movimiento de interés en torno a sus enseñanzas. Su plena y verdadera influencia ha sido póstuma, y va cobrando un vuelo que le augura para el porvenir una posición en el cuadro de la filosofía contemporánea aún más considerable que la muy importante que ya generalmente se le concede.

Dilthey ha sido recordado en esta oportunidad y estudiado desde diversos puntos de vista —y precisamente por colaboradores de *Nosotros*— en la Sociedad Kantiana de Buenos Aires y en el Colegio Libre de Estudios Superiores, las dos instituciones no oficiales que, con plan y propósitos distintos, vienen realizando tan ponderable acción cultural entre nosotros.

En la Sociedad Kantiana, en la última reunión del año, tuvo a su cargo la recordación el Dr. Alejandro Korn. En una exposición de admirable vivacidad, como suelen serlo las suyas, logró dar una apretada síntesis del pensamiento de Dilthey, una visión completa donde no faltaba nada esencial y donde cada punto ocupaba su puesto justo y alcanzaba el merecido realce. La dificultad de encerrar en estrechos límites de tiempo un pensamiento tan original, rico y vario como el de Guillermo Dilthey, fué superada en manera magistral por Korn, quien terminó con oportunas consideraciones sobre aquellos aspectos del pensador recordado que deben o pueden servir de ejemplo a los estudiosos argentinos de filosofía. En la misma Sociedad, y también en intención de homenaje al filósofo en su centenario, en junio, disertó el Dr. Raimundo Lida sobre *La Poética de Dilthey*, agrupando alrededor de su tema todo cuanto en Dilthey se relaciona directa o indirectamente con el problema estético, y estudiando después en detalle todas las líneas en que actualmente se prolonga su influencia.

En el Colegio Libre de Estudios Superiores, Francisco Romero consagró al estudio de Dilthey una serie de tres conferencias, pronunciadas los días 22 y 29 de noviembre y 6 de diciembre, de acuerdo con el siguiente plan: 1) *Dilthey y su época*: Panorama filosófico de su tiempo. Las influencias. Docencia y escritos. Los herederos. — 2) *La historia de las ideas y la filosofía general*: Trabajos sobre Schleiermacher, Hegel, Leibniz, el Renacimiento y la Edad Moderna. La esencia de la filosofía y la doctrina de las concepciones del mundo. — 3) *La psicología y la filosofía de lo social-histórico*: La crítica del asociacionismo y el plan de una psicología analítico-descriptiva. Comparación con Bergson y Brentano. La "Introducción a las Ciencias del Espíritu" y los fragmentos complementarios. Exposición metódica y completa del pensamiento del filósofo y de su significación en la historia de la filosofía contemporánea, este cursillo fué seguido con el mayor interés por un auditorio numeroso y comprensivo, expresión indudable de la creciente afición a los estudios filosóficos en nuestro país.

Del prospecto en que el Colegio Libre lo anunció, extraemos los párrafos siguientes, donde se consignan algunos de los rasgos de una personalidad filosófica aun no suficientemente conocida entre nosotros:

"La influencia de Dilthey se ve crecer día por día en el actual pensamiento filosófico. Hay una vuelta consciente a muchos de sus puntos

de vista, que en la época en que él los formuló eran sin duda prematuros o por lo menos no concordaban con las opiniones más admitidas, — y hay sobre todo, por otra parte, una callada y difusa penetración de su influjo, que llega a la saturación en más de un sector considerable, hasta el punto que no es raro hallar libros y estudios de fecha reciente donde el eco diltheyano resuena desde la primera a la última página. La fecundidad de su enseñanza no da muestras de agotamiento, y hasta alguien ha enunciado autorizadamente hace poco que su pensamiento pertenece en muchos de sus aspectos más aún al porvenir que al presente.

“Entre los méritos de Guillermo Dilthey están el haber sido *uno de los renovadores de la psicología y acaso el más ilustre entre los fundadores de la nueva filosofía de lo histórico-social*. Con los trabajos que consagró a este último asunto —algunos de ellos, no los menos incitantes, meras notas apresuradas de descubridor recogidas de sus papeles inéditos— ha dado el impulso decisivo a un tema de indagación que tiende a convertirse en una de las tareas capitales de la época filosófica que se inicia.

“Pero el don más genial es en Dilthey su extraordinaria capacidad de comprensión histórica. Con escasas palabras, aproximando dos sucesos aparentemente dispares y mostrando su conexión íntima, nos descubre el sentido de un momento de la historia del espíritu, la razón profunda de una etapa del pensamiento. Este poder de iluminar el pasado reviviéndolo, de desentrañar tras la superficie abigarrada las fuerzas determinantes, le ha permitido ser uno de los más grandes historiadores de las ideas, le ha llevado constantemente a descubrir y afirmar la unidad fundamental del espíritu más allá de la diversidad de sus manifestaciones.

“La facultad de comprensión histórica determina también en él, en gran parte, sus vistas teóricas. Es fácil mostrar cómo sus ideas sobre la psicología y la filosofía de lo social-histórico, que avanza resueltamente dentro de nuestra época, dependen de su clarísima visión de la época que quedaba a su espalda. Precisamente porque no eran muchos los contemporáneos capaces de abarcar la misma perspectiva, han tardado tanto en abrirse camino sus intuiciones más hondas.

“Nació Guillermo Dilthey hace ahora cien años en Biebrich del Rin; ejerció la docencia universitaria en Basilea, Kiel, Breslau y —como sucesor en la cátedra de Lotze— Berlín. La *Introducción a las Ciencias del Espíritu* apareció en 1883. Sus escritos, muchos de ellos diseminados en revistas y actas académicas, van reuniéndose en una amplia colección iniciada en 1922 y que ya cuenta ocho volúmenes; en el quinto está el extenso trabajo de Misch que constituye uno de los mejores estudios sobre Dilthey. Murió en 1911”.

## LETRAS ARGENTINAS

Poemas, por José R. Destéfano. Buenos Aires, 1933.

**N**o es Destéfano, ciertamente, de los poetas que confunden *sentimentalismo* con *poesía*.

Hubo, durante mucho tiempo, literatos que, rasgando jactanciosamente su túnica, mostraban lesiones sangrantes, cicatrices indelebles. Alguna vez, la violencia del movimiento les hacía descubrir, además, otras cosas...

Muerto el romanticismo literario, la poesía cerebral pasa los mundos —interiores y externos— por el cedazo de la inteligencia. Los rompe, reconstruye y espiritualiza. Mira los objetos bellos, como Nerón, a través de su esmeralda. Hasta que no repitamos la historia, basta de impudores líricos. Talentos aristócratas como el de José R. Destéfano, saben que la sagrada poesía no premia virtudes rugidoras y antiestéticas ni *suspiros*

*indoctos*, si se me permite la frase. Debiera surgir el galardón, más bien, del seno de alguna institución filantrópica, o de las manos fosforescentes del Diablo, genitor de la soberbia, patriarca de la lubricidad.

El idealismo conduce a Destéfano a una vida interior solitaria, densa. Aislamiento ascensional. Aeronavegación hacia el éter radiante que fluye de la eterna belleza. No podía ser de otro modo, el alma de quien investiga fervorosamente *La idea de la belleza en Platón* y los *Orígenes del arte griego*. El poeta dice al *Espíritu*:

*¡Alado, ligero,  
arriba! ¡Sí, arriba!  
¡Hasta las estrellas,  
de prisa, de prisa!*

Su espiritualidad es de trasparente pureza. Desde el oasis ubérrimo de la inteligencia, se ve pasar la vida cual arena estéril, deleznable.

La atmósfera en que vuela el pensamiento de Destéfano, es ideal, abstracta. ¿Cuáles parecen sus lecturas favoritas? Platón, Keats, Mallarmé, Valery; Góngora y la moderna poesía española: Guillén, García Lorca, Salinas... Pero estos *Poemas* hacen pensar, más que nada, en la fascinación ejercida por el arte puro de Paul Valery.

Destéfano es, como queda dicho, poeta intelectual. Esta tendencia, insinuada en su primer libro de versos (*La danza de Salomé*), se acentúa hoy visiblemente. El autor gusta de una poesía en que el sentimiento casi no aparezca.

Tiene la obsesión de la nobleza verbal. Rinde culto a la palabra nueva, única. Las voces armoniosas, esmaltadas, selectas, le producen vivísimo placer. Busca términos en el vocabulario poético, como quien elige piedras preciosas en un cofre. Acaso más de un verso no es sino el engarce de una palabra. Tal poesía no es para multitudes. Transcribo algunos versos valorizados por el uso feliz de una palabra:

*Conduce, lampadoforo,  
un haz de llamas que ondula.*

*¡Qué furtivos pestañeos  
de tornasoles escamas!*

*brillo agónico de escamas.*

*En el negror violeta,  
cautivo, parpadea.*

*Muros que ya la pátina jaspea.*

*Caracolea un vientecillo tímido.*

*Surtidor de agua clara, redorado,  
en el tiempo infinito.*

*Alacridad de pájaro en el alba.*

Este autor recurre al participio, con éxito y frecuencia, según puede verse:

*rosas temblantes en un río diáfano*

*palmeras ricas de oro dilatado.*

*en la sombra empurpurada.*

*amapolas escarchadas.*

*Da la fronda su albergue,  
tienda acaracolada.*

El buen poeta lucha con el idioma como el escultor con el mármol. ¿Y cómo no elogiar al artífice renovador, cuando, en la república literaria, es la ignorante soberbia quien pretende, cada día, levantar pendones sediciosos? Es sabido que "el tiempo sólo respeta lo que se hace con tiempo".

¡Cuántos genios se han improvisado en Buenos Aires en una redacción de periódico! ¿Quién los recuerda después de uno o dos años? La luz artificial de una crítica tendenciosa, hizo a veces confundir el abalorio con la gema.

Destéfano usa versículos y también versos de medida regular, con frecuencia blancos. Gusta del romance. A veces su verso es brevísimo, como los trisilábicos y fluyentes de *Ciudad entre nieblas*. En sus poemas suele advertirse la sugestión del mar: *ámbar flúido de inseguras arenas, móvil pradera de alabastros, pulpo terrible con miradas de seda*. El oleaje que viene hacia la playa, es *carrera de lebreles en el agua que ondula*.

Otras imágenes del mar:

*El mar rosado en sombras, vasta piel de pantera,  
ardía bajo un lóbrego delirio de cobalto.*

*El cielo sobre el agua tendía su gran arco,  
las olas resonaban como cristales rotos.*

*(Oh, mar azul, dorado por el sol, llama ardiente;  
clámide constelada por los brillantes astros;  
forma pura, diamante líquido, transparente;  
lecho de espumas, móvil pradera de alabastros).*

En esta última estrofa, se advierte, sin dificultad, el procedimiento característico de Valéry. La idea expresada cobra particular relieve por la agregación sucesiva de palabras o imágenes afines.

Ni desarrollo de anécdotas ni pasiones versificadas. Por medio de vocablos, imágenes, relaciones, sugestiones y similitudes, crea Destéfano su atmósfera poética. Eliminada en lo posible la materia, la poesía flota en un campo de abstracción ideal.

Las nuevas formas son complicadas; pero su ambiente no es anárquico. La belleza inmarcesible será siempre un triunfo de armonía, y armonía rigurosa, como la del mundo estelar.

Destéfano ama el brillo, las piedras preciosas. Sus imágenes visuales casi nunca tienen la plasticidad inactiva del parnasianismo; sino, que captan las formas en movimiento:

*El tiemblo verde del álamo  
junto al agua de la aceña.*

*¡Oh, qué luz en movimiento  
huyendo de una captura!*

*Junto al mar, ya no es un cuerpo  
que descubre su hermosura,  
ella misma es una onda  
que juega con las espumas.*

Los poemas titulados *La danza, Romance de los peces, Dualidad, El álamo y el río, Rutas marinas, Fuga matinal*, son ejemplos característicos de dichas imágenes. La delicadeza le sugiere versos de incorpórea levedad:

*como flor a quien la sombra  
leve de un pájaro mata.*

*la mano azul del viento  
a los amantes llama.*

*coral rosa, los pies leves  
huellan la rizada espuma.*

Destéfano huye la grandilocuencia. Ama lo esencial, lo aislado. Su sensualidad expectante sintoniza las ondas voluptuosas, para irradiarlas luego en mesurados efluvios. Su exaltación, empero, casi no puede, a veces, sofocar el grito. (Así, por ejemplo, en *Fuga matinal*).

El poeta debería eludir la proximidad de asonantes involuntarios, alguna imagen de gusto dudoso (casas altas, *perfiles desdentados*), algún pleonasma inútil (plata cernida *en polvo*), varias anfibologías motivadas por el uso inajustado del relativo *que*, etc.

Cuando, como en el caso presente, se valoriza la propia cultura por estudios laboriosos, cuando un hábito de vivencias universales anima el mundo espiritual, queda siempre abierto, hacia lo infinito, un pórtico de magníficas posibilidades. Pero el poeta no ignora que, tanto en el aposento exiguo, resguardado por dos vueltas de llave, como entre los aplausos de numerosa multitud,

*la soledad nos aprisiona, frígida. dentro de su sarcófago invisible.*

AUGUSTO CORTINA.

**Mundo**, por *Sacha Lopovkine*. Buenos Aires. Editorial *Letras*, 1933.

**E**L seudónimo *Sacha Lopovkine*, que trasciende a soviét, oculta el alma melancólica de un joven estudiante. ¿Por qué tal nombre? ¿*Snobismo*, ascendencia moscovita, sugestión de vocablos exóticos? Lo cierto es que no hay en estos versos ni fuerza combativa ni arriesgada modernidad. Expresan suave ternura, suspiran melancólicas vejeces.

No se podría señalar en ellos una influencia general y determinada. Sin embargo, en algunas poesías o títulos, aparecen, como relámpago, la evocación de Baudelaire o D'Annunzio. Con más frecuencia, la de Núñez de Arce o Bécquer, acaso la de Silva y Fernández Moreno.

Lo esencial es que el espíritu del joven autor conserva su originalidad espontánea. A veces, y esto no es raro en un primer libro, demasiado espontánea. Echase de menos una prolija y última revisión. Ello habría evitado asonancias inconvenientes (como las que encadenan estrofas consecutivas), neologismos chocantes (como el verbo *ecoar* y aun *ecoaar*, formado sobre la voz *eco*), arcaísmos injustificados, anfibologías, etc.

La métrica suele imponer al versificador novato el uso de dicciones innecesaria. Ha de suprimirse —por ejemplo— lo que, en la transcripción, ha sido puesto entre paréntesis:

*Ventanita de humilde tugurio  
donde mora una obrera enfermiza  
que (su tísica vida) agoniza  
en la cárcel del sucio suburbio.*

La adjetivación suele ser incorrecta. Llama *muchachita normal* a una chica que estudia en cierta Escuela Normal. Con el mismo criterio, podría calificarla de *muchachita nacional* si estudiase en un colegio nacional; de *institutense* o *institutaria* si fuera de un instituto. No es tampoco muy protocolar eso de llamarle *infimo humano* a ningún crío.



Las imperfecciones inherentes a casi todos los libros iniciales, no deslucen la delicadeza, honestidad y timidez que reinan en el espíritu incon-taminado del joven poeta. Véanse algunos ejemplos:

*Mi vecina salía a la ventana  
dejando entre dos tientos la sonrisa  
de su carita magra.*

*Camino solitario que en el verde  
como una gris serpiente reverberas  
y en curva desigual luego te pierdes  
en el confín inmenso de las eras.*

*Ven...: Nos sentamos  
en un rincón del aula y me confías  
tu tristeza,  
ésa, la misma  
que en tus ojos castaños se revela  
temblorosa...*

*Concédeme las manos  
entre las rudas mías,  
y a mi ruda también, pero sincera  
alma de buen muchacho,  
confíale tu pena.*

Mundo es un pimpollo apenas entreabierto. Esperemos que cuando la rosa se abra del todo, brinde la intensidad de su fragancia; que, maduro el fruto, tenga la plenitud de su sabor.

A. C.

## LETRAS FRANCESAS

Les pieds dans le plat, por René Crevel. Editions du Sagittaire. Paris, 1933.

**R**ENÉ Crevel, ex-secretario de *Les Nouvelles Littéraires*, es un super-realista —interesante sería mostrar lo que es, lo que significa esta escuela— y el surrealismo, de movimiento estético-filosófico, se deslizó fatalmente hacia el marxismo militante. El año pasado en *Le clavecin de Diderot*, René Crevel escribía: "Le Surrealisme a mis *les pieds dans le plat* de l'opportunisme contemporain, plat qui n'est, comme chacun sait qu'une vulgaire assiette au beurre". Sin detenernos ante esta fórmula tan divertida como justa, consideremos solamente que en esta expresión, por nosotros subrayada, tenemos al título y, sin duda alguna, al cuerpo plató-nico que, por pulsaciones psíquicas, dió nacimiento a las ideas, palabras, frases, capítulos, tendencias generales...

Según Bergson, la estructura cerebral del hombre hace que tienda a encerrar bajo vocablos ya conocidos a las ideas y hechos nuevos que desbaratan la solemne idiotéz del Eclesiastés: "Nada hay nuevo debajo del sol". Como nuestro cerebro posee esa disposición mental, busquemos la etiqueta con la cual podremos borrar la impresión de malestar que nos produce esa obra.

Pero aquí está la dificultad. ¿Novela? Sí, la primera parte se desarrolla *más o menos* como si lo fuera, pero ¿y la última? Esta es más bien un panfleto, una sátira, una obra de propaganda. Y a través de las frases circula una corriente perfumada con las más puras esencias del Parnaso, un soplo épico y un impulso poético alucinatorio que trastornan

a nuestros cerebros acostumbrados a los sabios y rígidos rieles de una Razón razonadora.

En verdad, es una novela como el *Ramayana*, el *Roman de la Rose* o los *Nibelungen*. Lo que dice cuán alejada está de la novela psicológica francesa a lo Paul Bourget, André Theuriet y otros Henry Bordeaux.

Pero, basta de consideraciones. Abramos el libro y ya el lector se dará cuenta del método, si es que Crevel tiene alguno.

Nos hallamos en un automóvil que se desliza rápidamente por la carretera que va de París a la Costa Azul. Acueducto romano. (¿Pont du Gar? — ¡Siempre las precisiones!) Sol. Calor. A nuestro lado, un septuagenario: El Príncipe de los periodistas. Piensa y recuerda.

Piensa en la Patria. Siempre piensa en ella; "hasta sus sueños le son dedicados, y, esa misma noche, soñó que era la viuda del soldado desconocido".

Recuerda a su abuela—la—sodomizada ahogada al tragar una magnífica vela violeta; a su padre, que a las preguntas insidiosas de las visitas contestaba: "Mi madre murió de un ataque al cerebro". Brusco estallido en las propias narices del lector del buscapié de los juegos de palabras más asombrosos, de los efectos absurdos que puede producir la obsesión de una frase en una psiquis descompuesta por una epilepsia congénita.

Más tarde, su padre se casa con "una deliciosa jorobadita" y ambos se encierran por treinta años, a cuyo término nace él, la Gloria de la Prensa Mundial.

Catástrofe en las ideas. Cambio ultrarrápido en el decorado. Estamos en Nuestra Señora de París. Frente al altar el estupendo ataúd del Presidente que pagó su entrada al Elysée "con la sangre de sus cuatro hijos muertos en la Guerra".

Descripción burlesca, sí, pero áspera y vengadora, de todo lo cínico, desvergonzado y vicioso que supone el desarrollo de una ceremonia oficial de esta índole.

En ella, el Príncipe de los periodistas ha conocido —casi en el sentido bíblico de la palabra— al hijo de lady Primerose, marquesa of Sussex. Años atrás esta noble dama pertenecía al personal de una casa hospitalaria de Southampton donde conoció a Esperanza, hoy día duquesa de Monte Putina, amiga de Mussolini y del Papa.

Nuestro septuagenario llega a casa de la Marquesa. Saludos. Son las doce: "un silencio solemne, el silencio del mediodía, mucho más angustioso que el de medianoche, ha petrificado a los *valets*, plantados aquí y allá frente a los bosquecillos del parque". Se sientan bajo los árboles y Lady Primerose le narra la muerte de su marido, paralítico y cazador de tigres.

El hijo de la Marquesa aparece vestido con un elegante taparrabo color "luz del día". Le acompaña la opulenta Augusta, "húngara de nacimiento, Habsburgo por alianza, checoslovaca de corazón, paneuropea por la inteligencia y casi vegetariana".

Aquí se intercala la fantástica historia de este *cocktail* de nacionalidades que encuentra dos veces al Diablo, dos veces al Amor, y una vez —abominación de las desolaciones— a los bolcheviquis de Bela Kun.

El Príncipe de los periodistas, "a pesar de la tendencia clásica de una imaginación que evitaba lo monstruoso hasta en los más locos vértigos onanistas", sufre una alucinación por la cual Augusta, Primerose y la ausente Esperanza brincan del escenario de la Realidad a la pantalla fantasmagórica de una memoria de tendencias heredo-epilépticas, y volviéndose respectivamente Madame de Maintenon, Madame Roland y George Sand, entablan una animada conversación.

Salto mortal en el Tiempo y en el Espacio. En Marsella, su ciudad natal, Esperanza tuvo un hijo — Wenceslao de Saint Gobain, conocido con el apodo de Rub dub dub. Y a la par que la situación social de Esperanza pasaba de ramera a duquesa de Monte Putina, crecía su ambi-

ción materna. Imbecilizó y arruinó físicamente a su retoño, haciéndole apto para desempeñar cualquier tarea intelectual o diplomática, lo mismo que para ser Papa.

Y cuéntase la historia "a la manière de Proust", del muchacho. Sus sucesivos amores: el Kremlin, un pórtico de gimnasia, una cromolitografía que representa a Fra-Diavolo, Krim la cantante, creadora del célèbre: "Mi sol son los faroles", y finalmente la escritora populista Marie Torchon.

Todos estos nuevos personajes: Krim, Marie Torchon y Rub dub dub, aparecen en el parque de la Marquesa of Sussex. Se les agrega la católica Synovie —la poetisa bizca de los "Epanchements"— una pareja norteamericana: Kate y Jim, capaz de cualquier cosa con tal de cometer un acto gratuito, y un psiquiatra, autor del famoso tratado: *Libido y Paneuropa*.

Si lady Primerose no se extraña de ver caer a toda esa gente en su casa es porque sabe lo que vienen a hacer, pero nosotros, los lectores, lo ignoramos. Nuestro espíritu tan acostumbrado a ir de lo conocido a lo desconocido, siguiendo el sabio principio de que las mismas causas producen los mismos efectos, nuestro espíritu, digo, acostumbrado a esa lógica rutinaria, se halla sin el apoyo de lo archisabido y está por perder el equilibrio, cuando aparece un *valet* que exclama: "Madame la Marquise est servie". Suspiramos. ¡A un almuerzo estaban todos convidados! — Nuestro espíritu sabia y perezosamente, vuelve a la huella.

Se sientan a la mesa y Esperanza cuenta: ¡Trece! Son trece los convidados (contando al duque de Monte Putina que como esposo de una mujer tan considerable, no ha merecido del novelista una sola palabra.) ¿Quién será el décimocuarto?

¡El autor-espectador!

Y entre Kate y Krim se sienta René Crevel. Abre la boca y de ella se escapa un vómito de injurias y de anatemas contra todo y contra todos. Contra la religión —ya en *Le clavecin de Diderot* escribía que quería echar a Dios del Universo "como a una bestia hedionda" — contra los curas, la moral; contra una sociedad "que llama escandaloso todo lo que no la iguala en monotonía, hipocresía y grosería"; contra el individualismo, el culto a la personalidad, la "armadura del pequeño cerebral", la torre da marfil "de los onanistas intelectuales"; contra la "mentira liberal", la tonadilla humanitaria, los cánticos de un pacifismo bovino; contra el oportunismo contemporáneo que se resiste a optar en pro o en contra del Mundo actual ya que "no escoger es permitir que siga siendo lo que es" (*Le clavecin de Diderot*); contra Francia que "se posa en campeona de la libertad de algunos individuos, de una minoría de explotadores" (p. 227); contra París, capital de la miseria y del lujo insultante; contra las potencias coloniales; contra Suiza, "la cual, gracias a la S. D. N., se ha convertido oficialmente en la prefectura de policía del mundo burgués" (p. 228); contra la policía "enemiga absoluta del proletariado" p. 292; contra la triple mentira: Libertad, Igualdad, Fraternidad "que consolida las murallas impuestas obstinadamente por el desorden capitalista al más irresistible impulso de la Historia: la revolución proletaria" (p. 259); contra la política papal que tiende a embrutecer al proletariado; contra la institución del matrimonio generadora de la prostitución... Frenéticamente, en una orgía de destrucción, René Crevel pega sobre cuánto constituye las columnas del Capitalismo. Son salvas sobre los santos venerables, es metralla sobre las morales vetustas.

Se reanuda el relato y a la mitad de una frase nos dejan plantados el libro y el autor. Es verdad que un poco más abajo hay seis palabras que... pero ya hablaremos de ellas.

Por ahora veamos lo que vale artísticamente este libro. Lo hemos leído juntos, lo hemos estudiado, nos hemos impacientado y admirado casi al mismo tiempo... ¿Entonces? Es difícil... Para los conocedores de la

literatura francesa, para los franceses sobre todo, las obras de René Crevel aparecerán como enigmáticas o como tomaduras de pelo. No posee esa lógica que esperamos de una obra de imaginación (pero en ésta hay de todo). Se desarrolla por golpes, como arranca un automóvil entre las manos de un profano, por mordiscos bruscos de un piñón sobre otro piñón, por pinturas de estados de alma, por un conjunto caricatural y lírico. Hay momentos en que nos parece oír la voz del Père Ubu, otros el sordo rugido del mar maldororiano. Max Jacob también muestra su influencia (pero ¿dónde no la hallamos?). Crevel pinta un mundo a la vez interno y externo, doloroso y jocoso, real y alucinatorio; pasa del uno al otro sin informarnos, sin sentirlo quizá, mundo extraño en cuyos paisajes siderales —vivaracho y espiritual— brinca, gesticula y vocifera con sorna el homúnculo de René Crevel.

Provoca la zambullida de nuestro espíritu en medio de la inconsistencia de unas divagaciones gelatinosas, en medio de las auroras boreales de un estado poético propio del autor.

Los defectos de esta obra son los del género: poca firmeza en la silueta de las ideas, elasticidad blanda de la expresión, facilidad oratoria de los desarrollos, debidos a la escritura automática, cansancio que provoca el continuo brotar de una inspiración a veces forzada.

Y como René Crevel quiere polemizar, esos defectos se hacen más visibles aún, pues el metal de su pluma se hace pesado, aunque sin restarle virulencia en el ataque, ni el vigor mordaz, ni el instinto rebelde de un revolucionario. Tiene imágenes y observaciones muy justas; por jemplo, en la nota 2 de la página 286, escribe: "las bocas de los cañones son los altoparlantes del Imperialismo". En frente tenemos a los partidos de Izquierda que sólo poseen bocas humanas y papeles de diario. Y todos hacen gárgaras con los discursos donde se habla del "ideal democrático", de "la constitución sagrada de los pueblos", de "guardar la serenidad frente a los atropellos de la reacción", de "mostrar nuestra cultura"... dejándose degollar por quienes prefieren cañones y fusiles a toda la palabrería del mundo.

Según Crevel ya es tiempo de que los proletarios del mundo se "den cuenta de que las revoluciones se hacen no con palabras, pero sí con ametralladoras ultrarrápidas y bombas ultrapotentes" (p. 285), que no deben esperar una mayoría ilusoria sino recordar que "en 1917, Lenin tenía seguridad únicamente en tres millares de marineros del Mar Báltico" (p. 293). Nos muestra que "la buena filosofía hace que Bismarck colabore con Thiers para aplastar a los comuneros y que Clémenceau y Foch devuelvan a los generales del Káiser las ametralladoras y los cañones necesarios para reducir a los Espartaquistas" (p. 282); nos muestra que si los obreros no se unen, las seis palabras que suspenden el desarrollo de su libro: "La continuación, para la próxima guerra", será una triste profecía.

Parte de la nueva generación piensa así.

ARIEL ATLÁN.

## HISTORIA

**El mayor general José Ildefonso de Machaín. ¿Traidor o procer?, por Ángel Vargas Peña. 1933. VENCER O MORIR, por Benjamín Vargas Peña. Asunción, 1933.**

**E**N torno a la figura del dictador Francia librase hoy en el Paraguay un encuentro singular. Trátase por otra parte de la rehabilitación histórica del curioso personaje carlyleano. Francia, Rosas y Artigas ofrecen marcado tinte sombrío en la evolución política del Plata y análoga *senec-*

tud en su vivir fecundo. Francia aventajaba a sus émulos; era sabio (*arandú*, en guaraní), astrólogo, *doctor*, y doctor de la universidad de Trejo y Sanabria. Así pudo morir en olor de santidad prócer en la Asunción legendaria y su deceso significó en su patria un duelo litúrgico. Angel Vargas Peña en su interesante trabajo *El mayor general José Ildefonso de Machain*, reconoce los errores cometidos por el dictador, al estudiar la biografía del noble patricio paraguayo, compañero de Belgrano en la accidentada campaña del nordeste argentino; pero con toda imparcialidad, seguro método, impecable estilo, asienta este juicio: "El Dr. Francia tiene en su favor comunidad de causa con los próceres de Mayo; de aquí su mérito que no es más que el de los otros. Este mismo dictador tiene en su contra el despotismo inútil de su gobierno, y es lástima que con su antihumano sistema haya compensado y excedido el límite de su gloria". Mas no sólo los historiadores criticaron a Francia, y es curioso anotar esta opinión desfavorable de su continuador en el gobierno vitalicio. En su *Mensaje* del año 1849 anotaba Carlos Antonio Lopez lo siguiente: "La dictadura arruinó las pocas fortunas del país, con multas, contribuciones y confiscaciones exorbitantes". Sabemos además cómo juzgó al déspota, José María Ramos Mejía en *Las neurosis de los hombres célebres*; conocemos la teoría "terrorista" de los enemigos de Francia, la guerra sin cuartel de sus detractores. Entre ellos figura el venerado nombre del gran Sarmiento. ¿Pero acaso no fueron enemigos entre sí los propios tiranos? Es el hecho que se avecina la hora del Dr. Francia. En el último congreso de historia americana celebrado en Buenos Aires, hizose plenamente el elogio del "Supremo". Hombres prestigiosos como H. Arbo, Juan F. Pérez, Do la Cruz Mendoza, y por otro lado el estudioso Sr. Maldonado, interpretaron con nuevo criterio histórico —desapasionado, impersonal, sereno— la figura del perpetuo dictador. Hase hecho también la apología del fundador de la nacionalidad paraguaya. Sin embargo, B. Vargas Peña en *Vencer o morir*, ataca en forma violenta, nerviosa, al prócer de Mayo.

"El Dr. Francia no fué ni el gestor ni el alma de nuestra emancipación", anota en el primer capítulo de su inquisidora obra. Abonan la tesis del joven historiador documentos de singular importancia y con la vehemente pasión que le domina acude a las citas de los impugnadores del Dr. Francia. Es para él, en resumen, dicho personaje un tipo de "refinada maldad". En esto no se aparta de Carlyle, de Sarmiento, de Ramos Mejía y de Manuel Domínguez. Sostiene evidentemente la filiación "morbosa" del protagonista. Las líneas quedan tendidas. De un lado los "anti-francistas", de la escuela tradicional; del otro, los "francófilos", o representantes de la nueva escuela histórica. La lucha hase entablado a la clara luz del documento y con este motivo un núcleo importante de la mentalidad paraguaya investiga con ardor y vehemencia en los viejos archivos de la Asunción, siguiendo los rastros silenciosos de un cierto doctor de Córdoba.

PORFIRIO FARIÑA NÚÑEZ.

**Los jesuitas y la cultura rioplatense**, GUILLERMO FURLONG, S. J. Montevideo. 1933.

El P. Furlong —que tan hondos y sinceros afectos supo despertar en Buenos Aires entre sus discípulos y amigos— debió recorrer mundo, por decisión de sus superiores y está ahora en Montevideo. De allí llega este libro, fragmentario y puramente noticioso —¡pero qué densidad de noticias!— con que el autor enriquece una lista ya respetable de obras. No hay aquí palabras de más: no hay comentarios, sino las naturales loas a la Compañía que cuenta con tan egregio miembro, cronista de

heroicidades espirituales y temporales. Cronista sólo, digo, porque parece ser este libro conjunto de noticias recogidas en su mucho andar por mundos y papeles, y ¡qué cuidado y qué labor! Sobre todo elocuentes, por panópticos, dos mapas: uno señala los caminos recorridos por casi cuarenta jesuitas; el otro la buena obra espiritual que sembró la región de colegios, bibliotecas, escuelas, talleres, etc.

Se puede no estar de acuerdo con la Compañía. Pero la obra de ella en nuestro territorio, antes de 1767 en que fué expulsada, no tiene par, como no la tiene su obra catequizadora y protectora de indígenas. Así lo prueba Furlong.

La Compañía le debe este espontáneo y justiciero balance, imparcial y concienzudo a pesar de su posición. Nosotros le debemos saber mucho más que antes sobre los que levantaron del cero la cultura colonial.

N. B.

### SOBRE LA CRÍTICA LITERARIA Y LOS CRÍTICOS

**A**L lector habrá de interesarle, sin duda, la lectura del artículo de nuestro colaborador JUAN B. GONZÁLEZ, que reproducimos a continuación, de la revista IDEAS que dirige en San Luis el escritor puntano Víctor Sáa:

**E**N tono iracundo, explicable en quien se siente personalmente víctima y está además seguro de tener la razón de su parte, el señor Julio Díaz Usandivaras, en el número 114 de la revista *Nativa*, arremete contra los críticos y la crítica con acometividad y franqueza tales que es difícil hallar actitud parangonable a la suya en los últimos tiempos. No nos interesa, apresurémonos a declararlo, establecer la parte de error o verdad que pueda haber en la opinión de quienes se han ocupado en juzgar la labor literaria de Usandivaras; otra podrá ser la ocasión de esa empresa. Interésanos por hoy recoger y comentar, confutando cuando sea preciso a fin de colocar las cosas en su verdadero lugar, las expresiones y juicios que de modo directo o lateral emite el autor sobre el género literario y sus oficientes que nos sirven de epigrafe.

No hay crítica responsable en el país: tal es la conclusión y el *leit motiv* del vibrante articulista. Se escribe sobre los libros como quiera, con ligereza, con inexactitud, con ignorancia, y muchas y frecuentes veces, con maldad. Y esto cuando se escribe, que lo corriente es el silencio absoluto. Tampoco tenemos críticos. Y añade Usandivaras: "En el vasto campo de nuestro periodismo, no hay una sola verdadera representación a este respecto: noble, sincera, autorizada. No se salva ningún periódico ni ningún "crítico" de caer bajo el calificativo que más arriba les estampo. Estos vulgares gacetilleros, son los zánganos, que viven libando de la colmena que trabajan las industriosas abejas, (léase escritores y poetas). Son los individuos estériles, improductivos, inútiles, y, por añadidura, egoístas y hasta miserables muchas veces; porque con sus mezquinas actitudes, dejan bien evidenciado su espíritu dañino y sus bajos sentimientos. Este es el retrato fiel de esos señores "críticos".

Ciertamente no carece de tinte el retrato. Mas no es Usandivaras el primero que planta jalón en el campo de la protesta contra los críticos. Unos menos, otros más, todos o casi todos los autores, particularmente poetas, se han quejado y se quejan de nuestra crítica y de nuestros críticos. Algunos hasta afirman haberla olvidado, esperando el juicio laudatorio o de aliento del diario o la revista extranjeros. Claro que

esto último se logra no siempre a base de puro mérito literario. Quedan todavía en Europa, sobre todo en París, rincones de hombres de buena voluntad con sus revistitas para la exportación, y en donde por tarifa variable se comenta, se prologa y se traduce a los genios en ciernes de *là-bas* que escriben en español. Todo esto perfectamente sabido aunque no excluyente, bien que sea rarísimo el caso, de la desinteresada y noble consagración, con firma de legítima autoridad. El autor de *Palo santo* renueva el tema añadiéndole la vehemencia de su caso personal y de algunos más que cita: eso en cuanto al fondo de la cuestión, que respecto a lo que podría llamarse la parte del fiscal, la acusación propiamente, nadie que sepamos ha dicho las cosas más claro y distribuido con mayor valentía las responsabilidades.

Dice Usandivaras que la crítica de los diarios es mala, y, ¿quién se atrevería a contradecirlo? Dice más aún: que la crítica de *La Prensa* es la peor de todas, y, ¿quién podría afirmar lo contrario? Sin embargo nadie hasta ahora habiase decidido a nombrar al diario multimillonario, a pesar de repetirse hasta el cansancio, — eso sí, *sottovoce* — que sus columnas de crítica literaria han sido y siguen siendo gacetilla de la más pueril y adocenada. Un periódico que dedica columnas sobre columnas a todas las manifestaciones de la actividad del país; en el que no falta gente especializada para tratar las formas menos difundidas, del deporte; donde las artes plásticas son comentadas con autoridad y de manera oportuna, no tiene críticos, críticos para juzgar con comprensión los libros de los mismos hombres que exprimen el cerebro para que el diario sea grande y rico y tenga esa autoridad de lo bello que el crudo positivismo de los dirigentes se empeña en no ver. Ganas da de estimar en la conducta de *La Prensa* para con los libros, los designios de una torpe venganza, venganza del Calibán que en forma de montones de dinero entra por las públicas ventanillas contra el flaco Ariel que cual numen tutelar y pobre, flota sobre las mesas de redacción y anima la soledad de los cuartos de estudio...

Conforme a nuestro modo de ver, esta cuestión de crítica literaria presenta dos aspectos que es menester considerar por separado: la crítica, mera crónica de libros, y la crítica, estudio, verdadero ensayo de creación literaria. El señor Usandivaras no hace este distinguo, de donde deriva el confusionismo de que adolece la parte teórica de su requisitoria. Habría aún un tercer punto de vista para enfocar el problema, manteniéndonos siempre en el terreno pragmático del *cómo* de la crítica, sin rozar su esencia: la actitud del autor frente a la crítica, cuando ésta ha resultado desfavorable para el juzgado. Y no se crea que es éste un punto baladí, muy al contrario. Cualquier escritor que haya oficiado de crítico estará compenetrado de esta verdad, que no es perogrullesca por tener base profunda en la psicología individual: ningún autor se enoja cuando el crítico lo elogia, y no vacila en reconocer superiores condiciones de erudición y talento en el escritor, así sea un desconocido, que lo ha juzgado. Pero muy otra es la reacción si el juicio le es desfavorable. Entonces, salvo rarísimas excepciones, si el crítico es novel será para el autor un audaz y hasta un insolente, amén, claro es, de ignaro y carente de sensibilidad; si se trata de personalidad consagrada, será un malintencionado o un envidioso. Cabe aún agregar que el amor propio de los autores no ofrece en toda la superficie el mismo grado de irritabilidad, comprobación interesante que nuestra corta carrera de militante de la bibliografía nos permitiría sin embargo ejemplificar con algún convincente caso concreto. Autores hay, digámoslo en los términos más generales, que aceptan los reparos, o algunos reparos de medida censura, pero otros pretenden recibir del crítico incienso y sólo incienso. De otro modo el crítico no sirve. Y en este último grupo hay que contar 9 au-

tores por cada 10. No hay forma de llegar a normas de inteligente comprensión, de fecundo intercambio entre crítico y autor. Y lo triste es que tal actitud intransigente, que equivale a un desconocimiento radical de los fueros y esencia de la crítica, socava en quien la oficia las reservas de optimismo y simpatía, absolutamente necesarias, para llenar con brío y eficiencia la doble función de censor y animador que al crítico incumbe. Los aciertos y las censuras que el crítico debe puntualizar constituyen la raíz misma de la crítica, su razón de ser. Total sinrazón, entonces, implica prejuzgar arrogancia en el desempeño de la crítica. Analizar un libro, puntualizando defectos y cualidades, no significa que el crítico se crea superior al autor, ni hay fundamento tampoco para considerarlo parásito de la labor que comenta: la crítica es por sí actividad espiritual singular, con fronteras bien trazadas, y nada estrechas por cierto, dentro de la heredad literaria.

Es evidente que para Usandivaras la crítica literaria se reduce a la que hemos considerado especie la más modesta de la crítica: la crónica de libros. De ahí que le niegue todo valor por sí misma, como especie literaria que es. Repárese en este trozo de su artículo, a continuación de su referencia limitativa sobre Giusti y Torrendell: "En nuestro país hay un maestro, un erudito. Esto se precisa ser para ejercer autorizadamente la crítica. Sin erudición, no hay autoridad. *Pero Ricardo Rojas no hace crítica, porque no es un vulgar gacetillero...*". De modo que para hacer "crítica" hay que ser "un vulgar gacetillero", y quien como Rojas es un erudito no puede hacer crítica, precisamente porque no es un gacetillero. ¿Cómo escapar del círculo vicioso? Si los sabios no pueden hacer crítica ¿a quiénes se encomendará entonces esta faena? No quedan sino los gacetilleros; a ellos habrá que encomendársela, pues. Este enredo proviene de la idea excesivamente limitada que Usandivaras profesa acerca de la crítica, simple *ancilla* de la literatura, para él. Ya sabemos lo que nos replicaría: que él no está haciendo sutilezas sino expresando algo que cualquiera puede entender. Y bien, vamos ahora a lo que entendemos, que no es lo que literalmente está escrito, advertimos.

Nuestro autor quiere decir que la crítica de libros es ejercitada por gente inapta, sin luces y además vanidosa, y que como eso es lo que corrientemente se entiende por crítica, ningún autor sabio y responsable se dignará descender a semejante menester. Lo que también es bastante antojadizo, porque si un crítico de real capacidad y solvencia moral se ocupa de libros, automáticamente el oficio se dignifica, y se llega a la verdadera crítica. No ponemos en duda que autor como Rojas sería buen crítico si se decidiera a desempeñar la crítica militante, de actualidad; sus probadas condiciones de escritor autorizan tal presunción, en lo que comulgamos con Usandivaras, pero no aceptamos la causa por él señalada para explicar por qué Rojas no hace crítica de la producción cotidiana. Hasta puede decirse del autor de *Eurindia* que elude por sistema la valoración de sus contemporáneos, según su *Historia* literaria — que no por ser "historia" le obligaba a este silencio no pocas veces injusto, y que en todo caso le resta elementos a su propio cuadro — lo demuestra contra cualquier posible duda. Acaso en nuestro país, sostenida y atenta crítica militante no se ha hecho después de Juan María Gutiérrez y Martín García Mérou, y tanto decimos no por creerlos los únicos autores legítimamente críticos sino más bien pesando otros factores derivados del ambiente que encuadró su labor, incomparablemente limitado en parangón con el actual. En aquellos tiempos, cuando la aparición de un libro asumía proporciones de acontecimiento, era fácil con un poco de buena voluntad y sostenido interés, no dejar pasar por alto el suceso. El autor de entonces podía reposar en la convicción de que su obra, buena o mediana, no caería en el silencio o en la indiferencia que



en tiempos posteriores han sido lápida para más de un prestigio en germen. Los críticos posteriores fallaron mucho en cuanto a constancia en la dura labor, resultando más bien críticos ocasionales, fragmentarios. El propio Groussac, que fué sustancialmente un crítico, no pasó de comentar porción mínima de la literatura argentina y americana de su época; prefirió la crítica histórica, el retrato literario o la semblanza de consagraciones mundiales a la estimación sostenida de sus contemporáneos. Y llegando a los actuales días tal vez sólo dos nombres puedan ser inscritos en la galería de los puros críticos: Giusti y Torrendell.

La crítica, mera crónica, bibliografía o gacetilla, no es labor que pueda ocupar la entera dedicación de un escritor. Más de un factor conspira contra su ejercicio constante, mejor dicho contra el escritor que se siente animado de voluntad y fuerza para acometerla. Gastar el tiempo en escudriñar los granos de talento de los escritores del día, es tarea por demás ingrata. Cada autor de libros tiene el derecho de creerse un genio, es algo privativo de su profundo yo; el crítico, a su vez, está obligado a creer en su propia capacidad de juicio, por sobre la subjetiva autovaloración del autor, pues de otro modo falla por la base todo conato de crítica. Agréguese que su trabajo es gratuito en las revistas de letras y pésimamente remunerado en los diarios que se deciden a afrontar esta por ellos juzgada superflua actividad de la crítica. "La crítica no es profesión que aquí permita vivir", escribe Giusti en su meditado estudio sobre la crítica literaria en la Argentina (1). Y agrega, corroborando cuanto acabamos de afirmar sobre las pésimas condiciones de su ejercicio: "Los grandes diarios no la protegen, no la estimulan, no la quieren. En sus páginas es donde más abunda la gacetilla boba o el suelto de favor. Tienen sus secciones propias la crítica de teatros, la de música, la de arte, la de cinematógrafo, en las cuales a veces se leen juicios pensados con relativa independencia; no tiene tal sección la crítica de libros, unas veces relleno de quita y pon, entre las noticias de pólcia y las cotizaciones de bolsa, otras, plana que más parece de anuncios que de juicios literarios, encargada a los galopines de la cocina periodística".

La labor del crítico menor está sujeta como se ve al influjo de más de un factor. Exige consagración, saber, paciencia y, en general, virtudes que son casi apostólicas. Por de pronto, no constituye obra para quien la hace. Es esfuerzo perdido para el acervo del crítico, destinado a morir en la revista u hoja de diario en que se publica. Su extensión escasa, la limitación del tema, la pobreza del libro comentado, muchas veces, la precipitación con que por motivos accidentales debió escribirse, la tornan inapta para perdurar en libro. Agréguese que en los diarios es de rigor el anonimato, a trueque de paga irrisoria, que tampoco es estímulo, ni siquiera honrada gratificación. Súmese todavía las reacciones de los autores a quienes censuró; se ha dicho que hay gente que parece escribir con los pies, por la manera como son hollados la gramática y el buen sentido; pues bien, señores de esa ralea, cuando de insultar a los críticos se trata, lo hacen con las manos y los pies, barajando palabras de calibre tal que hasta el diccionario las proscribiera. ¿En nombre de qué, entonces, se exigen virtudes al crítico, y se pide a los autores que se dediquen a la peor de las ocupaciones literarias, negando todavía, por remate, categoría de literatura a la crítica?

Hay otra especie de crítica: el ensayo crítico. Trabajo de proporciones más o menos dilatadas, con vista a ideas generales, de alcance histórico o contenido filosófico es obra de elaboración personal y de estudio más o menos profundo. Suponemos que los señores autores no negarán categoría literaria a esta especie de crítica, aunque esté bordada sobre el

(1) NOSOTROS, N° 283, diciembre de 1932.

cañamazo de tales o cuales libros y autores, actuales o del pasado. Esta crítica es la que propiamente jerarquiza y aquilata valores, a la vez que permite las galas del propio estilo, y, en síntesis, el sello personal del crítico. Es por tanto obra personal a igual título que la lírica, la novela o el cuento. Añadamos que es el género que más y mejores cultores cuenta entre nosotros. Los capítulos que sobre autores y épocas integran la obra *Historia de la literatura argentina*, de Rojas (ejemplos: el ensayo sobre la poesía gauchesca, el consagrado a Echeverría y su época, o la magistral interpretación de Sarmiento) son del tipo de crítica que analizamos. La labor de Giusti recogida en libro, sobre todo el *Amiel*, el *Florencio Sánchez* y la mayor parte de los trabajos que integran los cuatro tomos de *Crítica y polémica*, aparte de estudios publicados y todavía no editados en libro, un par de volúmenes más, corresponden a la misma especie de crítica creadora, diríamos. Demás está decir que el tomo *Crítica literaria*, de Groussac, con revaloraciones sobre Dante y Cervantes, entre otros medulosos trabajos, cabe en la misma serie. Otro tanto decimos de las dos etapas de *El viaje intelectual*, y de la galería de semblanzas histórico-literarias enfocadas desde el mirador de *Los que pasaban*.

Podría hacerse en esta especie el siguiente distingo, de acuerdo a los temas: los que versan sobre literatura argentina, actual y del pasado, y los que se refieren a libros y escritores extranjeros, del pasado más que del presente. La obra abundante de Ricardo Sáenz Hayes corresponde a la última casilla, con sus trabajos sobre Montaigne, Pascal, Stendhal y otros, reunidos en tres o cuatro volúmenes. Pero los temas argentinos también lo han atraído según se desprende del libro: *La polémica de Alberdi con Sarmiento*. Aníbal Ponce ha dado también un interesante tomo de ensayos críticos argentinos en *La vejez de Sarmiento*, con ponderables estudios sobre Eduardo Wilde, Mansilla, Lucio V. López, Cané, Avellaneda. De Héctor Olivera Lavié queda un volumen apreciable de acuerdo al concepto expuesto: *Ensayos literarios*. Elevadas expresiones del ensayo son también obras como *Estudios literarios*, de Oyuela, volumen en el que merecen destacarse los consagrados a "La raza en el arte" y "Del espíritu nacional en la lengua y en la literatura", sintomáticos de las preocupaciones estético-hispanizantes del autor; *El Payador*, y los estudios helénicos de Lugones; *La creación poética y otros ensayos*, de Arturo Marrasso — escritor que, por su saber probo y hondo y su gusto afinado, está llamado a realizaciones perdurables en el campo de la crítica —; *Dickens y Sarmiento y Ariel corpóreo*, de Rafael Alberto Arrieta, con predominio de temas ingleses, conforme a la especialidad del autor, pero en donde asómanse también figuras americanas; *Ensayos* de Angel Acuña, conteniendo el excelente trabajo "Groussac en la cultura argentina"; los estudios filológico-críticos del malogrado Arturo Costa Alvarez, de quien nuestra incipiente ciencia del lenguaje aun tenía mucho que esperar, y que nos ha dejado, entre otros, estos estimabilísimos ensayos: *Nuestro predominio literario* — publicado en *Humanidades*, de La Plata, — *Los idiomólogos*, primer capítulo de su libro *Nuestra lengua*. La preocupación conceptista, o inconformidad estética, o ambas cosas, que hacen de Borges el ajetreado caminante de los autores y los libros le han conducido a una modalidad de ensayo muy suya pero en la que es fácil separar como ingrediente máximo la crítica literaria. No hay objeto en alargar la nómina; con las obras mencionadas ejemplificamos lo suficiente acerca de esta variedad de crítica, personal, creadora.

Muy interesante sería que alguna pluma avezada retomara el tema, enfocado desde el ángulo de su experiencia personal. Aquella sección que muchos años ha, ocupaba una página semanal de la revista *Atlántida*, firmada por don Juan Torrendell, ¿por qué dejó de publicarse? Significa

aquel esfuerzo de director y autor uno de los mejores momentos de la crítica militante en nuestro país. Y no se trataba de mera gaceta; Torrendell ahondaba a veces en los temas hasta la vena del verdadero ensayo. Recuérdese las columnas que dedicó a la *Historia de la literatura argentina*, de Rojas, a medida que aparecían los sucesivos tomos. Mas no cabe duda que la colección de la veterana revista *Nosotros* constituye la verdadera pandeas de la crítica literaria en la Argentina. *Nosotros*, con sus 79 volúmenes de generalmente buena literatura y sus innumerables notas y comentarios bibliográficos ofrece el más ordenado acervo para el investigador de nuestras letras después del 900. Orden relativo, se entiende, considerando la casi imposibilidad de cualquier intento encaminado a encasillar lo contemporáneo, pero orden, al fin, en el período más conscientemente literario, más creador de valores aunque también más desordenado y contradictorio de la literatura argentina. Podría desglosarse de esa nutrida labor analítica la porción firmada de autores que la desempeñaron a conciencia y de manera sostenida por tiempo más o menos largo. Surgiría así entre los críticos de ayer el nombre de Alvaro Melián Lafinur, cuyo libro *Literatura contemporánea* contiene la mayor parte de sus notas y artículos de la *Nosotros* de quince años atrás; y los de Giusti, Bianchi, Ponce, Coronado, Suárez Calimano; entre los últimos, ninguno con más méritos que el de M. López Palmero.

No estamos entonces en crítica literaria tan en pañales, como de primera intención se piensa. Las revistas, las que son empresas de cultura, no almanaques ni lienzos arlequinescos de avisos, han puesto algo más que un grano de arena en la ingente obra de aquilatar y poner orden en nuestra maraña bibliográfica. Cierto es también que puede hacerse más de lo ya cumplido, sobre todo en el sentido de una más estricta valoración estética y cultural. Organismos hay que por la jerarquía intelectual que invisten debieran hacer sentir su influjo en la común tarea, y su acción no pasa de una lastimosa ausencia. Nos referimos en primer término a la Universidad, cuyo presupuesto y recursos de vario orden le permitirían costear la revista o revistas necesarias para llenar esta función que tanto ayudaría la tarea de presentes y futuros historiadores de nuestras letras. En España, el Centro de Estudios Históricos tiene ya su revista bibliográfica, costeada con recursos del estado. Hasta podría decirse que las publicaciones oficiales están en mejores condiciones para la empresa de selección y juzgamiento en razón de su misma independencia económica. Los críticos, aunque lo sean de veras, terminan desistiendo de empeño tan ingrato. Falta dónde publicar y falta quién o quiénes estimulen esta labor como se merece. Anádase que son escasos los temperamentos literarios de auténticos críticos. No creemos que sean los esperados, escritores como Ramón Doll, o Bianco, talentosos sin duda, el primero sobre todo, pero carentes de la medida, el reposo y la profunda cultura que definen al sesudo analista de la obra ajena. Y es lástima que las nuevas generaciones, con sus arrestos de aplanadoras de cartón, con pintarrajeadas greguerías por insignia, no hayan dado todavía un crítico — a menos que veamos tales en prosistas como Vignale, o Rega Molina, casi críticos de *El Mundo* — para analizarlos a ellos mismos. No sabemos así lo que significan autores como Arlt, los González Tuñón, Mariani, Rojas Paz, Scalabrini Ortiz y tantos otros, pues los premios y la bullanga que algunos de ellos arman, no son fallos serios ni aceptables consagraciones.

Una opinión de Usandivaras nos permite cerrar el presente comentario. La suscribimos, transcribiéndola, porque entendemos que ella, lejos de maniatar al crítico, le permite una más eficaz y desenvuelta acción: "La verdadera crítica tiene espíritu enseñativo y debe ser siempre cordial".

JUAN B. GONZÁLEZ.

## CRONICA MUSICAL

## Los concertistas

ESCUELA DE CONJUNTO ORQUESTAL MIGUEL GIANNEO. — CUARTETO EURITMIA. — CELIA FASCE. — ANTONIO DE RACO. — MIGUEL RAJCOVICH.

— **L**A Escuela de Conjunto Orquestal Miguel Gianneo, que dirige con todo entusiasmo y desinterés el maestro BRUNO BANDINI, evidencia en cada nuevo concierto un impulso ascensional sobre el anterior. Poco a poco esta orquesta, formada a base de jóvenes estudiantes más o menos aventajados de diversos conservatorios —que tratan de formarse una personalidad artística bajo la dirección de un músico consciente y generoso— se está imponiendo a la consideración y al aprecio de la prensa y del fiel y numeroso público que le sigue en el desarrollo de sus actividades artísticas.

Del último programa ofrecido por esta Escuela de Conjunto Orquestal, destacaremos por la bondad y precisión del ritmo, de la sonoridad y de la expresión, las cuatro *antiche danze ed arie per liuto*, magníficamente orquestadas por Respighi. En el concierto de Lloret para piano y orquesta de arco, obra interesante, aunque un poco desigual, el joven ROBERTO LOCATELLI vió premiada su labor con calurosos aplausos, gracias a su habilidad poco común de concertista, seguro de sus nervios y de sus dedos, que disponiendo de buenos medios técnico-expresivos, sabe sacar de ellos todo el partido posible.

La contralto EMMA BRIZIO cantó con vibrante y generosa voz un corto y sentido *lied* para canto y cuerdas de D'Espósito, que el público le exigió repetiera.

— **E**N la Sociedad Lago di Como se presentó el cuarteto "Euritmia", integrado por los jóvenes instrumentistas MAURICIO GOLDSTEIN, VALENTÍN TAUB, FRANCISCO BERLINGIERI, VÍCTOR MARZOLI, quienes preparan las obras bajo la dirección del maestro Bruno Bandini. Apresurémonos a decir que su concierto inicial en el repertorio de música de cámara no podía ser más feliz. En el cuarteto op 64 N<sup>o</sup> 5 de Haydn, este flamante conjunto puso de manifiesto la fina calidad de su mecanismo de buena y límpida sonoridad y su justo sentido de la frase y del matiz. *De tierra adentro*, "suite" de tres piezas sobre temas populares agradablemente estilizadas por Enrique Casella, pudo apreciarse en su justo valor gracias a la versión tan pulcra como expresiva ofrecida por este cuarteto. Una brillante obra de Dvorak que finalizaba el programa le brindó la oportunidad de lucir la bondad de su técnica y su seguridad rítmica.

— **C**ON un programa integramente dedicado a Chopin, CELIA FASCE ofreció un concierto en la Asociación Wagneriana. Las audiciones a base de un solo autor —y de un autor como Chopin, tan oído y por lo general tan maltratado— si no son magistrales fatigan un tanto. Celia Fasce, *virtuosa* muy correcta, dueña de una apreciable sensibilidad artística, logró interesar en su cuidada versión de algunos de los trozos más conocidos de este inmortal autor.

— **E**L exuberante temperamento artístico del joven pianista ANTONIO DE RACO, adquiere, de año en año, bajo la sabia y cuidadosa dirección de un gran maestro de estilo, Vicente Scaramuzza, mayor claridad y fuerza.

Son de señalar en este ya notable concertista que nos sorprendiera

el año pasado por su seguridad en la ejecución de un programa de verdadero compromiso, la vibrante gama de sonoridades, el brio y empuje rítmicos, la técnica de una claridad y un vigor poco comunes y la noble manera de frasear y matizar el trozo ejecutado. Su versión de la *Chacona* de Bach-Busoni fué de severa y noble expresividad interior, y rica de tecnicismo y matices exteriores. En la *sonata op 27 N.º 1* de Beethoven, no estuvo a la misma altura, pero se desempeñó con toda corrección. De las difíciles transcripciones pianísticas de trozos wagnerianos de Lizst y de Brassin, Antonio de Raco ofreció versiones que pusieron de relieve, especialmente en la *Muerte de Isolda*, todos sus abundantes recursos de colorido, expresión y sonoridad. Algunos trozos de autores modernos, ejecutados con toda brillantez, acabaron de dar una idea del halagüeño porvenir de este artista, si continúa en el estudio hondo y perseverante.

— OTRO joven pianista de gran porvenir que está formando su personalidad artística bajo la misma dirección que Antonio de Raco, MIGUEL RAJCOVICH, une a un flexible temperamento, que parece inclinarse con preferencia a las obras emotivas de los románticos, o a las rusas modernas de marcado sabor dramático, un virtuosismo de excelente calidad, que le permite ofrecer con elasticidad digital y nobleza lírica cualquier página de los grandes maestros, ya sea ésta del más puro corte clásico como de la más atrevida concepción moderna. Un programa muy movido y variado, integrado por obras clásicas, románticas y modernas, le brindó la oportunidad de explayar con éxito los recursos técnico-expresivos de que dispone y que afina y perfecciona a medida que avanza en sus bien encaminados estudios. Entre sus versiones más felices señalaremos el *Andante* de la *Sonata op. 1 N.º 3* de Beethoven, dicho con delicadeza suma; la fantasía N.º 3 de Mendelshon, expresada con fuego y fantasía; dos preludios de Chopin, uno suave, el otro agitado, traducidos con justeza, y el *Rancho de la Baba Yaga* y la *Gran puerta de Kiev*, de Musorgsky, ejecutados con un vigor y un empuje ponderables. Hubiéramos deseado, para nuestro gusto personal, dos o tres obras de más íntima y sugestiva poesía interior, como por ejemplo, un *nocturno* de Chopin, *Escenas de niños* de Schumann, *El viejo castillo* de Musorgsky... algo, en fin, que nos mostrara cómo el espíritu del concertista se adentraba en esas dulces penumbras líricas, en esos paisajes interiores de suave, recogido y misterioso encanto...

MAYORINO FERRARIA.

\*  
\* \*

— LA noticia del fallecimiento de Emilio Meyerson tiene que hallar un eco doloroso en cuantos se han preocupado por el pensamiento filosófico de estos tiempos. Meyerson era un curioso caso de internacionalismo; de origen judío y polaco, ha desarrollado su actividad científica en Francia y se le incluye con razón en la filosofía de este país, pero debe también mucho de su formación a Alemania, en cuyas Universidades ha estudiado. Ha sido durante los últimos años el representante por excelencia de la filosofía del conocimiento científico. Su mérito principal ha sido extraer sus últimas consecuencias a un punto de vista importante, no demasiado original sin duda, pero cuyo alcance lejano nadie ha sabido advertir como él. Al servicio de unos pocos temas esenciales ha puesto una extraordinaria erudición y una claridad y hondura de análisis incomparables. En sus obras, aparte de sus propias tesis —algunas de ellas definitivas—, nos ha dejado algunos de los capítulos más instructivos que poseamos para una historia del saber científico concebida con amplia visión filosófica. Su obra capital, *Identidad y Realidad* (1908), está traducida al castellano;

las dos siguientes, *De l'Explication dans les Sciences* (1921) y *La Déduction relativiste* (1925), se mueven siguiendo la línea marcada por el libro inicial. En su última obra, *Du Cheminement de la Pensée*, el plan se amplía. Había nacido Emilio Meyerson en 1859.

—**M**UCHO menos familiar al lector de lengua española es el nombre de otro filósofo, el del alemán Hans Vaihinger, de cuyo fallecimiento nos enteramos por uno de nuestros grandes diarios, donde la noticia aparece con una de esas erratas sostenidas que equivalen a una declaración de principios. Vaihinger nació en setiembre de 1852; muere, pues, con los ochenta y un años cumplidos. Su obra principal, *Die Philosophie des Als Ob (La Filosofía del Como-Si)*, apareció en 1911, pero el núcleo esencial del libro había sido redactado de 1876 a 1878. No es ocioso consignar esta fecha, si se considera que el contenido de la obra es una vasta y rigurosa sistematización del pragmatismo filosófico. Cuando se habla de pragmatismo, se recuerda ante todo a los norteamericanos e ingleses, cuyas elaboraciones del asunto, inferiores a la de Vaihinger en consistencia y documentación, son también posteriores a la primera redacción de su sistema, sin excluir el famoso artículo de Peirce en el *Popular Science Monthly* (1878), que inaugura el pragmatismo americano, que aparece casi un año después de haber obtenido Vaihinger la *venia legendi* con su tesis pragmatista sobre la ficción en la ciencia. Sus trabajos fueron dificultados por una temprana afección a los ojos, que se agravó después sin impedirle su laboriosa actividad de pensador y erudito. Ha sido uno de los más tenaces investigadores de la filosofía de Kant, a la que ha consagrado numerosos trabajos, entre los cuales sobresale su clásico, aunque inconcluso, *Comentario a la Crítica de la Razón pura*; entre sus iniciativas en torno al filósofo de Koenigsberg están la fundación de la gran revista filosófica *Kant-Studien* en 1896 y la de la *Sociedad Kantiana* en 1904, ambas de difusión universal, pues la *Sociedad Kantiana* ha llegado a tener filiales en la mayor parte de los países donde existe un serio interés por la filosofía. En Buenos Aires funciona una de estas sociedades filiales de la Kantiana de Berlín. De Vaihinger, sobre el cual es difícil hallar algo en nuestra lengua, se ocupó Francisco Romero en *NOSOTROS* en el número de diciembre de 1924.

—**J**OSÉ Vasconcelos ha sido festejado por sus muchos amigos de Buenos Aires con un banquete, el cual, como no podía ser menos, tratándose del ilustre estadista, constituyó una afirmación de solidaridad americana. Este ideal fué expresado en el banquete, en el cual estuvieron presentes los directores de *NOSOTROS*, en los dos discursos que se pronunciaron esa noche: el de Alfredo L. Palacios y el de Vasconcelos. Ambos abundaron en nobles y bellas consideraciones sobre los deberes de la América actual, con proféticas vistas al porvenir, sin omitir, por supuesto, la dura crítica de los errores y extravíos contemporáneos.

—**D**E la página literaria del periódico alemán *Frankfurter Zeitung* correspondiente al 14 de mayo de 1933, traducimos la siguiente noticia que nos concierne:

"*NOSOTROS*, la revista literaria de Buenos Aires representativa para toda la América del Sur, cumplió a fines de 1932 los veinticinco años de vida, acontecimiento raro en aquellos países. La redacción aprovechó la oportunidad para echar una ojeada retrospectiva a la evolución espiritual de la Argentina durante el último cuarto de siglo. Este balance intentan realizarlo, en un grueso número especial titulado "Una generación se juzga a sí misma", cincuenta escritores, hombres de ciencia y políticos, todos de aquella generación que hoy raya en la cincuenta y que en

1907 fundó Nosotros para que le sirviera de portavoz. El número constituye un documento inapreciable. Pero a la satisfacción por los aportes de su generación se mezclan en la mayor parte de los autores profundas dudas y cierta perplejidad ante el porvenir. El político Carlos Ibarguren dice: "Creíamos en el progreso indefinido, en la belleza objetiva, en la democracia bienhechora y en el positivismo científico. Hoy vivimos entre los escombros de esas creencias derrumbadas. La obra de esa generación está en bancarota".

"Nosotros, sin embargo, no se ha quedado en portavoz de esa única generación. Sus directores, Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti, se han interesado constantemente en comprender todo lo nuevo y lo juvenil".

—NUESTRO amigo León Kochnitzky, el *Strapontin volant* de *Les Nouvelles Littéraires*, que nos visitó el año pasado, sigue dando a ese periódico literario, sus crónicas americanas. El 28 de octubre publicó una más de sus impresiones de Buenos Aires, donde describe la calle Florida, la obra de *Amigos del Arte*, nuestros grandes diarios y nuestras revistas literarias, entre las cuales recuerda con simpatía a Nosotros y a sus directores: "No hay un nombre importante en las letras castellanas contemporáneas que no haya sido inscrito en el sumario de Nosotros" — declara.

—LA RAZÓN publicó en su edición del 18 del corriente, la siguiente noticia literaria, procedente de París, que, por encerrar un comentario justísimo de un hecho que es actual en todas partes del mundo, merece ser conocida por nuestros lectores:

"*Le Correspondant* ha publicado su último número. La gloriosa revista del conde de Montalembert desaparece después de más de cien años de existencia. Algunos intelectuales franceses se alarman porque el caso de *Le Correspondant* no es único. Cesa esta publicación por falta de medios económicos y todas las revistas serias que dan preferencia a los estudios filosóficos, históricos y filológicos se hallan en situación parecida. Víctimas —dice *Comoedia*— de la crisis económica que padece la clase a la que la revista se dirigía: aristocracia, burguesía, clero y profesiones liberales.

"La observación es exacta, pero no es una explicación completa. El periódico muere por falta de medios económicos, es verdad: mas la causa principal de su escasa venta, de la escasa venta de todas las publicaciones serias filosóficas, históricas y filológicas está en que el público ha cambiado de gustos. A los estudios concienzudos prefiere el reportaje movido, a las grandes revistas de formato de libro y de lectura sosegada, propia para observaciones y documentarse, quiere revistas de tonos fríos y tipo de periódico que se imprimen con rapidez. Y así al propio tiempo que *Le Correspondant* termina, y cuando se ven amenazadas de muerte iguales publicaciones del mismo género, empiezan con éxito su vida otras publicaciones en que se trata de los mismos asuntos, pero con más variedad y más superficialmente".

—RAIMUNDO Lida ha recibido de Henri Bergson, con motivo de la publicación, en el N<sup>o</sup> 292 de Nosotros, de su extenso estudio sobre *Bergson filósofo del lenguaje*, la carta que nos complacemos en transcribir a continuación:

Paris, 30 Octobre 1933.

Monsieur,

Je viens de lire l'important article que vous avez consacré dans la revue Nosotros à "Bergson filósofo del lenguaje", et je tiens à vous dire avec quel intérêt j'ai lu cette pénétrante étude. Je n'ai malheureusement

qu'une connaissance bien superficielle de la langue espagnole: beaucoup de détails et de nuances ont dû m'échapper. Mais l'article, dans son ensemble, me paraît témoigner d'une analyse approfondie de mes travaux. Vous en avez extrait tout ce qui concerne la projection de la pensée dans le langage; et vous êtes si bien entré dans mes vues que vous avez utilisé pour votre interprétation certains passages où le langage ne figurait pas *explicitement*, où pourtant il était *virtuellement* présent. Avec tous mes remerciements je vous prie d'agréer, Monsieur, l'expression de mes sentiments les plus distingués.

H. BERGSON.

—**L**A *Literatura Argentina* ha cumplido cinco años de existencia. El acontecimiento merece ser celebrado. Revista de bibliografía nacional, ha contribuido a difundir nuestro libro y a crear en torno de él una atmósfera de interés, por medio de la crónica, la crítica, la encuesta, el reportaje y la noticia oportuna. Si ha pecado, más ha sido por benevolencia con toda suerte de esfuerzos intelectuales, que por severidad; pero eso es propio de toda revista bibliográfica antes que crítica.

Celebrando el quinto aniversario, los colaboradores y amigos de *La Literatura Argentina*, ofrecieron el 2 de diciembre a su director Lorenzo J. Rosso un almuerzo, que fué una hermosa fiesta literaria a la cual se adhirió expresamente la dirección de Nosotros.

—**H**A regresado, después de una prolongada estadía en Italia, el profesor Juan Serpentine. Hijo de Recanati, fué objeto en su ciudad natal de diversos homenajes, en los cuales se ejecutaron composiciones musicales de que es autor, dirigidas por el maestro V. Cáffaro. Además, el Príncipe Boncompagni Ludovisi, gobernador de Roma, se ha interesado por sus obras de carácter escolar, y ha adoptado algunas de ellas para el Patronato que funciona bajo sus auspicios.

El maestro Serpentine ha puesto a Nosotros, durante su permanencia en Italia, en relación con prestigiosos intelectuales de allá, quienes han prometido colaborar en la revista, y nos ha traído valiosos documentos leopardianos, entre los cuales una hermosa mascarilla del poeta, ejecutada por J. Balloni.

NOSOTROS.



# N O S O T R O S

Año XXVII - Tomo LXXX

## ÍNDICE

		<u>Página</u>
<b>A</b>		
Acuña Angel .....	La escuela activa .....	260, 376
Aita Antonio .....	Un espíritu europeo: Salvador de Madariaga .....	62
Alonso Amado .....	Preferencias mentales en el habla del gaucho .....	113
Atlán Ariel .....	El culto de la sensación .....	135
<b>B</b>		
Burghi Juan .....	Y serás como un Dios (poesía)	133
<b>C</b>		
Caminos Carlos N. ....	Pasatiempos de un provinciano	178
Carvajal Isaac .....	El alma eslava a través del círculo de Balakirev .....	279
Contreras Andrea de .....	Francisco Contreras .....	423
Cortina Augusto .....	La urna (poesía) .....	134
<b>D</b>		
Dabini Atilio .....	Figuración de Capri (con dibujos) .....	86
Del Monte A. ....	La comedia del antisemitismo.	397

	<b>F</b>	<u>Página</u>
<b>Fariña Núñez Porfirio</b> .....	El maestro de Sarmiento .....	96
<b>Fernández Moreno</b> .....	Aviadores (poesías) .....	50
"      "      " .....	Décimas .....	245
<b>Frugoni Emilio</b> .....	Una industria inverosímil (poema) .....	70
 <b>G</b>  		
<b>Girosi Pablo</b> .....	La influencia europea en el porvenir de la literatura argentina	249
 <b>L</b>  		
<b>Lida Raimundo</b> .....	Bergson, filósofo del lenguaje.	5
 <b>M</b>  		
<b>Mallea Enrique</b> .....	Poemas de un mundo secreto .	189
<b>Mandolini Hernani</b> .....	Los intelectuales y la realidad social contemporánea .....	77
<b>Marasso Arturo</b> .....	Rubén Darío .....	51
<b>Matharán Luis</b> .....	Junto a la urna del poeta Shelley (de Carducci) .....	394
<b>Montesano Delchi A.</b> .....	Annie Wood Bessant .....	163
 <b>P</b>  		
<b>Peña Enrique</b> .....	Poesías .....	371
<b>Perindani Carlos</b> .....	Capri (dibujos) .....	86
<b>Planas J.</b> .....	Gabriel Miró (retrato) .....	227
 <b>R</b>  		
<b>Ramos Juan P.</b> .....	El arte de Gabriel Miró .....	225
 <b>S</b>  		
<b>Suárez Calimano E.</b> .....	Letras hispano-americanas: Una novela chilena .....	300
"      "      " .....	Directrices de la novela y el cuento argentinos .....	337

## T

## Página

Torres Ríoseco Arturo .....	Poesías .....	275
-----------------------------	---------------	-----

## V

Venegas José .....	La propiedad literaria y la industria editorial argentina ..	193
” ” .....	Ensayo sobre política española	411

## CRONICA

La “Argentina” en la historia del baile español (*Angel del Rio*), 102. Como se pide, 110. David Vigodsky, 111. Arturo Torres Ríoseco, 111. Ecos de nuestro vigésimosexto aniversario, 111. Folco Testena, 112. Luis Pirandello y Máximo Bontempelli, 112. Emilio de Matteis, 112.

Sobre un juicio relativo al irigoyenismo (*C. Villalobos Domínguez*), 213. Como se pide, 220. Necrología: Jacinto Cárdenas, 221. Alfredo Costa Rubert, 222. Elegía al Restaurant Ferrari, 222. Escritores americanos en Buenos Aires: Baldomero Sanín Cano, José Vasconcelos, Víctor Andrés Beláunde, Pedro Henriquez Urefía, 223. Federico García Lorca, 223. José María Cantilo, 224. Edición de las obras completas de Joaquín V. González, 224.

Sobre “El Jardín del Amor”, de Alberto M. Candiotti (*Francis de Miomandre*), 332. El Vizconde de Lazcano Tegui a Francisco Chelia, 334. Como se pide, 335. Carlos Obligado, 336. Ecos de nuestro vigésimosexto aniversario, 336.

Enrique José Varona, 427. El centenario de Guillermo Dilthey, 428. Sobre la crítica literaria y las críticas (*Juan B. González*), 438. Emilio Meyerson, 445. Hans Vaihinger, 446. Demostración a José Vasconcelos, 446. Juicios sobre NOSOTROS, 446. *Le Correspondant*, 447. Carta de Bergson, 447. *La Literatura Argentina*, 448. Juan Serpentine, 448.

## ARTÍCULOS BIBLIOGRÁFICOS

Luc Durtain: *Vers la ville Kilomètre 3* (E. S. C.), 207. Manoel Gahisto: *Figures Sud-Américaines* (E. S. C.), 209. Néstor Carbonell: *José Martí, apóstol, héroe y mártir* (E. S. C.), 210. Rafael Alberto Arrieta: *Bibliópolis* (Augusto Cortina), 210. Germán Berdiales: *Fabulario* (Porfirio Fariña Núñez), 211. Ramón J. Cárcano: *800.000 analfabetos. Aldeas escolares* (Porfirio Fariña Núñez), 212.

José María Cantilo: *La ganga* (Enrique Mallea), 310. Oscar S. Charpentier: *La mujer que soñó* (A. M. D.), 312. Enrique Gallone: *Voces de angustia* (A. M. D.), 312. Alberto Borton: *El doctor Broum* (Antonio Rubén Ferrari), 313. León Bloy: *Lettres à Veronique* (Ariel Atlán), 315. André Malraux: *La condition humaine* (M. Llinás Vilanova), 318. Juan Mantovani: *Educación y plenitud humana* (Porfirio Fariña Núñez), 320. P. José Cardiel: *Diario del Viaje y misión al río del Sauce realizado en 1748*. Con notas aclaratorias del texto por Félix F. Outes (Enrique de Gandía), 321. Joaquín A. Romero: *Viajes de vacaciones* (Porfirio Fariña Núñez), 324. Eugenio Orrego Vicuña: *Carrera* (Porfirio Fariña Núñez), 324. Alfred P. A. Leroy: *Maurice Quentin de La Tour* (Ariel Atlán), 325. Manuel Ugarte: *El dolor de escribir* (Alejandro Sux), 326.

José R. Destéfano: *Poemas* (Augusto Cortinas), 429. Sacha Lopovkine: *Mundo* (A. C.), 432. René Crevel: *Les pieds dans le plat* (Ariel Atlán), 433. Angel Vargas Peña: *El mayor general José Ildefonso de Machaín. ¿Traidor o prócer?* Benjamín Vargas Peña: *Vencer o morir* (Porfirio Fariña Núñez), 436. Guillermo Furlong: *Los Jesuitas y la cultura rioplatense* (N. B.), 437.

Libros y folletos recibidos en julio, agosto y setiembre .....	107
Libros y folletos recibidos en octubre y noviembre .....	328

#### LAS REVISTAS

*Atenea* (Concepción, Chile). *Letras* (Buenos Aires). *Eurydice* (París) .....

216

#### CRÓNICA MUSICAL, por Mayorino Ferrarín:

Teatro Colón. Ansermet .....	103
Teatro Colón: Fritz Busch. Ansermet. Bronislawa Nijinska. Los Concertistas: Raúl Spivak. Helena Larrieu. Albert Rappaport .....	217
Los concertistas: Escuela de Conjunto Orquestal Miguel Gianneo. Cuarteto Euritmia. Celia Fasce. Antonio de Raco. Miguel Rajcovich. ....	444